

Enamorarse
EN

**CENTRAL
PARK**

ROBERT BLAKE

**Enamorarse
en
Central Park**

Robert Blake

Título: Enamorarse en Central Park

© 2020 Robert Blake

© Diseño de portada: Alexia Jorques

Todos los derechos reservados

Gracias por comprar este ebook

Para conocer más de mis obras y mis nuevos proyectos puedes seguir mi blog:

<http://robertblake259.blogspot.com.es>

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

PRÓLOGO

Nueva York, 1990

Acababa de terminar mi almuerzo, más temprano de lo habitual, en el bar situado frente a las oficinas de mi empresa y no me apetecía regresar al trabajo antes de tiempo.

Salí de la cafetería, miré el reloj y comprobé que aún disponía de media hora libre, así que decidí cruzar la calle en dirección a Central Park como lo hacía en numerosas ocasiones en las que me sobraba tiempo.

Atravesé el sendero que conduce entre los olmos centenarios, me subí el cuello del abrigo y apreté el paso. Una ola de frío polar procedente de Alaska había dejado una temperatura bajo cero que calaba los huesos desde hacía un par de días.

Al llegar al puente que cruza el lago, pude comprobar cómo una gran multitud se agolpaba al fondo, patinando sobre el hielo congelado la noche anterior. Era un espectáculo digno de ser plasmado en el mejor de los lienzos.

Aún no había llegado la Navidad, pero el ambiente festivo impregnaba hasta el más recóndito rincón de aquella ciudad. Los más expertos se deslizaban por el hielo como cisnes majestuosos nadando en sus estanques mientras los principiantes se colocaban los patines por primera vez y eran fruto de las burlas de sus amigos, cayéndose y levantándose una y otra vez sobre el resbaladizo hielo y riendo sin parar.

Justo en ese mismo momento fue cuando te vi por primera vez. Te encontrabas con varias amigas en el margen izquierdo del lago, llevabas un elegante abrigo de color rojo burdeos y una bufanda celeste anudada al cuello ocultando parte de tu preciosa melena rubia. Tus ojos verdes esmeralda me hipnotizaron al instante y tu preciosa sonrisa irradiaba tanta vitalidad que no podía dejar de mirarte.

Enseguida pensé en bajar y alquilar unos patines para estar a tu lado, pero, cuando miré el reloj, comprobé que tan solo me quedaban cinco minutos para regresar al trabajo; no había tiempo suficiente.

Sin embargo, aquel se convirtió en mi día de suerte. Comenzaste a patinar en dirección hacia el puente donde te observaba y, justo cuando pasabas por debajo, comenzaron a caer los primeros copos de nieve que transformaron tu precioso cabello en un manto blanco. Fue entonces cuando levantaste la cabeza hacia el cielo y nuestras miradas se cruzaron por primera vez, dedicándome la mejor de tus sonrisas. Fueron tan solo unos segundos, como cuando una estrella fugaz atraviesa el cielo, pero el tiempo suficiente para no poder apartarte de mi mente.

Un instante después corrí hacia el otro lado del puente mientras tú lo atravesabas por debajo, y continué mirándote hasta que te perdiste entre la multitud sin que pudiera volver a localizarte.

Al día siguiente regresé al mismo lugar con la intención de volver a verte, pero esta vez no apareciste. Esa tarde bajé hasta el lago, fui a preguntar a la oficina donde alquilan los patines e hice una descripción tuya al encargado, que me miró como si estuviera loco y respondió que era imposible recordar a nadie cuando cientos de personas patinaban a diario en aquellas fechas.

Desde aquel momento no puedo apartarte de mi mente, sueño contigo a todas horas y me parece verte en todas partes. Cuando estoy sentado en el metro y alguna chica que se te parece entra por la puerta, me levantó con la esperanza de que seas tú; cuando caminó por la calle y distingo a lo lejos una chica rubia con abrigo burdeos corro hasta que la alcanzo, pero nunca eres tú; cuando

estoy sentado en un restaurante y desde la ventana observó a alguien que se te parece cruzar la calle imaginó que eres tú.

Pero ninguna de ellas posee tu increíble belleza, así que aquí continuó añorando desesperadamente volver a verte.

Una mañana que me dirigía hacia la parada de autobús que hay frente al Moma, vi desde lejos una chica rubia que subía al vehículo; esta vez estaba convencido de que se trataba de ti. Corrí lo más deprisa que pude, pero cuando llegué a la parada, el autobús acababa de arrancar. Golpeé en el lateral de la ventanilla, pero el conductor ni siquiera hizo el amagó de detenerse. Sin embargo, conseguí oír por la ventanilla cómo alguien te llamaba señorita Muller.

Pasé una temporada yendo a la misma parada de autobús día tras día, pero nunca apareciste, por lo que supuse que aquel no era tu recorrido habitual.

A pesar de que te perdí la pista y parecía imposible que volviera a verte, no me rendí con facilidad y utilicé todos los recursos que tenía a mi alcance. Siempre que tenía un rato libre en la oficina ojeaba la guía telefónica y buscaba a todas las Muller de Nueva York. La lista era casi interminable, no podía ni imaginar que aquel apellido fuese tan popular y, sin un nombre, no había forma de localizarte.

Por otro lado, cabía la posibilidad de que estuvieses casada y en la guía solo figuraras con el apellido de casada de tu marido o que aún vivieras con tus padres y, en ese caso, tu nombre tampoco estaría registrado junto al apellido.

Mis compañeros de trabajo siempre me preguntaban por qué pasaba tanto tiempo delante de aquella guía, cada vez me relacionaba menos con ellos durante las horas de descanso y no me quedaba más remedio que inventar alguna vaga excusa poco creíble.

La búsqueda resultó estéril una vez más, era como si te hubiese tragado la tierra. Comencé a pensar que simplemente eras una turista que había pasado unos días en la gran manzana y que habías vuelto a tu ciudad de origen, aunque aquello no dejaba de ser una simple hipótesis, ya que en una ciudad tan poblada como Nueva York resultaba factible que no volviésemos a cruzarnos nunca más.

Con el paso del tiempo comencé a darme por vencido y aquella tarde en Central Park se convirtió en un lejano sueño que jamás ocurrió en realidad.

CAPITULO 1

I

Unos meses después, desperté temprano un fin de semana en el que tenía reunión familiar. Era el cumpleaños de mi sobrina y debía comprarle un regalo antes del mediodía. Bajé a la cocina y desayuné cereales con miel, tortitas y un intenso café colombiano.

No tenía ni la menor idea de qué regalarle a una niña de seis años. Subí a un taxi que me dejó en Time Square y bajé la calle en dirección a los almacenes Goodman.

Más de media ciudad se había levantado aquel día con la intención de realizar sus compras, era increíble la cantidad de gente que recorría las calles un sábado por la mañana cuando todavía no habían abierto los comercios.

Tras mirar un par de tiendas, pasé junto a un escaparate que me hizo detenerme al instante. La casa de muñecas que presidía su vitrina principal era una autentica obra de arte. Estaba dividida en tres plantas y simulaba la típica familia americana de los años noventa. Sus creadores habían cuidado hasta el más mínimo detalle: la exquisita decoración, los coloridos vestidos, el elegante mobiliario...

Me cuestioné durante unos momentos si aquella casa debería estar en la vitrina de un coleccionista o si, por el contrario, duraría pocos días en las manos de una niña pequeña, ya que, al fin y al cabo, de lo que se trataba era de jugar con ella.

No lo pensé más y entré en la tienda. Se trataba de un lujoso establecimiento decorado al más puro estilo de los años sesenta. Cruzar su puerta giratoria era como retroceder a la infancia de golpe, todo tipo de juguetes y regalos se exhibían en sus estanterías: trenes eléctricos, hermosas muñecas, laboriosas maquetas, complicados puzzles, suaves peluches, diminutos soldaditos, elegantes bicicletas.

Las madres recorrían los pasillos sonrientes mientras sus hijos no paraban de correr, saltar y gritar buscando sus juguetes preferidos.

Una dependienta pelirroja de profundos ojos azules y voz melosa se acercó en cuanto me vio entrar. Enseguida intuyó que me encontraba un poco perdido en aquel ambiente y supuso que era el cliente perfecto para hacer una buena venta.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó mientras su intenso perfume me hacía retroceder hasta mis tiempos del instituto; este era idéntico al que llevaba una compañera de pupitre.

—Quería comprar la casa de muñecas que tienen en el escaparate —le respondí dando media vuelta y señalando junto a la puerta principal.

—¿La Smithson? Una gran elección —dijo mientras me acompañaba hasta la vitrina—. Se nota que es usted un gran entendido en la materia.

La miré un tanto sorprendido, aunque decidí no contestar nada. No sabía si me estaba tomando el pelo o simplemente había elegido uno de los mejores juguetes del establecimiento.

Fué hasta el almacén y comprobó que aquella era la última unidad. Entonces llamó a una compañera que ayudó a sacarla con sumo cuidado del escaparate y ambas la llevaron hasta el mostrador más cercano.

La dependienta introdujo la casa en una gran caja decorada por una infinidad de pequeñas viñetas de dibujos y, acto seguido, la envolvió en un elegante papel de satén azul que coronó con

un gran lazo rojo.

Mientras la envolvía, observé cómo una niña que tendría aproximadamente la edad de mi sobrina no dejaba de mirarla. Flexioné las rodillas hasta su altura y le pregunté:

—¿Te gusta la casa?

Ella asintió con la cabeza sin decir palabra.

—¿Qué te parecería si tu mamá te la regalara algún día?

—Genial —respondió sonriendo.

Le devolví la sonrisa, me levanté y abrí un bote de cristal encima del mostrador repleto de pequeños bastoncillos multicolores de caramelo y le ofrecí uno.

Antes de llevarme el regalo, quería comprobar si era el más apropiado para una niña de su misma edad.

—¿Pagará usted con tarjeta o en efectivo? —preguntó la dependienta colocando la bolsa encima del mostrador y esbozando la mejor de sus sonrisas.

—En efectivo —contesté mientras sacaba la cartera.

—Son doscientos cincuenta y cuatro dólares impuestos incluidos.

Casi me caigo de espaldas cuando escuché el precio de aquel artículo. Ahora comenzaba a entender por qué aseguro que era la mejor elección de la tienda, pero ya no había marcha atrás. Pagué la casa de muñecas, cogí la bolsa y salí del establecimiento.

Al llegar a la calle comenzó a sonar el móvil, miré la pantalla y vi que era una llamada de mi hermana.

—Dime, Sarah —respondí cuando una señora con varias bolsas en la mano que salía detrás mía me propinó un fuerte empujón.

—A la niña le gustaría una muñeca que anuncian en televisión.

—Pero si ya he comprado el regalo —repose atónito, mientras no paraba de pasar gente de arriba debajo de la calle y apenas podía oír la conversación por el tráfico.

—¡A las nueve de la mañana! —exclamó gritando.

—Encontré el regalo perfecto y no lo pensé dos veces.

—Tú nunca piensas nada —añadió malhumorada.

—Estoy seguro de que le gustará —le contesté y se hizo un breve silencio—. ¿Sarah? ¿Sigues ahí? —me había colgado el teléfono.

Pensé en volver a llamarla, pero ya había comprado el regalo y apenas me quedaba dinero en la cartera para comprar otro juguete; aquello ya no tenía solución. Lo mejor sería hablarlo con ella más tarde.

Mientras paseaba por la Quinta Avenida, el ruido ensordecedor de las sirenas de policía y el martilleante claxon de los vehículos comenzaron a producirme un poco de jaqueca.

Di media vuelta y me dirigí hacia Broadway. Mientras recorría la calle, me deslumbró el intenso brillo de las luces de neón, los llamativos anuncios publicitarios de las colosales pantallas, el improvisado discurso de los profetas ambulantes, el flameante humo del alcantarillado y el incesante murmullo de la gente subiendo y bajando por el corazón del arte neoyorquino.

Me detuve a mirar la cartelera y comprobé que habían estrenado varias obras interesantes en el último mes, me acerqué hasta la taquilla y decidí comprar un par de entradas.

Volví a mirar el reloj y comprobé que mi hermana tenía razón: me había levantado demasiado temprano.

De repente, vi cómo una señora mayor señalaba a su nieta un enorme cartel publicitario. En él, anunciaban la exposición de pintura impresionista que llevaba semanas queriendo visitar en el Metropolitan.

Negros nubarrones comenzaron a dibujarse en el cielo. Por nada del mundo quería que al regalo de Gina le cayera ni una sola gota de agua.

Ante la amenaza de tormenta, subí a un taxi y en unos diez minutos me encontré ante las puertas del museo. Subí la escalinata principal con el paquete a cuestas, aquel regalo pesaba más de lo habitual. Mientras entraba por su espléndida fachada de estilo Beaux Arts, contemplé aquel magnífico edificio flanqueado por cuatro columnatas dobles adelantadas a tres grandes arcos de medio punto profusamente decorados por medallones donde se representaban a los más grandes artistas de la Historia del Arte.

Fui a preguntar a uno de los numerosos guías en el elegante vestíbulo repleto de adornos florales, si existía algún lugar donde poder dejar el paquete.

Me indicaron que una vez que pasara el arco de seguridad, tenía la opción de llevarlo al guardarropa. A pesar de ser más grande de lo habitual, no tuvieron ningún problema en aceptarlo; a aquellas horas estaba completamente vacío. Un segundo guía me indicó que la colección impresionista estaba en la segunda planta; el museo contenía más de dos millones de obras procedentes de todos los rincones del mundo y no tenía tiempo suficiente para visitar otras colecciones.

Subí por la gran escalera principal y, tras atravesar un estrecho pasillo, llegué a la primera sala donde se exponían bellas esculturas procedentes del minoico cretense. Algunas de sus piezas me resultaron interesantes, pero no era aquello lo que buscaba y no le dediqué demasiado tiempo. Recorrí un par de salas más del mismo estilo hasta que, finalmente, encontré la exposición de arte francés.

Aquella temporada se exponían las más bellas obras del impresionismo francés del siglo diecinueve. Había leído en una revista especializada que aquella temporada el Louvre de París había prestado parte de su obra al museo Metropolitano para que los neoyorquinos pudiéramos contemplar aquella magnífica colección.

Era muy habitual aquella práctica entre museos; algunas colecciones se habían convertido en itinerantes y recorrían varios museos del mundo hasta que volvían a su lugar de origen. Los transportes se llevaban a cabo en costosísimos viajes con los más avanzados medios de seguridad.

En la primera sala pude admirar varios cuadros de Manet, me detuve especialmente en “El Argenteuil”. Situado frente a él, recorrí con la yema de mi dedo de forma imaginaria hasta el último rincón del cuadro. Me fascinaba aquel estilo: las pinceladas cortas, los vivos colores, la intensa luminosidad, las superficies rugosas, los marcos dorados y el aroma de los óleos. Su composición formaba un auténtico deleite para los amantes del arte.

Mientras contemplaba aquella obra, unos turistas japoneses entraron en la sala y comenzaron a lanzar fotos sin hacer el menor caso a las piezas que se exponían.

El ruido se fue incrementado y un par de personas les pidieron que guardasen silencio. Finalmente, tuvo que acudir el vigilante de seguridad y los acabaron desalojando.

En la siguiente estancia, descubrí varias obras de Renoir. En “Le Moulin de la Galette” observé fuertes tonalidades rojas y amarillas que no poseían la luminosidad de Manet, pero su incomparable maestría con el pincel me impresionaron desde que asistí a una exposición el año anterior de diferentes obras universales.

—Disculpe, ¿podría decirme dónde se encuentran las obras de Miguel Ángel? —me preguntó

una guapa turista con acento europeo.

—Lo lamento, pero no puedo ayudarle —le contesté amablemente.

—Este folleto indica que se hallan en esta planta —me dijo desplegando una guía del museo.

Estuve mirando fijamente aquel plano y la chica tenía razón. Sin embargo, observé que la muestra se hallaba en el otro extremo del recinto.

—Creo que la sala que busca está en el ala oeste —le indiqué señalando con el dedo el lugar exacto—. Debe atravesar los claustros medievales del recinto central y, enseguida encontrará la exposición del Renacimiento.

—Muchas gracias —me respondió esbozando una bella sonrisa.

Continuaba absorto contemplando aquellos cuadros cuando, de repente, escuché desde la sala contigua la voz dulce y acompasada de una guía explicando con sumo cuidado hasta el más mínimo detalle de cada lienzo. Enseguida me cautivó su dominio absoluto de aquellas obras.

No lo pensé dos veces y decidí acercarme al grupo en que se encontraba. Era una chica joven de unos veintitantos años que, de espaldas a los visitantes, explicaba con un puntero láser inocuo para las pinturas la composición de cada cuadro. Llevaba un traje de chaqueta azul perla hasta las rodillas, una camisa de color blanco estampado de la que solo podía ver su cuello y unos tacones de no excesiva altura en color negro. Su cabello estaba recogido de forma elegante con una pequeña horquilla que lo cerraba en la parte superior, no parecía que lo tuviese demasiado largo. Su narrativa era pura poesía, en tan solo unos instantes te cautivaba hasta tal punto que era imposible dejar de escucharla y, por supuesto, de mirarla. Solo pude oír la parte final de su intervención:

—En sus Ninfeas, Monet capta el brillo de las hojas heridas por el sol, el intenso colorido de los nenúfares, el blanco impoluto de las nubes reflejado en sus cristalinas aguas y la sublime quietud de su manso caudal.

Una señora de traje gris hizo un comentario a su marido elevando el tono de voz un poco más de lo debido y la guía la miró de reojo malhumorada.

—Como pueden contemplar —prosiguió—, desaparecen las formas y los volúmenes de estilos anteriores, dando paso a colores dominantes sobre superficies rugosas —explicaba mientras señalaba constantemente cada pequeño rincón del óleo—. Su composición está realizada en varios planos, es abierta, unitaria y su eje principal divide la parte superior del paisaje compuesto por vegetación de la inferior donde encontramos el lago.

—¿Podría decirme cómo se consiguen las sombras? —preguntó un anciano desde el otro extremo del grupo.

—Claro. La luz es la que contribuye a resaltar los volúmenes, y las sombras se obtienen a base de manchas de color.

Cuando terminó la explicación me acerqué un poco más y la pude ver con más claridad. A pesar de los meses que llevaba sin verte y que tu cabello recogido me confundió durante unos instantes, te reconocí enseguida: eras la misma chica de la que me enamoré perdidamente aquella tarde en Central Park.

En aquel momento fue como si el tiempo se detuviese, me quedé completamente paralizado, sin poder dejar de mirarte.

Las manos y la frente me sudaban, y un intenso temblor se apoderó de todo mí ser. Jamás había experimentado aquella sensación con ninguna otra mujer, era tal el hechizo que ejercías sobre mí que era incapaz de moverme.

Poco después, guiaste al grupo hacia la sala contigua para explicarles una nueva obra, mientras yo me hice pasar por un integrante más de aquella visita guiada.

Cuando nos detuvimos frente al nuevo lienzo, me acerqué todo lo que pude. Había esperado demasiado tiempo para volver a verte y no iba a desaprovechar aquella oportunidad. Me situé en un extremo para que no te dieras cuenta de que apenas miraba los lienzos porque tenía frente a mí la obra de arte más perfecta que mis ojos jamás habían contemplado. Ahora que por fin estabas tan cerca que casi podía tocarte alargando la palma de mi mano, pude comprobar lo increíblemente bella que eras. Tengo que reconocer que llegó el momento en que ya no oía tu voz, se había convertido en un lejano susurro del que no distinguía ni la más mínima palabra.

Cuando acabaste de comentar aquella obra, te volviste de nuevo al grupo y fue cuando descubrí que llevabas un identificativo en la solapa de la chaqueta con tu apellido escrito: Señorita Miller.

Aquel día en la parada del autobús no lo escuché bien y me pasé meses buscándote con otro apellido diferente.

Continuamos la visita guiada durante un par de salas hasta que llegamos al final de la exposición. Durante todo ese tiempo era incapaz de pensar en nada, mi mente se había quedado en blanco; solo fui capaz de reaccionar cuando vi cómo los integrantes del grupo se despedían de ti uno a uno dándote las gracias por tan brillante exposición. Enseguida me di cuenta de que no podía dejar pasar aquella nueva oportunidad que el destino nos había brindado. Pero estaba tan nervioso que era incapaz de pensar con claridad, no podía ir hasta ti y preguntarte, “¿te acuerdas de aquella tarde cuando nuestras miradas se cruzaron bajo la nieve?” Estaba convencido de que no te acordarías de mí y, si te decía que llevaba meses buscándote, pensarías que estaba loco. No tenía ni la menor idea de cómo actuar.

Me quedé al final del grupo para ganar el tiempo suficiente de idear algo. La pareja que iba delante de mí se despidió y nuestras miradas se cruzaron por fin. Volviste a dedicarme una sonrisa tan encantadora como la tarde en que nos vimos.

—Tengo que felicitarla por su exposición —exclamé con admiración mientras te estrechaba la mano—. Me encantaría volver a realizar una visita otro día.

—Es muy amable por su parte —respondiste halagada—. Pero hoy es mi última visita guiada en el museo.

Aquello me impactó de tal modo que me quedé de piedra al escucharte pronunciar aquellas palabras. Creo que te diste cuenta de la decepción reflejada en mi rostro y solo pudiste asentir levemente con la cabeza en aquellos instantes.

—Podría inscribirle en el grupo de mi compañera. Realizan otra visita el lunes —propusiste sonriendo—. Es una gran profesional.

—Gracias —repuse cabizbajo—. Se lo agradezco.

Me volviste a estrechar la mano y te despediste de mí cruzando la sala de camino de la recepción. Me quedé unos momentos paralizado sin saber qué hacer, pero una fuerza interior me hizo correr hacia a ti y te alcancé junto antes de que llegaras al área privada del museo.

—Disculpe que la moleste de nuevo —dije cortándote el paso al tiempo que me mirabas un tanto sorprendida—. No dudo que su compañera sea una gran experta, pero estoy convencido de que no posee su enorme sensibilidad.

—Gracias —añadiste esta vez con un hilo de voz, creo que mi insistencia comenzaba a cansarte.

—¿Qué le parecería realizar una visita privada? —hice una breve pausa esperando tu reacción

y añadí—. El día y a la hora que mejor le convenga.

Permaneciste en silencio durante unos segundos sopesando la propuesta hasta que me respondiste:

—Lo siento mucho, señor.

—Roger, es mi nombre —contesté presentándome.

—Nos está prohibido a los integrantes del museo realizar visitas privadas —cambiaste el semblante y saliste por la puerta de servicio.

Me quedé unos momentos en silencio sopesando si no había abordado el asunto de la mejor manera posible. Después, abandoné el museo cabizbajo, con una sensación de profunda impotencia. Al fin te había encontrado y de nuevo volvía a perderte.

Cuando bajaba la escalinata, miré la hora y comprobé que había pasado allí toda la mañana; perdí la noción del tiempo por completo. La fiesta de cumpleaños de mi sobrina había comenzado hacía más de una hora y comencé a temer la reacción de mi hermana.

Cogí un taxi lo más rápido que pude y me dirigí a su casa. Cuando llegué, ella y su marido me recibieron de morros y mi sobrina tampoco se alegró de verme, esperaba que estuviera presente cuando trajeron la tarta y sopló las velas.

El salón había sido decorado con una infinidad de globos y serpentinas y había una enorme mesa repleta de sándwiches y refrescos. La fiesta estaba repleta de niños del colegio que corrían por todos lados formando un gran alboroto.

Como nadie me hacía el menor caso, me senté en una silla y probé uno de los sándwiches de jamón y queso, no había probado bocado desde el desayuno.

A pesar del infernal ruido me aislé del entorno y comencé a pensar en mi infancia. Desde pequeño siempre fui el ojito derecho de mis padres lo que provocó desde muy temprano la ira y los celos de mi hermana mayor, aunque ella nunca quiso reconocerlo.

Con el paso de los años nuestra relación comenzó a mejorar. Sin embargo, el hecho de que ella fuese la hermana mayor siempre condicionó nuestro trato, su fuerte carácter y su temprana madurez contrastaban con la fase rebelde y alocada que atravesé durante mi adolescencia. Aquello llevo a ver a mi hermana como una segunda madre, siempre estaba recriminando mi actitud y más que una relación entre hermanos parecía una sumisión hacia ella. A pesar de todo, no discutíamos demasiado, acabe aceptando mi papel de hermano menor y me acostumbre al carácter autoritario de mi hermana, que pese a ello poseía un gran corazón. A veces estábamos varios días sin hablarnos, pero pronto las aguas volvían a su cauce.

Cuando comprobé que mi sobrina estaba a solas con mi hermana, me levanté y le di el regalo. La niña enloqueció cuando abrió la casa de muñecas. No quiso saber nada más del resto de los juguetes y corrió a abrazarme lo más fuerte que pudo.

Gina era una hermosa niña de mejillas sonrosadas con un precioso cabello negro ondulado y abundantes pecas que había heredado los intensos ojos azules que distinguían a nuestra familia por parte materna.

Mi hermana estaba tan sorprendida que, incluso, pareció cambiar el semblante durante unos instantes, aunque continuó sin dirigirme la palabra durante toda la tarde; algo que realmente le agradecí, ya que no me apetecía charlar con nadie en aquellos momentos.

Cuando acabó el cumpleaños y abandoné la casa me despidió con una sonrisa y me dijo:

—Continúas siendo incorregible.

II

El domingo me levanté abatido, con esa desagradable sensación de cuando puedes hacer algo más y eres incapaz de conseguirlo. Nuestro encuentro fue tan repentino que fui incapaz de captar tu atención.

Bajé a la cocina, puse la cafetera en el fuego, saqué una caja de corn flakes del estante superior y preparé un buen tazón de leche con cereales. Mientras tomaba un café bien cargado no dejaba de pensar en tus palabras: comentaste que terminabas tu contrato aquel día y aquello me hizo reflexionar sobre la posibilidad de que tuvieses que ir a recoger tus enseres personales o a firmar la baja laboral.

Al acabar el café me senté a leer un libro en el salón, pero aquel día era incapaz de concentrarme en la lectura y acabé dejándolo. Entonces me levanté y contemplé desde la ventana el intenso colorido que desplegaba el abeto del otro lado de la calle; mientras lo observaba no paraba de darle vueltas a la cabeza.

Después de pensarlo durante toda la mañana, decidí que regresaría el lunes al museo; era mi última oportunidad para conocerte. Pensé en llamar temprano al trabajo y comunicar que estaba enfermo, y esperarte en el vestíbulo hasta que aparecieras. Aún no tenía claro qué inventaría esta vez, quizás lo mejor sería dejarme de rodeos y decirte sin tapujos lo que sentía por ti.

Al mediodía recibí una llamada. Era mi amigo Sam para quedar en el pub irlandés que solíamos frecuentar en Queens.

La verdad es que no me apetecía salir aquella tarde. Estaba tan estresado que no tenía ganas de ver a nadie, pero era la única forma de alejarte de mis pensamientos durante unas horas.

Me puse la primera ropa que encontré y me fui al bar más temprano de lo habitual. Aquel era un pub con poca iluminación, con una barra de madera de nogal de más de cinco metros de longitud repleta de grifos con todo tipo de cervezas nacionales e internacionales; a su espalda se encontraba una enorme vitrina repleta de los más diversos licores. Enfrente quedaban las mesas dispuestas de forma rectangular donde colgaban de sus paredes retratos con bellos paisajes irlandeses. Al fondo había unas mesas de billar, una diana con dardos y unas pequeñas lamparillas de color verde que inundaban todo el establecimiento, incluido su vetusto techo.

Cuando entré, apenas había un par de clientes y decidí sentarme en la barra. Sam se olvidó de comentarme que vendría todo el grupo con el que salíamos habitualmente; incluida Katherine.

Conforme fueron llegando me saludaron y se sentaron en una de las mesas del fondo, junto al billar, mientras yo permanecía en la barra. No me encontraba demasiado animado.

Como solía ser habitual, Sam llegó el último. Era el que lo organizaba todo, pero siempre aparecía cuando le venía en gana. Entró por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y se dirigió hacia mí. Como siempre caminaba con su aire despreocupado, su cabello castaño claro alborotado como si nunca se peinase y la camisa por fuera de los pantalones. Cada vez que sonreía sus ojos miel se le achinaban ligeramente y se le formaba un pequeño hoyuelo en la barbilla, sin embargo, su locuaz verborrea y las horas de gimnasio conseguían que despertara pasiones entre la mujeres.

—Pero, ¿qué demonios haces ahí sentado? —preguntó tras darme una fuerte palmada en el hombro—. ¿Por qué no estás con los demás?

—Cuando llegué no había nadie y me senté en la barra —le contesté sin querer darle más

explicaciones.

—¡Eh, amigo! —le dijo a un tipo rechoncho que había sentado unos metros más atrás—. ¿Está ocupado este asiento? —el tipo negó con la cabeza sin tan siquiera abrir la boca.

—¿Qué estás tomando? ¿Lo mismo de siempre?

Yo asentí mientras daba un trago.

—Camarero, pónganos dos Guinness —le dijo levantando la mano y añadió— ¿Hasta cuándo piensas martirizarnos con Nirvana? Estoy saturado de tanto Pock rock ponga algo de U2.

El camarero asintió sonriente. Algún cliente se lo habría pedido y también comenzaba a estar cansado de escuchar a Nirvana que no dejaba de sonar en todas las emisoras.

Se acercó a la mini cadena, estuvo rebuscando entre varios CD y cambió la música.

—Esto ya es otra cosa —exclamó haciendo un gesto de aprobación—. Ahora sí parece un pub irlandés.

—Veo que allí esta Katherine —señaló mirando hacia el grupo—. Está tremenda con ese vestido blanco —hicé un amago de girar la cabeza para mirarla, casi ni me había fijado—. ¿Es que ya no te interesa? —añadió con una sonrisa picarona.

—Hace casi un mes que no la veo —respondí levantando la jarra de cerveza cuando la espuma aún rebozaba por el borde—. Y después de lo ocurrido esta mañana —añadí bajando la cabeza—. Creo que ya no me interesa nadie.

Sam me miró un tanto sorprendido. Había estado flirteando con Katherine el mes anterior, aunque la cosa no había ido a más.

Pedimos un par de cervezas más y seguimos charlando de nuestros asuntos. Sin embargo, continuaba sin poder apartarte de mi mente y, aunque no me gustaba airear mi vida personal, necesitaba desahogarme con alguien. Finalmente, no pude contenerme y acabe contándole toda la historia. Tras un buen rato escuchando en silencio, sonrió y dijo:

—Como tú ya quedan pocos, amigo. Eres un romántico empedernido.

—Quizás tengas razón —repuse cabizbajo—. Cada uno es como es.

—¡Eh! —gritó David desde la mesa del fondo—. ¿Es que no pensáis venir en toda la tarde? Pero, ¿qué le ocurre a estos dos? —exclamó mirando al resto del grupo.

Sam se levantó de la silla y le hizo un gesto con la mano para que esperasen un poco. Sabía que en cuanto nos sentáramos en la mesa hablaríamos de los mismos temas de siempre y, en aquellos momentos, solo necesitaba que alguien me escuchara.

—¿Sabes? —añadió dándome otra palmada en el hombro—. Creo que te ayudaré con esto.

—Pero, ¿cómo? —le pregunté atónito mientras apuraba un chivas de doce años hasta el fondo.

—Si la chica acababa su contrato, habrá ido hoy a recoger sus efectos personales. Los domingos abren los museos, ¿recuerdas? —me respondió sonriendo mientras yo me echaba las manos a la cabeza.

Sam me fue relatando poco a poco el plan que ideó, y aún no sé si fueron las copas de más, pero su idea me acabó pareciendo la mejor que había oído jamás.

—Y ahora te voy a dar un último consejo —agregó cuando ya se le comenzaba a trabar la lengua—. Como todavía no has comenzado a salir con esa Chantalle, vas a venir conmigo, te vas a sentar en esa mesa y vas a terminar con Katherine lo que habías empezado —hizo una breve pausa en la que ambos miramos de nuevo hacia la mesa y añadió— Pero, ¿tú la has visto bien?

Yo asentí con la cabeza sonriendo. Era una morena voluptuosa de intensos ojos negros que se había criado a dos manzanas de la mía. Siempre habíamos sentido atracción desde pequeños, pero solo salimos en un par de ocasiones.

Nos bajamos de aquellas sillas con sumo cuidado y fuimos a sentarnos en la mesa.

—Pero, ¿qué ocurre? —repitió David—. ¿Qué secretos os traéis entre manos? ¿Estáis pensando robar un banco?

—Seguro que estaban hablando de mujeres —repuso Katherine suspicaz.

Ambos sonreímos y nos sentamos en aquella enorme mesa. El resto de la tarde estuvimos bromeando sobre diferentes anécdotas que acaecieron en la última fiesta a la que asistimos todos juntos.

Después de un rato me levanté para ir al baño y tuve que molestar a toda la fila para poder salir. Cuando regresaba de los aseos, me crucé con Katherine en el pasillo. No sabía si me estaba esperando o simplemente coincidimos por el camino.

—¿Te ocurre algo esta noche? —me preguntó a bocajarro—. Apenas hablas conmigo.

Yo negué con la cabeza.

—Está todo bien —le respondí de forma cortante.

—No me has vuelto a llamar desde el último día —susurró con voz sensual.

—Aquella noche me dijiste que no podías ir al cine.

—Ese día me resultó imposible, pero eso no significa que no podamos volver a vernos.

Yo sonreí.

—Tengo unos días de vacaciones la próxima semana —dijo acercándose un poco más hacia mí—. Podríamos salir alguna vez.

—Lo siento, Katherine —le contesté retrocediendo unos pasos—. Voy con retraso en la entrega de mi último proyecto.

Desde luego no era aquella la respuesta que esperaba, agachó la cabeza y regresó enojada a la mesa. No volvió a dirigirme la palabra en toda la velada.

La verdad es que Sam tenía razón. Estaba guapísima aquella noche y la mayoría no hubiese desaprovechado aquella oportunidad, pero no era mi caso. Yo solo estaba deseando marcharme a casa y tener noticias tuyas al día siguiente.

Pasé el lunes en la oficina trabajando en mi proyecto de programación. no era tan urgente como le había comentado a Katherine, pero sí tenía bastante trabajo atrasado. Las horas pasaban como si fueran minutos y el teléfono continuaba sin sonar.

Cuando dieron las doce, decidí bajar a tomar algo al Snack Bar situado frente a mi oficina. Me senté en una de las mesas junto a la cristalera y mientras me tomaba un café llamé a Sam. No podía esperar más.

—¿Cómo ha ido todo? —le pregunté sin tan siquiera saludarlo.

—Creo que bastante bien.

—Estoy comiendo frente a mi oficina. Si no te encuentras demasiado lejos, acércate y me cuentas todo lo que ha sucedido.

—De acuerdo, me faltan un par de entregas para terminar el turno de la mañana. En una media hora estaré allí.

Si la mañana se me había hecho interminable, aquella media hora resultó ser una de las más largas de mi vida. Estaba sentado mirando desde la ventana, esperando a que la moto de Sam apareciera por alguna parte, pero con la cantidad de vehículos que circulaban por aquella ciudad era imposible distinguir la suya. Entró por la puerta sin que me diera cuenta, se quitó el casco y lo puso encima de la mesa.

—Tráeme una hamburguesa y un refresco de cola lo antes posible, guapa —le dijo a una camarera sin darle tiempo a tomar nota—. Invita mi amigo.

—¿Conseguiste verla? —le pregunté impaciente.

Sam negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de cómo es.

—Entonces, ¿por qué vienes tan contento? —repuse alzando el tono de voz.

—Te lo contaré todo desde el principio —añadió sin inmutarse.

La camarera le sirvió el refresco de inmediato y le dio un fuerte trago dejando el vaso por la mitad; venía sediento.

—Fui al museo a media mañana con un paquete a nombre de la señorita Miller. Ya había estado allí en otras ocasiones repartiendo pedidos entre los empleados, así que era imposible que nadie sospechara nada.

Me acerqué a la recepción y le comuniqué a la recepcionista que traía un paquete para la señorita Miller.

—Miller, ¿qué más? —pregunto una chica joven con gafas y enormes ojos castaños.

—Me temo que no tengo su nombre. Esta mañana mientras descargaba los paquetes de la furgoneta, el segundo café del día se derramó sobre uno de ellos y ha borrado la tinta donde estaban sus datos.

La recepcionista se quedó pensativa durante unos instantes, y añadió:

—Espere un momento. Avisaré a la señorita Miller —descolgó el teléfono y la llamó.

Durante un instante estuve a punto de salir corriendo, no había metido nada en el paquete y si la tal Miller me descubría mi jefe me despediría de inmediato. Aún así decidí esperar.

Un par de minutos después apareció una mujer de unos cincuenta años con traje de chaqueta de color gris oscuro y aspecto de intelectual que no se correspondía para nada con la descripción que hiciste de ella.

—¿Es usted la señorita, Miller? —pregunté cortésmente.

—Señora, si no le importa.

—¿Esperaba algún paquete? —pregunté confuso mientras me clavaba su mirada.

Ella negó con la cabeza y se quedó en silencio durante unos segundos.

—Quizás sea para una empleada que trabajo de guía durante un par de meses —me aclaró al ver mi cara de incertidumbre.

—¿Podría darme su dirección? Es un paquete urgente. Se lo llevaré a casa sin recargo alguno.

—El museo tiene estrictamente prohibido facilitar los datos personales de sus empleados.

—Miré señora, ya sé que usted hace su trabajo, pero si no entrego el paquete tendré un grave problema. Como le he explicado a su compañera, el café ha borrado su apellido y será imposible encontrar su dirección en la base de datos.

La encargada vaciló durante unos instantes, pero le dijo a la recepcionista que me entregara la dirección. Al fin y al cabo, la señorita Miller ya no trabajaba allí y no estaban contraviniendo las normas de la empresa.

Sam volvió a darle un trago al refresco y me dijo:

—¡Voilà! Aquí la tienes amigo —anunció mientras sacaba una nota escrita a mano del bolsillo con su nombre y dirección: «Chantalle Miller, 322 de Staten Island»—. Tendrás que dar un buen paseo todos los días, su casa está en el otro extremo de la ciudad.

—Te debo una, Sam —le dije mientras sonreía y guardaba la nota en mi cartera.

—¿Qué tal si me invitas a la próxima fiesta de tu empresa en ese club tan exclusivo de Chelsea? Tengo entendido que asisten las mejores modelos de la ciudad.

—Eso está hecho —le contesté estrechándole la mano—. Te presentaré a la que quieras.

—Eso no hará falta. Se presentarme por mi mismo —respondió mientras le daba un bocado a su hamburguesa.

En ese momento se levantó y pidió mostaza en la barra. Le hizo un par de comentarios a la camarera que rio sin parar y volvió a sentarse poniendo el bote encima de la mesa.

—Por cierto, ¿esto significa que ya no estás interesado en Katherine?

—Ya te dije el otro día que no —repuse un tanto sorprendido—. No sabía que te gustara.

—Hasta la otra noche no me había fijado demasiado, pero ese vestido, amigo, ¡uff!

—¿Hay alguien que no te guste? —le respondí haciendo aspavientos.

—Recuerdo que hace poco tiempo alguien me dijo una frase que se me grabo en la cabeza. Era algo así como: “Cada uno es como es, amigo”.

—Touché —le respondí sonriendo.

—Ahora que lo pienso, no me gustan todas. La Chantalle del museo no era mi tipo. Aunque esta camarera no deja de mirarme —añadió en el mismo momento que pasaba junto a nuestra mesa con la cafetera en la mano.

—Eres incorregible —exclamé chocando su mano.

—Igual que tú —respondió con ironía.

Cuando termino el almuerzo, le acompañé hasta la moto y regresé a mi trabajo. Al fin tenía tú nombre y tu dirección, ya solo era cuestión de jugar bien mis cartas.

III

Aquella semana avancé bastante rápido en mi trabajo, ni siquiera bajaba para almorzar al mediodía, me llevaba un sándwich desde casa y comía sin dejar mi proyecto. Para el miércoles había terminado el trabajo de toda la semana. Tener tu dirección fue como si me inyectasen una aguja con adrenalina.

El jueves por la mañana me levanté muy temprano, llamé a la oficina y les comuniqué que no podía ir a trabajar porque me encontraba enfermo. La excusa que tenía preparada para el lunes finalmente la utilice ese día, pero debía andarme con ojo, pues las compañías aseguradoras perseguían constantemente los fraudes laborales y si me localizaban podrían despedirme del trabajo. Aún así decidí arriesgarme.

Tras desayunar, bajé al garaje, estuve rebuscando entre varios cajones un plano de la ciudad y localicé tu dirección. Sam tenía razón, se encontraba al final de Staten Island.

Me llevó más de una hora llegar hasta allí. Mientras esperaba en un semáforo, comprobé que el tráfico de aquella ciudad cada día resultaba más insoportable: el continuo replicar de las sirenas, el intenso olor a gasoil de los tubos de escape, las interminables discusiones entre los conductores, el fuerte sonido de sus equipos de música y los insoportables atascos hacían que me desesperase cada día más.

La distancia resultó ser bastante larga, pero no me importaba; me moría de ganas de volver a verte. Aparqué a una manzana de tu calle, cerca de la playa, y me acerqué caminando.

No quería arriesgarme a que me vieras tan pronto, hacía pocos días que habíamos estado charlando en el museo y, aunque pasaban cientos de visitantes a diario, era posible que aún te acordaras de mí. Pensé que lo mejor sería ir paso a paso.

Me gustó el edificio donde vivías nada más verlo. Era un viejo inmueble de cuatro plantas de principios de siglo, construido con granito grisáceo y ventanas rojas que habían sido restauradas hacía poco tiempo. Sin embargo, aún conservaba todo el encanto de la arquitectura de aquella época.

Lo primero que hice fue comprobar que Sam no se había equivocado con tu dirección. Esperé pacientemente a que alguien saliera del edificio y entré a buscar tus datos en el buzón. Estuve calculando a ojo el número de ventanas que poseía aquel bloque de apartamentos y llegué a la conclusión de que seríais unos veinte o veinticinco vecinos. Me acerqué a los buzones que estaban situados junto a las escaleras y fui mirando uno por uno todos los nombres. Sin embargo, la mayoría eran antiquísimos y carecían de un identificativo donde poder leer con claridad quién era el inquilino de cada inmueble; aquella búsqueda que parecía tan sencilla me llevo más tiempo de lo esperado. Estaba inquieto mirando de izquierda a derecha cada vez que entraba un vecino. Por fin, en el extremo inferior encontré tu dirección: vivías en la cuarta planta, en el segundo izquierda. En la identificación no existía ningún otro nombre, por lo que deduje que vivías sola, aunque aquello no me aclaraba si tenías pareja.

Crucé la calle y fui a la cafetería que había frente a tu edificio, quería esperarte para verte una vez más. Cuando entraba por la puerta, te vi sentada al fondo de la barra charlando alegremente con un tipo con el que bromeabas constantemente. Estuve un momento observándote desde el cristal y al final decidí no entrar.

Me di la vuelta y salí a la calle pensando que era un completo imbécil, una chica tan atractiva

como tú era imposible que no tuviese pareja. Regresé caminando hasta donde estaba mi coche, decidido a volver a casa, pero cuando metí la llave en el contacto me detuve un instante. Aquella zona de la ciudad estaba demasiado lejos como para estar yendo y viniendo a cada momento. No había ido hasta allí para darme por vencido al menor contratiempo.

Entré en una tienda, compré una gorra y volví a la cafetería. Me senté al fondo del local, donde era imposible que pudieras reconocerme. Continuasteis charlando durante diez minutos más hasta que os despedisteis con un beso en la mejilla. Luego entraste en tu edificio mientras el tipo se dirigió calle abajo y lo perdí de vista.

Ya había comprobado el lugar donde vivías y pensé que era suficiente para el primer día. Pagué el café que me estaba tomando y regresé temprano a casa.

Cuando estaba abriendo la cerradura del coche, me tocaron en el hombro y me sobresalté un poco. La ola de robos que inundaba aquella ciudad se había incrementado en los últimos meses.

—¡Cuánto tiempo, Roger! —dijo una voz suave a mi espalda.

Al girarme, vi a una pelirroja con una gran sonrisa.

—¡Franchesca! ¿Qué tal estas? —le pregunté dándole un beso en la mejilla—. No te había reconocido en un primer momento.

—Muy bien. Vivo a una manzana de aquí, ¿y tú?

—He venido a visitar a unos amigos. Estás genial, tan guapa como siempre.

—Tú tampoco estas mal. ¿Sabes lo que siempre dice mi hermana?

Yo negué con la cabeza.

—¿Qué cómo fui capaz de dejar escapar a un chico alto, moreno y con esos intensos ojos azules?

Yo sonreí agradecido.

—Pero se le olvida lo simpático que eres y lo bien que siempre me trataste.

Franchesca me sonrojó un poco, no era fácil escuchar tantos halagos seguidos. Pero ella siempre era así de natural.

Se oyeron ladridos desde el fondo de la calle y un tipo con un enorme mastín apareció de repente intentado sujetarlo con todas sus fuerzas. Al pasar se abalanzó sobre mí, pero su dueño tuvo los reflejos suficientes para detenerlo a tiempo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Franchesca.

Yo asentí con la cabeza.

—No te preocupes —le contesté mientras miraba la manga de mi chaqueta—. No ha llegado a rozarme.

—¿Ves esto? —exclamó señalando un enorme anillo de compromiso que lucía en su mano izquierda.

—¡Te casas! —añadí sonriendo— ¡Enhorabuena!

—Gracias, y además espero un bebé.

—Me alegro de que todo te vaya tan bien.

—Hacía muchos años que no te veía y me apetecía saludarte. Pero tengo un poco de prisa, me esperan para cenar.

—A mí también me ha encantado volver a verte. Cuídate y mucha suerte con todo.

—Igualmente —respondió y se despidió cruzando la calle camino del puerto.

Aunque no podía apartarte de mi mente, aquella noche mientras preparaba espaguetis al pesto, no podía dejar de sonreír recordando los buenos momentos que había pasado con aquella simpática chica.

Nos habíamos conocido en la universidad. Francesca era una pelirroja alta y delgada de origen polaco, divertida y simpática como pocas. Nos caímos bien desde el primer momento, siempre nos estábamos gastando bromas y comenzamos a salir enseguida. No sabría decir si fue amor a primera vista, pero algo parecido.

Cuando salíamos por la noche, siempre era el centro de atención. Todos los hombres y algunas mujeres la miraban y la deseaban. Su forma de vestir era un tanto llamativa, con fuertes colores y vestidos escotados. Al principio no me importaba demasiado, pero después de un tiempo, estar con una persona que siempre es el centro de atención acaba siendo agotador y lo acabé odiando. Solo estuvimos juntos unos meses, pero los recuerdo con cariño; me alegró verla tan contenta y que todo le fuese tan bien.

El resto de la cena continué pensando en ti, en realidad no hacía otra cosa, y en cuál sería el siguiente paso que podría dar para conocerte. Supuse que Sam no se hubiese complicado tanto la vida y lo habría resuelto todo de una forma más sencilla, pero yo estaba hecho de otra pasta.

Después de cenar recordé que tenía pendientes unos videos promocionales de la empresa, eran unas campañas de marketing que debíamos analizar y me senté a revisarlas. Lo sorprendente del caso fue que allí encontré lo que estaba buscando. Nunca pude imaginar que aquellos videos me darían la idea definitiva de cómo llegar hasta ti.

Al día siguiente, fui a comprar todo lo que necesitaba para elaborar mi plan. El sábado sería el día perfecto para llevarlo a cabo. Mientras regresaba de la tienda con todos los utensilios, no dejaba de preguntarme si aquel tipo sería tu pareja desde hacía tiempo o si os acababais de conocer. Sea como fuere ya no había marcha atrás, no podía apartarte de mi mente y tenía que conocerte.

Cuando llegó el sábado por la tarde, regresé hasta tu barrio y me senté de nuevo a esperar en la cafetería. La primera vez que entré solo tuve ojos para ti y no reparé en su interior. Sin embargo, aquel sitio se convirtió en mi centro de operaciones y comprobé que era un lugar acogedor, donde servían los mejores pasteles de la ciudad.

Las paredes estaban decoradas en un suave índigo donde colgaban fotos de míticos actores. Su color contrastaba con el caoba oscuro de sus mesillas de café y sus hermosas sillas estaban tapizadas con un espaldar en verde cobalto. La barra estaba repleta de una amplia variedad de cupcakes y su intenso colorido saciaba el apetito incluso antes de saborearlos. Me embriagaba del irresistible olor proveniente del horno de la cocina y sus incomparables sabores a queso marmolado con frambuesas, a plátano con virutas de chocolate, a limón con coco, a intenso café, a chocolate con frosting de vainilla, a suave calabaza, a nueces de macadamia y salsa de caramelo. En el centro del establecimiento, destacaba una enorme vitrina giratoria de varias plantas con tartas de tres y cuatro pisos de sabores muy similares a los cupcakes. Además, con el café servían unos deliciosos muffins de chocolate de los que, a menudo, solo me comía la parte de arriba y dejaba el resto. Siempre que podía me sentaba junto a la cristalera, frente a la entrada de tu apartamento.

Una hora después, saliste del edificio muy elegante con un vestido azul eléctrico que te sentaba como anillo al dedo, cogiste un taxi y te marchaste. Era evidente que un sábado por la noche saldrías a algún lugar, no tenía ni idea de adónde, pero suponía que irías a Manhattan, donde todo el mundo iba los fines de semana. Aquello me daba un margen de unas cuantas horas para llevar a cabo mi plan.

Esperé unos diez minutos por si regresabas a recoger algo que se te hubiese olvidado, salí de la cafetería y me dirigí a la entrada de tu edificio. Al llegar me di cuenta que el portal estaba

cerrado. Un sábado por la noche a esa hora todo el mundo había salido ya de sus casas, por lo que tuve que esperar más de treinta minutos sentado en las escaleras a que alguien saliera del edificio.

Un anciano bajó a dar un paseo con su perro y aproveché el momento para entrar en el portal. El viejo me miró de soslayo, pero no preguntó adónde me dirigía. Subí hasta la cuarta planta y busqué tu puerta. Miré hacia ambos lados del pasillo y comprobé que cada planta tenía cinco puertas; si alguien salía mientras yo estaba allí, acabaría avisando a la policía.

Sin más preámbulos, abrí la mochila, cogí una bolsa con globos y una bombona de helio que había comprado en la ferretería. Fui sacando globo por globo, había comprado los más largos que encontré. Los puse bajo la rendija de la puerta, de forma que una mitad del globo quedaba dentro de tu casa y la otra mitad en el pasillo. Con una mano cogí la bomba de helio mientras con la otra sujetaba el extremo del globo que quedaba en mi parte. Fui introduciendo globo por globo dentro de la válvula de helio, los inflaba hasta que calculaba que estarían lo suficientemente hinchados en el interior de tu casa y, entonces, les hacía un nudo por el extremo y los dejaba deslizar hasta el interior de tu pasillo. De ese modo, cuando llegaras aquella noche, abrirías la puerta y te encontrarías todo el hall lleno de globos hasta el techo. Había serigrafiado cada globo con las siguientes palabras: “Tu admirador secreto”.

Inflar todos los globos me llevó más de una hora, tenía la yema de los dedos entumecida. Algunos se me explotaron y provocaron tanto ruido que temí una vez más que me descubriesen. Sin embargo, conforme avanzaba el tiempo me olvidé de los vecinos. Cuando acabé, me puse la mochila y bajé por las escaleras. Miré la hora y comprobé que era bastante tarde.

En ese momento escuché desde fuera del edificio cómo alguien te decía:

—Hasta la vista, Chantalle —al tiempo que cerrabas la puerta del coche.

Me entró el pánico. No conocía el edificio y no sabía dónde esconderme. Si me descubrías el primer día, todo se iría al traste. Por suerte, encontré un pequeño pasillo al fondo del portal donde ocultarme. Escuché cómo abrías la puerta del edificio y comenzabas a subir por las escaleras. El corazón me iba a mil y mi respiración era cada vez más fuerte; bajar las escaleras tan deprisa provocó que comenzara a asfixiarme. De repente, el sonido de tus tacones cesó cuando llevabas unos pocos escalones.

Deduje que habías oído algo, quizás el fuerte sonido de mi respiración. Me tapé la nariz y aguanté todo el tiempo que pude mientras intentaba calmarme. Un instante después, escuché cómo volvías a subir, esta vez mucho más rápido. Aproveché el momento para salir del edificio a toda prisa, sin mirar atrás.

De camino a casa llevaba una extraña sensación. Había conseguido mi objetivo, pero había pasado tanto miedo que no quería volver a repetir aquella experiencia nunca más. Aquella noche me llevé una doble satisfacción: además de llevar a cabo mi sorpresa, comprobé que no subiste a casa acompañada por aquel tipo.

El lunes en la oficina apenas di palo al agua. Me di cuenta de que aquel plan tenía un gran inconveniente y es que desconocía la reacción que había causado en tí. No teníamos ningún amigo en común que pudiera contarme si mi sorpresa te había gustado. Estuve pensando durante varios días qué hacer a continuación, pero no encontraba ninguna solución.

Una tarde, paseando por el Downtown, vi desde lejos una floristería que me llamo enormemente la atención. Al pararme en su escaparate, observé una variedad de rosas que jamás había visto. Se trataba de unas rosas multicolores de una increíble belleza en las que cada pétalo

tenía un color diferente, no había visto nunca nada igual.

Entré en la tienda y comencé a recorrer sus pasillos. Sus estanterías estaban repletas de los más bellos adornos florales: rosas de los más diversos colores, tulipanes traídos directamente desde Amsterdam, cestas repletas de las más bellas y exóticas flores, pequeños bonsáis japoneses y una enorme variedad de exuberantes flores de las que ni siquiera conocía sus nombres. Pero lo que realmente había despertado mi curiosidad eran aquellas rosas multicolores. Me dirigí al mostrador a preguntar por ellas a la dependienta, una rubia de pelo largo, alta y delgada, de anchos pómulos. Tuve que esperar a que envolviera una cesta a otro cliente hasta que al final me atendió.

—Disculpe, señorita. ¿Podría decirme qué rosas son las del escaparate?

—Son rosas arco iris. Es lo último en botánica —me dijo mientras sacaba una muestra para que pudiera contemplarla más de cerca—. Se consiguen mediante implantes realizados en laboratorios.

Yo asentí con la cabeza.

—El proceso es muy sencillo —prosiguió explicando— primero se le extrae toda la savia y después se le inyectan en el tallo colorantes naturales de otras flores.

—¿Y se puede realizar con cualquier rosa?

—Han descubierto que la rosa Véndela es la que mejor absorbe los tintes y consigue estos extraordinarios colores.

—Son preciosas —le respondí con una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo llevan en el mercado?

—Un par de meses, pero con este éxito, en pocos años serán las flores más populares del planeta.

Mientras me lo explicaba, giré la cabeza un par de veces al oír el sonido de la campanilla de la puerta. No dejaba de entrar gente en aquel establecimiento. Otra dependienta salió de la trastienda para atender los nuevos clientes.

—¿Podría mostrarme alguna más? —le pregunté dejando la rosa encima del mostrador.

—Claro, sígame —señaló con un gesto de su mano y me llevó al fondo de la tienda donde tenían hasta media docena de rosas de diferentes colores. Eran tan magníficas que no sabía por cuál decidirme.

—¿Le gusta alguna en particular?

—Creo que me llevaré una docena de cada modelo.

—No sé si tenemos tantas flores en existencias —repuso un tanto sorprendida—. Déjeme que haga una llamada.

Volvió al mostrador y telefoneó a su jefe.

Durante un buen rato estuvo hablando con él, mientras, yo disfrutaba con la fragancia y el enorme colorido de aquel agradable establecimiento.

Estuve observando más de cerca la cesta de flores que se había llevado otro cliente, había sido diseñada mezclando las más exuberantes flores y los más intensos colores.

Sin embargo, aquellas magníficas rosas arco iris que pensaba regalarte no tenían parangón con ninguna de las cestas del establecimiento.

Cuando colgó el teléfono se acercó hacia mí y me dijo:

—Podríamos pedirle las unidades que faltan, en tres días estarían aquí.

—¿Tres días? —exclamé abatido.

Lo pensé durante unos instantes, pero no se me ocurría otra solución.

—De acuerdo, esperaré.

—¿Dónde quiere que la enviemos? —preguntó tomando papel y bolígrafo.

—Aquí tiene la dirección —y le entregue los datos—. Tan solo hay una condición: « la chica no debe saber quién le envía las flores ».

—Perdone que le interrumpa —replicó con una gran sonrisa—. Si alguien me mandase seis docenas de rosas, me encantaría saber quién se toma tantas molestias.

—Forma parte de una sorpresa.

Ella asintió sacudiendo la cabeza.

—¿Quiere que añadamos alguna nota?

—Por supuesto —saqué mi pluma Montegrappa de la chaqueta y escribí una pequeña dedicatoria:

Solo estas magnificas rosas pueden hacer justicia a tu inigualable belleza que anhelo contemplar el resto de mi vida.

Guardé la nota en un sobre perfumado que me entregó la dependienta y lo cerré cuidadosamente.

—Muchas gracias por su amabilidad —le dije antes de marcharme y salí por la puerta.

Tendría que esperar tres días más para saber si te gustaba el regalo. Más días de incertidumbre y ni tan siquiera conocía si te gustaban las flores.

El viernes al mediodía pasé por la tienda a preguntar si habían enviado las rosas.

—Señor Dempsey —me llamó la dependienta nada más entrar por la puerta—. Ya hemos entregado el pedido, la chica quedó encantada.

—Llámame Roger —le respondí sonriendo—. No soy mucho mayor que usted.

La dependienta me devolvió la sonrisa.

—¿Les comentó algo?

—Ese es Sean, el repartidor que entregó las flores —me señaló a un chico de unos dieciocho años delgado y moreno en el que todavía quedaban restos de un incipiente acné.

Me acerqué hasta él, mientras terminaba de embalar una caja para entregar un nuevo pedido, y le pregunté:

—¿Cómo reaccionó la chica?

—Se quedó bastante sorprendida, tío —me respondió sin parar de moverse—. Al principio sonrió cuando le entregué el primer ramo. Luego no veas la cara que puso cuando le di un ramo tras otro, y otro y otro...

Yo asentí mientras lo escuchaba atentamente.

—No había visto nunca a nadie que pusiese esa jeta desde que trabajo aquí —añadió sin dejar de reír—. Me costará trabajo olvidarla.

—¿Y no dijo nada? —le volví a preguntar.

El chico asintió varias veces. Continuaba preparando su paquete mientras hablaba conmigo.

—Cuando le entregue la nota, la abrió enseguida. Al comprobar que no tenía firma, insistió mucho preguntando quien le mandaba las flores. Yo le respondí lo que usted nos dijo: “Que el pedido se había hecho por teléfono y que nadie lo había visto en persona”.

—¿Y cómo se lo tomó?

—En ese momento se quedó un poco decepcionada, pero es una tía insistente, ¿sabe? Cuando ya bajaba por las escaleras me preguntó, “¿cómo era su voz?” En ese momento no supe qué decir.

Casi me pilla, pero le dije que era la voz de un tipo joven, educado y amable.

—Bien hecho —exclamé dándole una palmada en el hombro.

Cuando me fui les entregue una propina tanto a la dependienta como al chico. Todo había salido mejor de lo que esperaba.

Después de mandarte aquel regalo y tener la certeza de que te había gustado, decidí que había llegado el momento de conocerte y contarte toda la verdad. En un primer momento, pensé en ir directamente a tu casa y esperarte en la puerta del edificio para charlar contigo. No podía soportar más aquella espera y comenzaba a notar cómo me estaba pasando factura física y psicológicamente día tras día.

Sin embargo, aquel fin de semana ocurrió algo inesperado. Me llamó por teléfono Heather: era mi mejor amiga desde la infancia y llevábamos tiempo sin vernos. Se me había olvidado por completo que celebraba su graduación, se licenciaba en económicas, con matrícula de honor. Era la persona más inteligente que había conocido. Aquella noche no tuve otra opción que ir a su apartamento en Chelsea, Heather era como una hermana para mí y no me hubiese perdonado que no asistiera.

De camino a la fiesta, mientras atravesaba el puente de Brooklyn, volví a recordar mi época del instituto donde pasé con ella cuatro largos años. Heather había sido mi mejor amiga, pero mis dos grandes amores en aquella época fueron: Mary Kate Wilson y Susan Catbert.

Mary Kate era una morena alta y robusta de origen galés con un fuerte carácter, demasiado espabilada para su edad. Apenas estuvimos saliendo un par de semanas, lo nuestro era pura atracción física. Cuando íbamos a comer una hamburguesería apenas hablábamos; enseguida nos dimos cuenta que no teníamos demasiado en común, aunque he de reconocer que con aquella edad no me importaba demasiado.

En tercero conocí a la chica más dulce del instituto, Susan Catbert. Era una chica bajita con la piel muy blanca y el cabello y los ojos oscuros, de carácter tímido.

Un día nos sentaron por parejas en la clase de biología y nos mandaron realizar un trabajo de anatomía diseccionando varios animales. Desde ese momento, comenzamos a intimar.

Me encantaba su delicadeza en todo lo que hacía: su forma de tocar suavemente los objetos como si fuesen a romperse, las exquisitas formas que demostraba sentada en la mesa, su elegancia al caminar, su perfecta dicción y su dulce sonrisa. El único problema era que tan solo podíamos vernos en el instituto. Sus padres eran demasiado severos y no le permitían salir fuera del horario de clase. Finalmente, decidimos que lo nuestro era imposible.

Sin embargo, nunca sentí por ninguna de ellas lo que siento por ti ahora mismo. No había experimentado jamás esta sensación y lo que es peor aún no sé si es positiva o negativa porque esta incertidumbre me está matando lentamente.

Llegué sobre las ocho a la casa de mi amiga, cuando ya había anochecido. La fiesta estaba bastante animada, conversé con varios conocidos recordando viejas anécdotas, pero continuaban siendo las mismas caras de todos los años y acabé aburriéndome con facilidad. Tras un rato, abandoné la reunión y me dirigí hacia la azotea. Allí me incliné sobre la cornisa y me puse a contemplar un espectacular cielo estrellado.

Unos minutos más tarde escuché cómo abrían la puerta. Me giré y vi entrar a Heather.

—Por fin te encuentro —dijo dándome un abrazo.

—He preguntado por ti —le respondí mientras me ofrecía una copa de champagne—. Me dijeron que te habías retrasado y como hace buena noche decidí subir a contemplar las estrellas.

Ella levantó la cabeza, echó un ligero vistazo al cielo, y sonrió.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mirándome fijamente.

—Claro, me alegro mucho de volver a verte.

—No sé, quizás sean imaginaciones mías. Te noto un poco melancólico, como si añoraras a alguien.

—No se te puede ocultar nada —contesté afligido y nos sentamos en la cornisa—. Siempre he pensado que eres un poco bruja, en el buen sentido de la palabra.

—No creas —sonrió—. Solo soy observadora. Hace mucho tiempo que nos conocemos —bebió un sorbo de su copa, y añadió— ¿La conozco?

Yo negué con la cabeza.

—Ni yo mismo tengo ese placer.

Heather sonrió al tiempo que soltaba su copa y se cruzaba de brazos. Comenzaba a refrescar y le ofrecí mi chaqueta.

—Siempre has sido muy divertido —respondió mientras se la ponía sobre los hombros—. Ya veo que no te apetece hablar sobre el tema. Espero que me la presentes algún día.

Yo asentí.

—¿Recuerdas aquella fiesta del instituto cuando nos besamos? Era una noche muy parecida a esta.

—Claro que lo recuerdo. Acabamos confundiendo el amor con la amistad.

—Por suerte nos dimos cuenta a tiempo —repuso esbozando una leve sonrisa.

—También recuerdo lo que ocurrió al día siguiente. Estuvimos toda la tarde intentando justificarnos por lo ocurrido, solo éramos dos críos.

—Tengo que reconocer que besabas muy bien —añadió bromeando.

Yo le devolví la sonrisa y se hizo un breve silencio bastante incómodo. No sabía si estábamos entrando en arenas movedizas; Heather se dio cuenta y cambió de tema.

—Tienes razón, hace una noche espectacular —murmuró volviendo a mirar hacia el cielo—. Han bajado los niveles de contaminación y se pueden observar las estrellas con más claridad.

Yo la miré cabizbajo, no sabía si se había sentido ofendida por no contarle nada más sobre ti.

—¿Sabes cuál es la última moda?

Yo negué con la cabeza.

—Poner nombre a las estrellas.

—¿Eso es posible? —pregunté sorprendido.

—Una empresa en Internet ha patentado unos certificados en los que le ponen nombre a las estrellas. Además, te entregan las coordenadas con su ubicación exacta.

—Suena un poco a estafa —le dije apurando mi copa de champagne.

—Sí, pero es bastante romántico. ¿No crees?

—La verdad es que es una buena idea.

Heather y yo continuamos charlando sobre su graduación y sus planes de futuro y, al final, la noche resultó más agradable de lo que esperaba. Siempre conseguía sacarme una sonrisa.

De madrugada no paraba de dar vueltas en mi cama sin poder conciliar el sueño.

Me desperté recordando la conversación que había tenido con mi amiga. Quizás no era una idea tan original como la de las flores y los globos, pero, al igual que a Heather, me pareció de lo

más romántica. Finalmente, decidí sorprenderte por última vez antes de confesarte que era yo quien te mandaba los regalos. Me senté frente al ordenador y comencé a buscar aquella empresa, descubrí que su página estaba teniendo bastante éxito. Hay tantas estrellas en el firmamento que aquel negocio era de lo más lucrativo; por muchas que comprasen siempre seguirían existiendo más. Aquello de Internet llevaba poco tiempo en funcionamiento, pero todas las empresas, incluidas la mía, estaban apostando fuertemente por ello.

Con las horas que dedicaba a mi trabajo, no me quedaba demasiado tiempo de ocio para navegar por la red. Un par de veces que lo había intentado aquello se cortaba constantemente e iba demasiado lento. Pero aquella noche me armé de paciencia y visité la página.

Tuve que rellenar un formulario antes de realizar el pedido y en veinticuatro horas recibí el paquete. Abrí la caja que contenía el certificado con la estrella a tu nombre, un mapa de la vía láctea con el lugar donde se encontraba y las coordenadas exactas para poder contemplarla con un telescopio. Además, añadieron unos documentos de exclusividad para que nadie pudiese cambiar el nombre. La verdad es que todo estaba realizado de una forma muy profesional.

En aquella ocasión no quise arriesgarme a que pudieras preguntarle al mensajero cuál era mi aspecto ni cómo era mi voz. Fui en persona a llevar el paquete a correos y, tras esperar más de media hora de cola frente de una vetusta ventanilla con los cristales rallados, envié el regalo como correo urgente.

No sabía si aquello comenzaba a ser un poco excesivo ni si había conseguido despertar tu interés, pero llegué a la conclusión de que tres sorpresas eran suficientes si realmente deseabas conocerme. Sin embargo, me seguía resultando demasiado violento presentarme allí y confesarte que era yo quien te mandaba los regalos, de modo que decidí que lo mejor sería enviarte un mensaje concertando una cita a ciegas.

El jueves acabé un poco antes mi jornada de trabajo y me dirigí hasta tu casa. Dejé el mensaje en el buzón y espere en la cafetería; quería verte recogerlo en persona.

La tarde se alargó más de lo esperado, dieron las nueve y todavía no habías regresado. Cuando la cafetería estaba a punto de cerrar, por fin te vi aparecer y entraste en el edificio.

Me asomé a la puerta y vi cómo comenzabas a subir por la escalera sin detenerte a recoger el correo. Cuando llegaste al primer rellano, de repente, diste la vuelta y regresaste al buzón, cogiste el sobre y lo abriste con sumo cuidado, sin esperar a llegar a casa. No había escrito un mensaje demasiado largo:

Si deseas conocer a tu admirador secreto, te esperaré el sábado a las siete de la tarde en el nuevo club del Village en la sexta con la catorce.

Vi cómo guardabas la nota con una amplia sonrisa y subías por las escaleras hacia tu casa.

Me despedí de la camarera con la que había entablado cierta amistad y me fui calle abajo a recoger mi coche cuando, de repente, sonó el móvil.

—¿Sabes que no he vuelto a saber nada más de ti desde el día del cumpleaños? —me dijo mi hermana—. La niña no para de preguntarme por ti. Quiere saber cuándo vendrás a jugar con ella y la casa de muñecas.

—Déjame en paz —le respondí enfadado—. Cada día te pareces más a mama. Deberías haber sido sargento en la Armada.

—No te he llamado para discutir —repuso sin amedrentarse.

Estuve en silencio durante unos instantes, aquellos días de tanto estrés comenzaban a pasarme

factura.

—Tienes razón, no me había dado cuenta —le contesté intentando tranquilizarme—. He tenido mucho trabajo estos días. El mes se ha pasado volando.

—Mañana tenemos cena a las ocho. Vendrán algunos amigos, arréglate para la ocasión.

—De acuerdo —le confirmé sin demasiadas ganas—. Allí estaré.

Llevaba toda la semana vislumbrando en mi mente cómo sería nuestra cita del sábado y lo que menos me apetecía era acudir a una cena familiar el día antes.

IV

El viernes al mediodía salí eufórico de la oficina. Estaba convencido de que aquel sería el mejor fin de semana de mi vida.

Era indispensable causarte una buena impresión en la primera cita, así que me comí un delicioso perrito en un puesto a pie de calle y me dirigí a los almacenes Saks a comprar ropa nueva.

Subí hasta la cuarta planta y recorrí sus pasillos repletos de ropa sopesando si me quedaría mejor una camisa en tono claro u oscuro.

Antes de entrar en la universidad, había ayudado a mi hermana en su tienda de moda. Me encantaba volver a sentir en las manos la suavidad de las camisas de seda, la esponjosidad de la lana, la dureza de los jeans, la aspereza del tergal, lo viscoso de los materiales sintéticos y la rigidez y el olor de las chaquetas de cuero.

Si algo me atormentaba sobremanera en las horas previas de nuestra cita era pensar ¿cómo reaccionarías al comprobar que ya nos conocíamos desde el día en el museo?

Al final no estuve mucho tiempo en los almacenes, tomé la decisión rápidamente. No soy de los que pasa demasiado tiempo realizando sus compras. Elegí un pantalón marrón claro de corte clásico, una camisa de seda celeste y una chaqueta de cuero negro.

Lo dejé todo en mi apartamento y volví a bajar para ir a una licorería a dos manzanas de mi apartamento en Queens, allí compre una botella de Chardonnay para la velada de mi hermana.

No deseaba asistir a la cena de aquella noche, sabía que me pasaría toda la noche sin dejar de pensar en ti. Esperaba aquel sábado como el que espera el nacimiento de un hijo y no me agradaba tener que asistir a una reunión familiar, debería haberme negado en rotundo la noche anterior y decirle que la visitaría el domingo; pero ya no había vuelta atrás.

A las siete cogí el coche, no quería llegar tarde. Me dirigía a casa de mi hermana cuando el móvil comenzó a sonar sin parar.

—Pero, ¿quién demonios será ahora? —me pregunté mientras lo sacaba del bolsillo a duras penas. ¿Es que nadie pensaba dejarme tranquilo aquel día?

—¿Sí? —contesté sin reconocer el número cuando paraba en un semáforo.

—¿Roger? Soy Sam.

—¿Qué tal, amigo? ¿Todo bien?

—¿Recuerdas cuando dijiste que me debías una? —añadió con un tono de voz apagado.

—No te preocupes —le comenté mientras el semáforo cambiaba a verde—. Te aseguro que iremos a Chelsea y te presentare a todas las modelos que quieras.

—No necesitarás esperar tanto, me he metido en un buen lio. Lo he perdido todo en una partida de póker —añadió con la voz entrecortada—. Y lo que es peor estoy encerrado en una cámara frigorífica y no me dejaron salir hasta que no salde mis deudas.

—Pero, ¿de qué estás hablando? —exclamé sin entender nada.

—Debo tres mil dólares —repuso al comprobar que no terminaba de creerle.

—Eso es mucho dinero, amigo.

—Lo sé, Roger, pero solo tú puedes ayudarme —respondió angustiado. Era la primera vez que lo veía suplicar algo—. Te prometo que te lo devolveré.

—¿Y de dónde saco yo esa cantidad?

—Puedes ir a un par de cajeros y pedir el resto a tu familia —se hizo un breve silencio y agregó—. Estos tipos van en serio.

—De acuerdo. Hare un par de llamadas e intentaré solucionarlo. ¿Dónde hay que llevar el dinero?

—Estoy en el Golden Palace de China Town.

—Llegaré lo antes posible.

Regresé a mi casa y sumé cuánto dinero tenía guardado entre mis tres cuentas, en total apenas llegaba a los mil dólares. Fui a un par de bancos y saqué mil dólares más con las tarjetas de crédito. Luego pedí prestado a un par de amigos del trabajo y conseguí reunir los tres mil dólares en una hora aproximadamente.

No sabía en qué tipo de antro estaba encerrado Sam y aquello me generaba aún mas desconfianza. Llamé a un par de amigos de la infancia que habían trabajado en las fuerzas especiales y me acompañaron a la entrega; no me fiaba ni lo más mínimo de aquella gente.

Llegamos allí sobre las siete y media y nos condujeron a la trastienda de un restaurante. Por suerte, Sam se encontraba bien. No le habían hecho ni el más mínimo rasguño, tan solo estaban esperando su dinero.

Nunca había visto a mi amigo con la cara tan desencajada, siempre estaba alegre y de buen humor. En aquel momento parecía la viva imagen de un muerto viviente. Nos montamos en el coche y sin pedirle explicaciones lo lleve a su casa. No abrió la boca en todo el trayecto, tan solo cuando se despidió dijo una vez más que me devolvería el dinero.

Aquello retrasó la hora de llegada a casa de mi hermana. Otra vez tarde, la bronca estaba asegurada y esta vez no podía contarle a qué se debía el retraso. Lo único que le faltaba saber es que ahora me relacionaba con los bajos fondos de la ciudad.

Dejé el coche aparcado junto a la casa. Al bajar, volví a mirar el reloj, solo eran las ocho y cuarto. Pensé que quizás estaría de buen humor y no se enfadaría demasiado.

Mi hermana vivía en Brooklyn, en una casa de doble planta con un espacioso jardín donde Gina podía jugar con libertad y Tom preparaba unas excelentes barbacoas algunos fines de semana. Había tenido suerte de encontrar una casa a tan buen precio en aquella zona de la ciudad.

Crucé el jardín y llamé a la aldaba de la puerta. Esta vez fue mi cuñado quien me abrió; era un tipo de frente abultada con grandes entradas, rollizo y bonachón.

—Ya íbamos a empezar a cenar, Roger —me comentó con tono solemne—. Tu hermana pensaba que ya no vendrías.

—Lo imagino, Tom —respondí estrechándole la mano—. ¿Podrías ponerme una copa?

—¿Un mal día, amigo? —añadió mientras pasábamos al salón.

—Uno de los peores.

Mientras me servía whisky irlandés estuve admirando aquel soberbio salón que tanto me gustaba. Mi hermana había pasado años buscando cada pieza para que todo encajara a la perfección, como si del perfecto mecanismo de un reloj suizo se tratara. Estaba decorado al más puro estilo victoriano del que era una ferviente admiradora.

Las paredes estaban repletas de numerosos lienzos, en su mayoría, escenas de caza con un enorme colorido. En el centro, una preciosa chimenea de color blanco presidía la estancia. Frente a ella, había un magnífico sofá de piel junto a dos sillones estampados en colores claros y, a la izquierda de la chimenea, una gran bola del mapa terráqueo junto a una estantería en madera de nogal que contenía los grandes clásicos de la literatura rusa. Al otro extremo del salón, junto a la ventana principal, un gran piano de cola completaba la decoración.

—¿Ha llegado Roger? —preguntó mi hermana desde la cocina.

Tom le respondió afirmativamente.

—Están terminando de sacar el asado —explicó y, acto seguido, encendió su pipa. Me encantaba el intenso olor de aquel tabaco.

—No recuerdo que dijera nada de invitados.

—Solo ha invitado a una amiga, ¿no te lo comentó?

—Ahora que lo mencionas puede que dijera algo —repuse mientras apuraba mi copa y se la acercaba a Tom para que me sirviera otra—. Tengo la cabeza en otra parte.

—Tranquilo, Roger. No vayas tan rápido —advirtió al servirme el licor—. Y deja de temblar esa mano, vas a tirar todos los hielos del vaso.

En ese momento aparecieron mi hermana, mi sobrina y su invitada en el salón.

—¿Por fin has llegado? —anunció mi hermana mientras su amiga venía unos metros más atrás jugando con la niña.

—Había mucho tráfico —contesté al tiempo que me levantaba del sillón y la besaba en la mejilla—. Ya sabes cómo es esta ciudad.

—He invitado a una amiga del trabajo, permíteme que te presente.

Justo en ese instante dejaste de jugar con la niña y te diste la vuelta, casi derramo todo el hielo del whisky al suelo. Ambos nos miramos fijamente durante unos segundos. Creo que intentabas recordar si nos habíamos visto alguna vez.

—¿Ya os conocíais? —exclamó mi hermana al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Hice una visita al museo donde trabaja Chantalle. No sé si ella lo recuerda —te comenté con una gran sonrisa.

—Claro, eres tú. Sabía que te había visto antes —respondiste mientras me estrechabas la mano—. Creo que fue el último día que trabajé allí.

—En ese caso, es como si aún no os conocierais —añadió mi hermana entre risas—. Podríamos decir que solo os habíais visto antes.

Ambos sonreímos y nos sentamos en la opulenta mesa que mi hermana preparó para la ocasión. Había abundantes fuentes cocinadas: ensalada de puré de patatas, de col hervida con chukrutt, de remolacha, de ensaladilla rusa y, como plato estrella, crema de guisantes y asado al horno, el preferido de mi hermana.

Aunque intentaba disimular todo lo posible, no podía dejar de mirarte. Aquella noche llevabas un vestido malva con unos tacones a juego, un collar de madreperlas y una pulsera con adornos engarzados. Tu cabello estaba suelto como la primera vez que te vi, creo que me gustabas más de aquella manera.

Tom presidía la mesa mientras mi hermana se sentaba a su derecha y la niña a la izquierda. A nosotros nos sentaron uno frente al otro, en el otro extremo; intuía que mi hermana había tenido algo que ver con la disposición de los asientos.

Tanto tiempo esperando aquel momento y qué caprichoso era el destino. Nos conocimos de repente, un día que había sido nefasto para mí, pero fue sentarme en aquella mesa y olvidarme por completo de todo lo que había sucedido.

Estuve un rato jugando con la niña, intentando que no te dieras cuenta de lo que sentía por ti, hasta que mi hermana se encargó de que volviera a la realidad.

—Chantalle trabaja conmigo en la biblioteca pública que hay a la entrada de Queens.

—¿Dejaste el museo para trabajar en la biblioteca? —pregunté intrigado.

—No exactamente. Me licencié en Historia del Arte el año pasado y después realicé una tesis

sobre el Impresionismo —respondiste mientras bebías un poco de vino—. Fue entonces cuando enviaron la colección proveniente del Louvre y me contrataron.

—Aquel día en el museo comprobé que eras una experta —aseguré sonriendo y, tras degustar unas deliciosas cebollitas confitadas, añadí—. Me hubiese encantado continuar escuchando tu explicación.

La expresión de tu cara se volvió un poco tensa, no sé si fue una equivocación volver a sacar aquel tema. Un momento después, te ofrecí un poco de ensalada y tras servirla en tu plato, dijiste:

—Nunca hago visitas privadas, lo lamento.

—¿Me he perdido algo? —quiso saber mi hermana.

—Es una propuesta que me hizo tu hermano en la exposición, nada importante.

—Entonces ¿sí que te acuerdas de él? —preguntó suspicaz.

—He ido refrescando la memoria —contestaste tras llevarte a la boca un trozo de asado.

Me dio la impresión de que te sonrojabas un poco con la pregunta de mi hermana y decidí cambiar de tema.

—Y, ¿cuánto tiempo lleváis trabajando juntas?

—Una semana y media. Encontré el anuncio en el periódico y me contrataron al día siguiente.

Ahora comprendía por qué el día anterior tuve que esperar hasta más de la nueve de la noche a que regresaras a casa.

—¿Y tú a que te dedicas?

—Soy programador informático. Realizamos aplicaciones para todo tipo de programas: juegos, bases de datos y ahora comenzamos a expandirnos por Internet.

—Mi tío me ha comprado la mejor casa de muñecas del mundo —interrumpió la niña, soltando la cuchara encima de la mesa al comprobar que nadie le hacía caso—. ¿Quieres verla?

—Claro, cariño —le respondiste—. Cuando cenemos iré a ver tu casa de muñecas —la niña sonrió y continuó tomando la sopa.

—Chantalle, ¿es un nombre francés? —te pregunté mientras degustaba una cerveza añeja con abundante espuma.

Tú asentiste con la cabeza.

—Nací allí, mis padres emigraron a Nueva York cuando era muy pequeña. Se puede decir que soy una neoyorquina más.

Mi hermana no me quitaba ojo, parecía divertirse que comenzáramos a congeniar tan bien. Lo de hacer de celestina siempre le había encantado. Cada mes intentaba emparejarme con alguna de sus amigas y, por norma general, la cosa no funcionaba; no existía atracción ni feeling, ni tan siquiera parecía, en muchas ocasiones, que habláramos el mismo idioma. Sin embargo, aquella vez había acertado de pleno sin tan siquiera sospecharlo y yo le estaría eternamente agradecido.

Cuando acabamos el asado, os fuisteis a llevar los platos a la cocina para traer el postre. En aquel momento dejé volar mi imaginación. Comencé a pensar que todo estaba preparado, que me habías descubierto unos días antes y conocías la verdad. Aunque debo añadir que, si hubiese sido así, tampoco me habría molestado demasiado.

—¿Otra copa, Roger? —preguntó mi cuñado sacándome del letargo.

Yo negué con la cabeza.

—Con dos son suficientes —contesté viendo cómo se sorprendía—. Voy a llevar los platos.

Cuando me acercaba a la puerta de la cocina, escuché cómo mi hermana y tú hablabais sobre mí y me detuve un instante.

—¿Qué te ha parecido mi hermano? —te comentó mientras guardaba los platos en el

lavavajillas.

—Es muy simpático.

—No pregunto eso —añadió lanzándote una mirada de complicidad—. Ya sabes a qué me refiero.

—Todavía es pronto —respondiste con una sonrisa.

—No es un mal partido ¿sabes? —señaló mi hermana—. Terminó la carrera hace tres años y tiene un bonito apartamento.

Vi cómo esbozabas una dulce sonrisa.

—La verdad es que os parecéis mucho físicamente.

—Hemos heredado los mismos ojos de mi madre —repuso mi hermana sacando una tarta de la nevera.

—Aquí os dejo los platos —anuncié de repente y los puse encima de la mesa—. ¿Puedo ayudaros en algo?

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó mi hermana—. Coge la tarta de arándanos y llévala al salón, Chantalle y yo tenemos que hablar de un asunto que no te concierne.

Me marché de la cocina con una sonrisa de oreja a oreja, que te pareciese simpático era más de lo que podía esperar. Cuando regresasteis a la mesa dimos cuenta de aquella deliciosa tarta y, tras terminar de recoger, nos sentamos en el sofá.

Entonces, llegó la niña pidiendo que subiéramos a su habitación. La cogí en brazos y la subí escaleras arriba mientras tú me acompañabas hasta su cuarto.

Aquella habitación era enorme para una niña tan pequeña, sin embargo, apenas había espacio. Estaba recubierta de muñecos y juguetes hasta en el más ínfimo rincón. No se podían dar dos pasos seguidos sin tropezarse con algo. La niña se soltó en cuanto llegamos y nos enseñó sus juguetes preferidos.

—Ven conmigo —dijo mientras agarraba tu mano y te conducía al fondo de la habitación donde estaba su casa de muñecas—. ¿A que es la mejor casa de juguete que has visto en tu vida? —afirmó sonriendo.

—Lo es, cariño. No he visto nunca nada igual. Ojalá hubiese tenido una como la tuya cuando era pequeña —contestaste dándole un beso en la mejilla y, acto seguido, te volviste hacia mí que estaba sentado en la cama—Y ¿esta casa la has elegido tú?

Yo asentí con la cabeza.

—La compré el mismo día que visité el museo.

—Ahora comprendo tu buen gusto por el arte. Han cuidado hasta el mas mínimo detalle —dijiste mientras la mirabas—. ¿Tienes tan buen gusto para todo?

—Lo intento —contesté sonriendo.

La niña no paraba de seleccionar sus juguetes preferidos y nos los iba mostrando uno por uno.

—Quizás algún día podamos realizar esa visita privada —dijiste de repente.

—Sería un placer volver a escuchar tu dulce voz.

—Gracias —repusiste halagada—. ¿De dónde viene esa pasión por el arte?

—De pequeño siempre quise ser arqueólogo. Con los años dejé de soñar y acabé dedicándome a la informática, pero mi pasión por la cultura no ha desaparecido jamás.

—Me alegra escucharlo, no somos muchos en este país los que disfrutamos de la historia.

—¿Quieres que juguemos un rato? —interrumpió la niña aburrida de escucharnos hablar—. Tú serás la mamá —dijo y te ofreció una pequeña muñeca—. Y tú el papa, tío Roger —añadió entregándome un muñeco—. Y yo seré la hija que recibe muchos regalos.

Ambos comenzamos a reír.

—Y ¿qué regalo quieres, cariño? —preguntamos al unisonó.

—Que vengáis a jugar conmigo todos los días —contestó y nos dio un abrazo.

—Es un encanto —dijiste mirándome fijamente a los ojos.

Yo asentí y te di la razón, aunque tenía claro que no era la única persona encantadora de aquella habitación.

La niña se metió en la cama y abrazada a su osito de peluche pidió que le contásemos un cuento antes de dormir.

—¿Cuál quieres que te cuente, cariño? —le pregunté.

La niña se encogió de hombros.

—A ver si te gusta este —le dije—. Érase una vez...

—Ese ya lo conozco —respondió al instante.

—No, Gina —le explicaste—. Todos los cuentos de los hermanos Grimm comienzan de la misma forma.

—¿Los hermanos Grimm? —preguntó incrédula—. ¿Podemos ir a conocerles?

—Esto... —balbuceaste—. Los hermanos...

Enseguida intuí que te habías metido en un buen lío del que eras incapaz de salir.

—Los hermanos viven muy lejos de aquí, cariño —le respondí—. Cuando seas mayor te llevaré a que los conozcas.

La niña asintió sonriendo, mientras tú me mirabas agradecida.

Érase una vez— proseguí— una hermosa niña que todas las noches se iba a dormir temprano mientras su mamá la arropaba y le narraba los más hermosos cuentos.

Una noche, Jane, que era como se llamaba, se despertó cuando oyó maullar repetidas veces a un gato. Al principio, pensó que solo era un sueño, pero tras dar media vuelta más en su almohada, descubrió que aquel incesante ruido provenía de su jardín.

Abrió la ventana, a pesar de que se lo habían prohibido y vio un hermoso gatito en la copa de un árbol.

Jane no sabía qué hacer. Si le decía a su mamá que había abierto la ventana la castigaría, pero si regresaba a su cama como si nada hubiese ocurrido, no sabía que sería de aquel pobre gatito.

Finalmente, decidió cerrar la ventana, fue corriendo hasta la habitación de sus padres y despertó a su mamá.

—Hay un gato en el jardín que no me deja dormir —dijo tranquilamente a su mamá.

La madre bajó hasta el porche agarrada de la mano de la niña y descubrió que el gato seguía maullando desde la copa del árbol. Entonces llamó a su marido. Este subió a una larga escalera, forcejeó un rato con el gato y consiguió bajarlo.

Jane enseguida lo cogió en brazos, se lo llevó a la cocina y su mamá le preparó un gran cuenco de leche. El gatito estaba tan hambriento que se la bebió enseguida y se quedó plácidamente dormido en una preciosa cesta de mimbre.

Al día siguiente, Jane bajó las escaleras impaciente, había pasado toda la noche esperando volver a verlo. En cuanto llegó a su cesta ,comenzó a hacerle carantoñas. El gatito estaba tan contento de verla que levantaba sus patas una y otra vez y jugaban juntos.

Los dos se hicieron grandes amigos y en cuanto Jane regresaba del colegio pasaban todas las tardes juntos. Con el paso de los días, su mamá le dijo que habría que ponerle un nombre. Jane decidió llamarlo Bolita porque cuando jugaba con él en el sofá, le lanzaba un ovillo de lana en el que se quedaba atrapado y giraba dando vueltas y vueltas como si formara parte de la tela mientras toda la familia reía sin parar.

Tres semanas después, la mamá de Jane descubrió que en todo el vecindario habían colgado carteles anunciando la desaparición de Bolita de una urbanización a dos manzanas de allí.

Al principio no supo qué hacer. Tenía la obligación moral de devolver el gato a su dueña, pero sabía que le rompería el

corazón a Jane. Lo habló tranquilamente con su marido y decidieron devolverlo y comprarle otro gato. Pensaron que con el tiempo, acabaría olvidándose de él.

Una mañana en la que la niña se encontraba en el colegio entregaron el gato a su dueña y cuando regresó le dijeron que Bolita se había escapado. Jane comenzó a llorar desconsoladamente. No había forma de que parase, la reacción fue mucho peor de la que sus padres habían imaginado. Finalmente, la consolaron diciéndole que le traerían a un hermano de Bolita y, aunque la niña no acabó de creerles, se acabó conformando.

Ese fin de semana fueron a un centro comercial a visitar una tienda de animales. Jane estuvo contemplando las más diversas especies y, mientras su padre conversaba con el dependiente, salió por la puerta. Fue entonces cuando vio a una anciana con una pequeña jaula y un gato en su interior dirigirse a la clínica veterinaria que había junto a la tienda de animales. En cuanto lo vio, Jane no tuvo dudas de que aquel era Bolita. Se acercó, abrió la puerta de la clínica y entró para verlo más de cerca.

En cuanto cruzó la puerta, el gato abrió la jaula, saltó a los brazos de la niña y se puso a ronronear mientras esta lo acariciaba.

Un momento después apareció su padre y vio a Jane sosteniendo el gato. La anciana comprendió lo que estaba ocurriendo y fue a hablar con él. Este le explicó que acababa de comprar un gato muy similar a Bolita en la tienda de animales. La dueña le propuso llegar a un acuerdo: ella se quedaría con el nuevo gato y Jane se haría cargo de Bolita para siempre.

Cuando su padre le dijo lo que había ocurrido, la niña corrió hacia la dueña del gato y la besó repetidas veces mientras ella sonreía sin parar.

Jane y Bolita regresaron a casa y fueron felices para siempre.

Cuando acabé la narración, vi cómo sus ojos se cerraban y caía rendida sobre la almohada. Chantalle y yo acabamos de arroparla y salimos de la habitación apagando la luz sin hacer ruido.

Cuando bajábamos por las escaleras me giré hacia ti y te dije:

—Bien hecho, Hermana Grimm.

Sin esperarlo me diste un puñetazo en el hombro mientras ambos reíamos sin parar.

Mi hermana, que estaba esperando al pie de la escalera, preguntó:

—¿Se puede saber cuál es la broma?

—Tu amiga —le respondí sin parar de reír—. Ha intentado explicarle a Gina quiénes son los hermanos Grimm.

Volviste a golpearme en el brazo mientras yo seguía encantado al verte tan feliz.

Al llegar al salón donde se encontraba Tom medio dormido continuamos conversando un rato más mientras yo no dejaba de imaginar cómo sería besar tus labios algún día.

Al finalizar la velada nos pusimos los abrigos en el recibidor.

—Te llevaré a casa en coche —te dije.

—No te molestes, cogeré un taxi —respondiste mientras salíamos por la puerta.

—No es ninguna molestia, me coge de camino.

—Se te da muy mal mentir —añadiste con una carcajada.

Yo me encogí de hombros.

—Gracias por la cena, Sarah. Ha sido genial —le comentaste a mi hermana al despedirte—. Nos vemos el lunes en la biblioteca.

Cruzamos el jardín y subimos al coche.

Durante el trayecto pensé en contarte toda la verdad, incluso quería decirte que te había visto por primera vez aquella tarde en Central Park, pero no me atreví.

Ya había conseguido mi propósito que era conocerte y además eras amiga de mi hermana, ¿por

qué estropearlo todo? Cabía la posibilidad de que los regalos no te hubiesen gustado o simplemente que te resultaran una tontería; decirte la verdad solo hubiera supuesto enredar más las cosas.

No había demasiado tráfico a esa hora y llegamos pronto a tu casa.

—Muchas gracias por traerme —me dijiste sonriendo—. Me lo he pasado genial.

—Gracias a ti, Chantalle.

Esperé hasta que cerraste la puerta del edificio y regresé a casa exultante de felicidad.

V

Me levanté y me asomé a la ventana cuando los primeros rayos de sol se colaban por mi ventana, no recordaba un despertar igual, todo me parecía perfecto aquella mañana.

Al fin te había conocido, aunque fuera de la forma más inesperada que jamás pude imaginar. Sin embargo, al sentarme a desayunar volví a la cruda realidad, la cabeza parecía que me iba a estallar. Había quedado contigo aquella tarde en el Village o, para ser más exactos, tenías una cita con tu admirador secreto.

No sabía si llamarte por teléfono y contarte la verdad o presentarme aquella tarde en persona y que descubrieras quien había organizado todo aquello. Aunque cabía otra posibilidad: llamar a mi hermana, contar toda la historia y que ella te lo explicara. El dolor de cabeza fue en aumento y tomé una aspirina, pero no me ayudó demasiado.

Al final decidí salir de casa y dar una vuelta. Estuve haciendo *footing* en Central Park para despejarme un poco.

Al llegar al puente donde te vi por primera vez una intensa melancolía recorrió todo mi cuerpo. Ya no estaba cubierto de nieve como aquel día, ni había gente patinando en el lago, un manto verde recorría todo el parque y el lago se mostraba exuberante presidiendo la arteria principal de Manhattan. Los cisnes nadaban majestuosos por sus aguas mientras algunos niños jugaban en la orilla y las parejas se besaban a la sombra de la copa de los árboles. Era una de las primaveras más calurosas de los últimos años.

El ejercicio matutino y aquel idílico paisaje consiguieron que me relajase durante un buen rato, aunque continuaba sin saber qué camino tomar.

Volví a casa, me duché y bajé a comer una pizza a la Trattoria de la esquina. Aquel era un buen día para comer solo. Tras pedir una doble de mozzarella con salmón, caviar y anchoas, me acabé decidiendo por la opción más sencilla.

Salí a la calle y decidí llamarte. No me apetecía tener una conversación privada desde el restaurante, no soy de aquellos que cuentan su vida privada a gritos en medio de la calle.

Al filo del mediodía los brillantes rayos del sol descendían y se colaban fugazmente entre la cornisa de los edificios, pero las sombras continuaban ganando la batalla al amparo de los enormes rascacielos.

El calor comenzó a apretar y me remangué la camisa hasta el codo mientras sentía un intenso olor a lona mojada proveniente de los toldos por la lluvia de la madrugada anterior.

Me senté en un pequeño banco rodeado por un hermoso seto, a escasos metros del restaurante, y te llamé.

—¿Chantalle? Soy Roger. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Muy bien. Alguien me acompaña a casa y llegué perfectamente —dijiste bromeando—. ¿Lo recuerdas?

—Claro —respondí sonriendo—. Te llamaba por si te apetece ir a cenar esta noche.

—Lo siento mucho, Roger. Ya tengo un compromiso para esta tarde. Quizás otro día.

—No te preocupes, Chantalle. Lo comprendo.

—Que pases un buen fin de semana.

—Gracias, igualmente.

En aquel instante estuve a punto de estrellar el móvil contra el asfalto, dos niños que pasaban

por allí me miraron y comenzaron a desternillarse sin parar. Debieron imaginar que no estaba cuerdo.

—Pero, ¿cómo se me ocurría llamarte tan pronto? —me pregunté. Tenía todas las papeletas para llevarme un no por respuesta, incluso sin tener una cita puede que tampoco hubieses aceptado ¡Vaya manera de complicar las cosas! De todas las opciones posibles había elegido la menos acertada. Y lo peor de todo, es que al llamarte ya no podría ir por la tarde al Village y contarte toda la verdad, ya que descubrirías que te estaba mintiendo.

Cogí de nuevo el móvil y esta vez llamé a mi hermana. Si alguien podría ayudarme, era ella. Además de ser tu amiga, entendería lo que había hecho hasta ahora para conocerte o al menos eso esperaba. Seguro que acabaría dándome una solución.

—¿Roger? —contestó al instante—. Llevas un mes sin dar señales de vida y ahora hablamos dos días seguidos. Por muchos años que pasemos juntos continuare sin comprenderte.

—Es cierto, Sarah. Esto... —vacilé durante unos instantes. No estaba convencido de que llamarla fuese una buena idea, quizás volvía a equivocarme—. ¿Cómo está Gina? —le pregunté al final.

—¿La niña? Pues genial —exclamó muy sorprendida—. ¿Te encuentras bien? —añadió al tiempo que escuchaba a Gina a su lado decirle que quería hablar conmigo.

—La verdad, Sarah, es que te llamo por otro asunto.

—Lo suponía.

Un coche de bomberos pasó a toda velocidad y no pude escuchar su voz con claridad durante unos instantes. La cobertura de aquellos móviles dejaba mucho que desear.

—Bueno... Quería agradecerte que me invitaras anoche a cenar —proseguí bajando un poco el tono de voz, comenzaba a tranquilizarme—. Es una de las mejores veladas que he tenido últimamente.

—Ya sabía que te gustaría Chantalle. Para que luego digas que no me preocupo por ti.

—¿Te ha comentado algo sobre mi?

—Pero, ¡Roger! ¿Tan enganchado estas? ¡Uff!. Esto sí que no me lo esperaba —agregó sonriendo—. No he hablado con ella. El lunes te llamaré si me comenta algo.

—Te dirá que soy un poco pesado —le dije levantándome del banco, al tiempo que comenzaba a dar paseos arriba y abajo—. La acabo de llamar para quedar esta tarde.

—¿Que has hecho qué? —exclamó alzando el tono de voz—. ¿Te has vuelto loco? No puedes ir tan rápido. ¿Quieres estropearlo todo?

—Lo siento, Sarah.

—Habrás dicho que no. Si me hubieses llamado antes, te habría comentado que ya tenía una cita esta tarde.

—¿Sabes con quién ha quedado? —le dije intentando averiguar si habías comentado algo sobre tu admirador secreto.

—Ni idea, lo guarda en secreto —respondió mientras escuché un ruido de fondo—. Bueno, Roger, me llama Tom. Vamos a llevar a la niña al Zoo.

—De acuerdo.

—No te preocupes, intentaré suavizar lo de tu llamada cuando la vea. Le diré que lo habías pasado tan bien que tenías muchas ganas de volver a verla. Buen fin de semana.

—Igualmente.

Definitivamente, aquel enredo no tenía solución y, para colmo, todo el mundo acababa deseándome un buen fin de semana cuando se estaba convirtiendo en el peor sábado de mi vida.

Dos días antes pensaba que sería al contrario, ironías del destino.

Decidí ir al cine para intentar relajarme, pero no encontraba nada interesante en la cartelera y entré a ver una película alemana subtitulada. Compré un gran vaso de palomitas y un refresco, y me acomodé en la sala frente a una enorme pantalla. Me encantaba escuchar el atronador sonido de los altavoces, el olor a nuevo de la tapicería de los asientos, la sal de las palomitas entre mis dedos, la estridente sonrisa de la gente, los besos furtivos de los enamorados y, sobre todo, sentir cómo algunos actores traspasaban la pantalla.

Por desgracia, la película resultó ser lenta y aburrida. Me estaba quedando dormido cuando miré el reloj y comprobé que eran las seis de la tarde. Continuaba sin encontrar una solución y solo quedaba una hora para que aparecieras por el Village.

Cuando salí del cine fui a tomarme un café al bar más cercano, necesitaba tener la mente despejada. La camarera que me sirvió el café era increíblemente atractiva, sin embargo, apenas la miré. Mi amigo Sam tenía razón, ni siquiera me fijaba en otras chicas. Aquello comenzaba a ser preocupante.

Mientras tomaba un sorbo, observaba a través de la ventana el cruce de peatones y, de repente, comencé a verlo con claridad, ¿por qué no hacerlo todo de la forma más sencilla posible? Si acudías a la cita y no encontrabas a nadie, estarías esperando un rato hasta que te aburrieras y regresarías a casa. Era la solución más plausible.

Pagué la cuenta, salí de la cafetería y caminé calle abajo sin rumbo definido, mientras seguía dándole vueltas al asunto. Pero en el fondo, había algo en mí que se negaba a hacerlo. Comenzaba a tener remordimientos de conciencia. Con lo lejos que vivías del centro y después de los regalos y de las expectativas que te había creado, ¿cómo iba a darte semejante plantón?

Finalmente, decidí ir a la cita. lo mejor sería contarte la verdad. Si realmente tenías interés en mí, lo acabarías entendiendo. Ya no había marcha atrás.

Cogí el coche que estaba en un parking a dos manzanas y puse rumbo al Village. Por el camino sonó el móvil y vi en la pantalla que era mi amigo Sam. Estuve a punto de no cogerlo ¿Qué demonios querría ahora?, ¿se habría vuelto a meter en otro lío?

Bajé el volumen de la radio y cogí el teléfono.

—Dime, Sam —acabé contestando con desgana.

—Llamaba para agradecerte lo que hiciste por mí. No hay amigos como tú, te prometo que te devolveré el dinero lo antes posible.

—No te preocupes, tú hubieses hecho lo mismo por mí —añadí justo cuando pasaba por delante del pub irlandés donde solíamos quedar—. Deberías olvidarte del póker y de frecuentar algunos antros.

—Lo sé —exclamó apesadumbrado un par de veces—. No se qué me ocurrió, me dejé llevar; el dinero fácil nubla la mente.

Un taxi no dejaba de tocar el claxon porque había olvidado el intermitente puesto, reduje la velocidad y le dejé pasar. Era uno de esos conductores que piensa que la calle es suya.

—Nos vemos pronto, Sam.

—Gracias de nuevo, cuenta conmigo para lo que sea.

—De acuerdo —le respondí mientras colgaba, pero, justo cuando dejaba el teléfono en el salpicadero, volví a ponerlo en mi oído—. ¡Eh, Sam! ¿Sigues ahí?

—Sí, ¿qué ocurre?

—¿Estás libre esta tarde? —le pregunté.

—¿Quieres ir a tomar unas copas?

—No, exactamente. Estoy cerca de tu casa. Estaré allí en diez minutos y te lo explicare todo.

—De acuerdo —respondió.

—Arréglate un poco, salimos esta tarde.

Al llegar a su casa le expliqué lo que había ocurrido en los dos últimos días obviando varios detalles que no me apetecía contar, pero, en líneas generales, lo puse al día.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —me preguntó mientras se ataba los zapatos.

—Quiero que vayas esta tarde a la cita con Chantalle en mi lugar —le respondí al tiempo que observaba el enorme desorden que tenía en toda la casa.

—¿Y hacerme pasar por ti? —agregó sorprendido—. Somos muy diferentes, en cuanto me vea aparecer acabará descubriendo todo el pastel.

—No pensaba hacerlo de ese modo —le contesté y, a continuación, miré la hora—. Le dirás que quien le mandaba los regalos no ha podido acudir a la cita.

Saqué un bolígrafo de mi chaqueta y escribí unas líneas. Le pedí un sobre a Sam y me entregó uno bastante arrugado que tenía al fondo de un cajón, doblé el folio y lo introduje cuidadosamente.

—Después le entregarás esta nota.

Él asintió con la cabeza y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué dice? —me preguntó al instante.

Me quedé mirándolo unos segundos sin saber qué contestarle. Al final decidí que no tenía demasiada importancia que conociera el contenido.

La nota decía así:

Por motivos laborales ajenos a mi voluntad no podré ir a conocerla esta tarde. Me han destinado a una embajada europea y pasaré varios años allí.

Espero que le gustasen mis regalos.

Su más ferviente admirador.

—Vaya historia —exclamó Sam sonriendo.

Mientras me hablaba, no paraba de levantar ropa sucia de encima de la mesa rebuscando algo entre restos de comida de hacía un par de días.

—Si pregunta algo, le dirás que solo eres un amigo suyo y que no sabes nada más del asunto.

—No parece tan complicado —repuso cogiendo la cartera y las llaves del cajón del mueble bar—. Creía que me mandabas para contarle algo bueno de ti, para que se muera de ganas de conocerte.

Yo negué con la cabeza.

—Menudo lío te traes, amigo. Es peor que lo mío con el póker.

—Tú límitate a contarle lo que te digo y todo irá bien.

Cerró la puerta con llave y bajamos seis plantas por las escaleras, el ascensor se encontraba averiado. Al llegar a la calle me preguntó:

—Y ¿cómo la reconoceré?

—Esperaré contigo en el coche hasta que la veamos entrar en el Village, entonces te diré quién es.

—Lo tienes todo controlado —bromeó camino del coche.

—Yo no lo llamaría así —admití sonriendo—. Digamos que estamos improvisando un poco.

Llegamos al Village diez minutos antes de las siete. Poco después, cruzaste la calle con un vestido verde muy elegante que parecía elegido a conciencia para la ocasión. Estaba convencido

de que serías la envidia de todas las chicas.

Le indiqué a Sam quién eras y me despedí de él.

Regresé a casa tan agotado que me fui a la cama directamente, ya me informaría de cómo había transcurrido la tarde al día siguiente.

El domingo me levanté temprano y me fui a la playa a caminar, necesitaba relajarme. A esa hora solo había varias personas practicando footing o paseando a sus mascotas. Sobre las diez me llamó Sam y me explicó brevemente que todo había ido bien. Te había contado exactamente lo que le dije. Me comentó que al principio estabas muy desilusionada, pero que al final supiste entenderlo.

El resto del día lo pasé descansando. Fui al videoclub que hay junto a mi apartamento y alquilé “Bailando con lobos”, algunos amigos me habían recomendando aquella película. Lo que desconocía es que fuese tan larga, me llevó toda la tarde verla. Después, cené y me fui a la cama.

VI

A la semana siguiente pensé en llamarte de nuevo, pero no quería presionarte y decidí dejar el tiempo correr.

Mi hermana me dijo que te había resultado bastante simpático, algo que ya sabía desde que escuché la conversación de la cocina. Pero también comentó que te notaba un poco extraña y melancólica aquella semana, que, posiblemente, se debiera a que tu cita del sábado no había resultado como tú esperabas. Aunque no quisiste aclararle mucho más, ya que para ciertos asuntos eras un poco reservada.

Una mañana que visité a unos clientes de una empresa de videojuegos terminé más temprano de lo habitual y decidí que había llegado el momento de volver a verte. Esta vez no me aventuré a llamarte por teléfono, quería mirarte cara a cara y ver qué me transmitían tus ojos cuando volviera a hablar contigo.

Cogí un taxi y me presenté en la biblioteca donde trabajabas. Aquella semana mi hermana estaba en el turno de tarde y tenía la certeza de encontrarte allí.

Nada más entrar en el edificio de la biblioteca se accedía a un magnífico claustro que me cautivó por su gran belleza. Se trataba de un antiguo palacete de origen español adquirido por el ayuntamiento a bajo precio, estaba construido sobre un patio rectangular de doble planta que descansaba sobre arcos de medio punto con columnas dóricas; tras cruzar el patio, había varias salas transformadas en una hermosa biblioteca repleta de volúmenes clásicos en bellas estanterías góticas. A la planta superior se accedía por una escalera de caracol rematada por una exquisita balaustrada.

Cuando llegué no había nadie en la recepción. Estuve buscando en la planta baja y no te encontré. Escuché ruido en la planta superior y supuse que estabas allí.

Tras subir por aquella escalera con sumo cuidado, te encontré colocando algunos libros en el estante superior.

—¿Me permite que la ayude, señorita? —pregunté con un tono de voz muy agudo intentando que no me reconocieras.

Giraste la cabeza desde lo alto de la escalera y sonreíste nada más verme.

—Por supuesto, caballero. Tengo estos tres —respondiste alcanzándome los libros—. En aquella caja me quedan por lo menos diez más. ¿Todavía le quedan ganas de continuar?

—Estaría todo el día si me contratas como ayudante.

—¡Vaya bromista eres! —exclamaste mientras te tendí la mano para que bajaras por las escaleras—. Has conseguido engañarme durante un segundo con esa voz. Parecías un actor de cine.

—Estoy ensayando para una obra de teatro —contesté entre risas.

Tú asentiste con una carcajada.

Ojeé el libro que me habías dado y agregué:

—Veo que estas en buena compañía, rodeada de magníficas historias y brillantes autores.

—Creo que este trabajo me fascina casi tanto como el del museo, fíjate —dijiste pasando la yema de tus dedos por la cubierta de un libro—. El vetusto encuadernado, el crujido de sus páginas al pasarlas, el color amarillento de la celulosa, el aroma del papel envejecido. Es un placer recorrer estos pasillos con tanta historia.

Yo asentí comprobando cómo disfrutabas con tu trabajo.

—Y, ¿qué te trae por aquí? —dijiste al tiempo que me fijaba en aquel uniforme azul marino que llevabas puesto—. Tu hermana no trabaja hasta la tarde.

—No vengo a verla a ella —repuse mientras comprobaba cómo te ruborizabas un poco—. Quería pedirte disculpas por molestarte el día que te llamé.

—No digas tonterías, no lo hiciste en absoluto. Solo tenía un compromiso ineludible.

—Quería compensarte invitándote a cenar este sábado. Mi hermana y su marido no vienen —añadí esbozando una sonrisa.

—Este sábado va a ser imposible.

Bajé la cabeza sin saber qué decir y me acerqué a la caja que me habías indicado. Cogí varios libros, subí por la escalera y comencé a colocarlos.

Se hizo un silencio incómodo hasta que añadiste:

—Pero la semana siguiente estoy libre.

—¡Perfecto! —respondí mirándote desde arriba—. ¿Dónde te gustaría ir?

—Me gusta la gastronomía oriental —comentaste y continuaste dándome libros para que los colocara—. Elige tú el lugar.

Yo asentí con la cabeza.

—Te llamaré un día antes y decidimos la hora, ahora tengo que regresar a la oficina.

Entonces te acercaste hasta la caja y miraste en su interior.

—Todavía te faltan cuatro libros más. Te lo perdonaré por esta vez.

Yo sonreí y bajé las escaleras casi de dos en dos.

Te recogí un sábado por la tarde en la puerta de tu edificio. Llevabas puesto un pantalón de color marrón con un jersey negro que realzaba aún más tu figura, un bolso de Vuitton y un abrigo de un tono un poco más claro que el pantalón.

Fuimos a cenar a China Town, a la zona opuesta donde mi amigo había tenido el incidente con la partida de póker. Tuve que realizar la reserva con diez días de antelación, aquel restaurante era uno de los más concurridos de la ciudad.

Su fama estaba bien merecida. Al llegar comprobamos que allí no había una mosca, a pesar de la reserva tuvimos que esperar un rato hasta que nos dieron una mesa.

El salón se encontraba recargado de los más diversos motivos orientales: farolillos de papel de todos los colores colgaban del techo y, junto a ellos, unas ostentosas lámparas fabricadas en porcelana china. Las paredes estaban recubiertas de grandes espejos de cristal con magníficos dibujos que representaban escenas cotidianas de la china tradicional. En el centro destacaban dos grandes esculturas de dragones y otras más pequeñas de animales mitológicos; todo ello amenizado por una agradable melodía de fondo que no paraba de sonar.

Nos sentaron en una elegante mesa, junto a un bucólico paisaje medieval con un templo de la dinastía Ming, a las orillas de un pequeño lago atravesado por un bello puente de juncos.

Mi jefe me recomendó el restaurante. Había pasado varios años en Shanghai trabajando para una multinacional de seguros y era un consumado experto en comida oriental.

Te miré fijamente a los ojos cuando nos sentamos y comprobé que estabas encantada con aquel

lugar. Yo hubiese preferido llevarte a un restaurante hindú o coreano, pero aseguraste que la china era tu comida preferida.

Una camarera de brillante sonrisa nos trajo la carta al instante.

—¿Qué te apetece comer? —pregunté tras unos minutos ojeando el menú.

Terminaste de leer la carta, la cerraste y la dejaste encima de la mesa.

—Creo que confiaré en ti, sorpréndeme

—De acuerdo —repuse un tanto abrumado por la responsabilidad.

Le hice un gesto con mi mano a la camarera y no tardé demasiado en decidir: arroz al curry, pan de gambas, familia feliz, pato a la pekinesa, pollo con almendras, pescado agridulce y dos rollitos de primavera.

—¿Seguro que no vienen tu hermana y su marido? —bromeaste recordando la conversación de la biblioteca.

Yo negué con la cabeza.

—Has pedido comida para cuatro —añadiste sin parar de reír. Nunca dejabas de hacerlo y me encantaba verte tan feliz. No terminaba de creer lo afortunado que era al estar aquella noche a tu lado.

—Comeremos lo que nos apetezca y el resto se lo llevamos al gato.

—Me temo que no tengo gato —dijiste encogiéndote de hombros.

—En ese caso, los gatos del callejón nos lo agradecerán.

La camarera comenzó a servir los platos a un ritmo vertiginoso y saboreamos un poco de cada especialidad. Me quedé sorprendido de la destreza con la que manejabas aquellos palillos para comer, intentaste enseñarme un par de veces, pero no hubo manera. Creo que te lo pasabas genial viendo cómo se me caía la comida una y otra vez. Al final llamé a la camarera y le pedí unos cubiertos tradicionales, tenía marcharme de aquel restaurante sin haber probado bocado.

De postre pedimos unos pastelitos de la suerte y un rico licor de lichis.

—¿Qué dice tu nota? —pregunté cuándo abriste la galleta y comenzaste a desenrollar aquella pequeña tira de papel que solía predecir la buena fortuna.

—“Aunque seas una mujer bella, demuestra siempre que la belleza reside en el interior” —respondiste sin darle demasiada importancia—. ¿Y la tuya?

Carraspeé, bebí un poco de agua y te dije:

—“Te casarás con el gran amor de tu vida y tendrás tres hijos” —arrugué el papel y lo guardé en el bolsillo para que no lo vieras. No decía aquellas palabras, solo expresé lo que mi corazón sentía por ti en aquellos momentos.

—Vaya, no está mal.

—El tuyo ha acertado de pleno —contesté mirándote fijamente a los ojos—. Eres preciosa por dentro y por fuera.

—Gracias —agregaste mientras bajabas la cabeza.

—Me gustaría que esta noche nunca acabase —añadí.

Se hizo un breve silencio que duró una eternidad. No debería haber realizado aquel comentario tan repentino, pero mis sentimientos me estaban jugando una mala pasada. Continuamos bebiendo el licor hasta que, de repente, levantaste la vista y dijiste:

—¿Lo sientes de verdad? ¿O solo lo dices porque piensas que es lo que quiero oír?

—Es lo que siento desde el momento en que te vi en Centra... en el museo.

No contestaste nada y pensé si aquella respuesta es la que esperabas oír. Pero había soñado con decirte aquellas palabras alguna vez.

—¿Te gustaría que fuésemos mañana de picnic? —pregunté tras saborear el último sorbo del licor de lichis—. Conozco un lago a un par de horas de la ciudad.

Te encogiste levemente de hombros y dijiste:

—¿Es que piensas llevarme a casa tan pronto?

—No —contesté sonriendo—. ¿Dónde te apetece ir ahora?

No paraba de precipitarme, estaba hecho un flan y lo peor de todo es que comenzabas a darte cuenta.

—Te va a parecer una tontería, pero hay algo que hacen los turistas que me encantaría probar.

—¿Quieres que vayamos a la estatua de la libertad? —repuse bromeando.

—¿Eres siempre igual? No te burles más de mí. Me gustaría ir a dar un paseo en coche de caballos por Central Park.

Me dejaste sorprendido con aquella propuesta, no me la esperaba, pero enseguida te respondí:

—Me parece una fantástica idea. Pagamos la cuenta y nos marchamos.

Ni en sueños podría haber imaginado nada mejor para estar cerca de ti.

Nada más subir a la calesa, el cochero nos ofreció una gran manta y nos sirvió un chocolate caliente. Aunque era primavera a las once de la noche, comenzaba a refrescar.

El paseo por Central Park a aquellas horas era mucho más interesante de lo que esperaba: los edificios bellamente iluminados, las farolas encendidas a media luz, el aroma nocturno de las flores y tu añorada presencia a mi lado convirtieron aquel momento en el paseo más romántico que había tenido jamás.

Durante el trayecto, fuimos conociéndonos un poco más. Me contaste que te habías criado en Jersey, acudiste a una escuela pública en el mismo distrito y tus padres continuaban viviendo allí. Mientras, yo te comenté que había pasado toda mi vida en Queens, pero durante un breve periodo destinaron a mi padre a Boston. Después regresé para estudiar en Columbia y ellos permanecieron allí.

La verdad es que nunca pensé que fuésemos a tener tanta complicidad, nos reíamos tanto que el cochero giró la cabeza un par de veces sorprendido. Seguramente las parejas que disfrutaban de aquel recorrido no hablaban demasiado.

Al pasar por un pequeño socavón, el carruaje saltó con tan mala fortuna que se derramó parte del chocolate caliente sobre tu mano, hiciste un gesto de dolor y comenzaste a mover el brazo de arriba abajo. Al principio no supe cómo reaccionar, pero luego cogí tu mano y comencé a soplar suavemente durante un buen rato intentando aliviarte el dolor.

Un instante después alce la vista y vi cómo me sonreías con un brillo en tus ojos que no había percibido hasta el momento.

—¿Sabes? Eres mucho más tierno y dulce de lo que nunca hubiese imaginado. Al principio me pareciste demasiado serio.

Yo sonreí sin saber qué decir.

—Pero cuando vi el regalo que le hiciste a tu sobrina y la pasión que pusiste al contar el cuento, comprobé cómo eras realmente —dijiste con una sonrisa y añadiste—. Esta noche lo he corroborado.

En ese momento me acerqué lentamente hacia ti y te besé por primera vez. Fue un beso corto pero apasionado, después pusiste tu cabeza sobre mi hombro y murmuraste:

—Es la mejor noche que he pasado en mucho tiempo.

—Para mí también lo es —te susurré al oído y volví a besarte.

Cuando llegamos al final del trayecto, comenzó a llover. Era una lluvia fina pero molesta y el

cielo anunciaba tormenta. Nos despedimos del cochero y corrimos hasta el coche. Nos secamos con una toalla que tenía en el maletero y después te lleve hasta tu apartamento. Al despedirnos volvimos a besarnos, aunque esta vez el beso fue mucho más largo. Me volví loco aquellos labios tan dulces y carnosos.

—¿Todavía no has contestado a mi pregunta del restaurante?

—Me encantaría ir contigo a ese lago —afirmaste con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pasaré a recogerte sobre las nueve. Lleva ropa cómoda, mañana hará calor.

—De acuerdo —respondiste mientras cerrabas la puerta y entrabas en tu apartamento.

Arranqué el coche y, en cuanto llevaba cien metros recorridos, ya te echaba en falta. Sin pensarlo dos veces, aparqué en doble fila y te mandé un mensaje al móvil:

“No dejo de contar los segundos para volver a verte”.

Aquel domingo fuimos a la casa de campo de mi tío, desde pequeño solía pasar allí los fines de semana. La recordaba como uno de los mejores momentos de mi infancia, pero desde que falleció la casa estaba cerrada. Sus hijos no terminaban de llegar a un acuerdo con el reparto de la herencia y la pusieron en venta.

Cuando llegamos aparqué el coche al final del sendero de tierra que daba acceso a la entrada de la casa. Hacía tiempo que nadie iba por allí, deduje que mis primos continuaban con el litigio y habrían paralizando la venta.

—Es una lástima que vayan a venderla —dijiste nada más bajar del coche—. Es un lugar fantástico.

La casa de madera de cedro estaba situada a la orilla de un tranquilo lago rodeado de pequeñas colinas de exuberante vegetación donde los rayos del sol resplandecían en sus transparentes aguas. El viento ululaba entre montañas y árboles y las aves volaban majestuosas entre un cielo raso entonando su peculiar canto. Sus laderas continuaban manteniendo un intenso manto de color verde azulado que ni el fuerte calor de aquella primavera habían podido arrebatar. Frente a la casa había un pequeño embarcadero donde ya no fondeaba ninguna barca desde hacía años.

Subimos a una colina desde donde se divisaba todo el lago. Nos quitamos las mochilas y colocamos dos grandes mantas sobre la húmeda hierba.

—¿Qué te parece el paisaje?

—Me encanta —respondiste volviéndote hacia mí—. Te agradezco que me hayas traído.

—Siempre me ha parecido precioso, pero ni la mitad de lo que tú lo eres.

Apretaste mi mano y me dedicaste una bella sonrisa.

Saqué de la nevera un par de refrescos rebosantes de hielo y te ofrecí uno. Observé cómo contemplabas el paisaje escudriñando cada rincón y adiviné lo que estabas pensando.

—¿Crees que este lugar hubiese sido del agrado de los pintores impresionistas?

Tú asentiste con la cabeza.

—Les hubiera encantado. La luminosidad y los colores se reflejan en la vegetación de un modo incomparables.

—Ven —dije ofreciéndote mi mano—. Vayamos a ver el embarcadero —me agarraste fuertemente al tiempo que bajábamos aquella pequeña colina y atravesamos las tablas de madera

que crujían bajo nuestros pies hasta que llegamos al borde del lago.

—Pasaba unas tardes increíbles jugando en este lugar y pescando con mi tío —te expliqué mientras mirábamos hacia el horizonte.

—¿Venías a pescar? —preguntaste un tanto sorprendida.

Yo asentí con la cabeza

—¿Y qué pescabas?

—Habitualmente un resfriado —te respondí.

Entonces te empujé con las dos manos y caíste al lago.

—¡Pero serás! ¡Pero serás! Capullo —dijiste hecha una furia mientras tu cabeza emergía del agua y te echabas el pelo hacia atrás—. Esta me la vas a pagar —añadiste dando golpes en el agua—. ¡Verás cuando te coja!

Me quité la camiseta y, sin parar de reír, me lancé al agua. Cuando llegué a tu lado te hice una ahogadilla y te volviste a sumergir.

—Si quieres ajustar cuentas, tendrás que atraparme primero —y comencé a nadar hacia la orilla mientras tú me seguías un par de metros más atrás.

Cuando llegamos a la arena comenzaste a correr detrás de mí, como si jugásemos al gato y al ratón y, finalmente, lograste atraparme. Estuvimos forcejeando durante un rato hasta que me situé encima de ti sujetándote las manos para que no pudieras escapar.

—Esta ropa es nueva, la compré hace dos días —añadiste indignada sin poder dejar de sonreír, volvías a tener aquel brillo en los ojos que no podía apartar de mi mente.

—Dije que trajeras ropa cómoda.

Te miré fijamente, pasé la yema de mis dedos sobre tu pelo mojado y comencé a besarte suavemente en los labios.

—Me debes un vestido nuevo —contestaste bajando el tono de voz, al tiempo que dejabas de forcejear.

Continué besándote en la boca y fui bajando lentamente hacia el cuello.

—Te compraré el más elegante de la Quinta avenida.

Tú permaneciste en silencio y continuamos besándonos durante un buen rato.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—Vaya exagerado —interrumpiste sonriendo y, tras un breve silencio, dijiste—. Pero tienes mi permiso para decirlo todas las veces que quieras.

Pasamos el día sin parar de reír jugando en la orilla de aquel lago. Al mediodía nos comimos unos sándwiches de pastrami y jamón y continuamos besándonos tumbados en las toallas.

Al llegar la tarde, el sol comenzó a descender y fuimos a sentarnos en el embarcadero. Me hiciste prometer que no volvería a empujarte.

Comenzamos a sentir una leve brisa en la cara mientras el sol se teñía de un impresionante color rojizo y un suave oleaje se levantaba en el lago. A lo lejos se oía el ulular de los búhos, el berrido de los ciervos y el graznido de cuervos y gansos.

Con los pies dentro del agua contemplamos cómo el sol desaparecía por el horizonte al tiempo que descansabas tu cabeza sobre mi hombro. Fue el atardecer que llevaba soñando toda mi vida.

Luego empezó a oscurecer sin darnos cuenta y percibí que comenzabas a tener frío. Recogimos todo en las mochilas, las guardamos en el coche y decidimos regresar a la ciudad.

—Todavía es temprano —dije cuando salimos a la autopista—. ¿Quieres que vayamos a tomar algo?

Tú negaste con la cabeza.

—¿Conoces algún observatorio? —preguntaste.

—Claro, estuve el mes pasado en uno. El planetario Hayden es el mejor de la ciudad, se encuentra en el Museo de Historia Natural.

—Me gustaría ir a contemplar las estrellas.

Yo asentí con la cabeza.

—Cuando llegemos el cielo habrá oscurecido y podremos verlas con claridad.

Al llegar existía una enorme cola, se notaba que era fin de semana y la afición a la astronomía era grande en aquella ciudad. El planetario se encontraba dentro un gran cubo de cristal transparente y en su interior había una gran esfera de color azul que simulaba el planeta tierra.

En su esfera inferior disfrutamos del teatro del Big Bang, donde proyectaban una representación del nacimiento del Universo. Luego nos dirigimos al telescopio más potente que posee el recinto. Tuvimos que esperar un buen rato de cola hasta que, por fin, pudimos hacer uso de él.

—¿Sabías que hay una estrella que lleva mi nombre? —comentaste cuando íbamos a sentarnos junto al telescopio.

Yo negué con la cabeza y te dije:

—Yo intento alcanzar una desde el primer momento en que te vi —esta vez fuiste tú la que me besaste sin que yo tomara la iniciativa.

Sacaste de tu bolso una tarjeta y se la entregaste al operario, en ella llevabas escrita las coordenadas de la estrella que te regalé el mes anterior. El tipo graduó la lente y la situó en el lugar exacto donde se encontraba.

A pesar de que solo era un punto de luz diminuta entre muchas otras, comprobé la emoción que reflejaban tus ojos nada más verla y me sentí igual de dichoso al saber cuánto te había gustado aquel regalo. Sin embargo, continúe pensando que todo era tan perfecto que prefería mantenerlo en secreto; solo cuando encontrara el momento adecuado te contaría toda la verdad.

VII

A partir de aquel fin de semana comenzamos a vernos casi a diario, ya no podía pasar ni un solo día sin estar a tu lado. Toda mi vida giraba en torno a ti y quería hacerte sentir la mujer más deseada de este mundo.

Íbamos continuamente a cenar, nos gustaba degustar gastronomías de distintas nacionalidades, aunque sin renunciar a la comida casera de toda la vida.

Siempre me había gustado el cine, pero no solía ir a menudo. Sin embargo, desde que comenzamos a salir íbamos todas las semanas,

Tu dominio del séptimo arte me cautivó desde el primer instante. Conocías en profundidad cada título, directores, actores, bandas sonoras, grandes estudios y el enclave donde se habían rodado muchas de ellas. Tu fascinación por las películas en glorioso blanco y negro despertó mi curiosidad por los grandes clásicos del cine. Me encantaba oírte escuchar anécdotas de los incomparables actores de la época dorada de Hollywood y de su vida privada. Te daba igual el género: comedia, musical, drama, romántico, histórico, aventuras, ciencia ficción. Sin embargo, el género de terror no terminaba de convencerte.

Me pasaba las horas escuchándote sin dejar de contemplar tu hermosa sonrisa y tus preciosos ojos. Me descubriste un fantástico mundo cinematográfico desconocido para mí hasta el momento. Además de visionar los últimos estrenos, íbamos a ver películas clásicas al cine de la calle 92 y, muchas veces, acudíamos a ver cine europeo con subtítulos.

Cuando había una buena obra en Broadway, era visita obligada. Sus representaciones me fascinaban mucho más que el cine, los sentimientos que los actores transmitían sobre el escenario no tenían parangón con ninguna película.

Siempre te decía que eras tan guapa que deberías haber sido actriz y que no me hubiera perdido ni una sola de tus películas. Al principio pensabas que te tomaba el pelo, pero luego descubriste que te lo decía de verdad.

Una tarde me diste la sorpresa de llevarme al Metropolitan y me guiaste en aquella visita privada que me habías prometido. Ya solo quedaban un par de días para que la exposición volviera al Louvre de París y disfruté como un niño de tus enormes conocimientos.

Aquella noche me invitaste a subir por primera vez a tu apartamento. Me habías hecho esperar bastante tiempo, pero no me importaba.

Nada más llegar pude ver que tu exquisito gusto por el arte lo habías trasladado a cada rincón de tu casa. El apartamento estaba pintado en un elegante color malva claro que otorgaba una gran amplitud y luminosidad al interior; de sus paredes colgaban diferentes lienzos, algunos de talla mundial y otros pertenecientes a pintores amateurs; en el centro de la habitación destacaba una espléndida mesilla de té inglés y, frente a ella, un elegante sofá en cuero marrón oscuro justo debajo de una pequeña lámpara de araña que colgaba del techo; encima de la chimenea, una pequeña colección de estatuillas representaba a las más bellas esculturas del clasicismo griego; en cada rincón destacaban diferentes adornos florales que daban un toque de distinción al apartamento.

Al fondo, descubrí un caballete junto a una ventana con cortinas de encaje blanco. Me acerqué interesado en ver lo que estabas pintando, pero solo descubrí un pequeño boceto que acababas de iniciar.

Una cocina americana y una habitación al fondo completaban un apartamento pequeño, pero muy acogedor.

Había soñado tantas veces cuando estaba sentado en la cafetería en cómo sería el interior de tu apartamento que, cuando me senté en tu salón, pensé que todo era un sueño del que me despertaría en cualquier momento.

Me trajiste una copa de vino y te sentaste a mi lado. Estuvimos besándonos durante un buen rato hasta que te marchaste por el pasillo y me dijiste que te esperara. La verdad es que no pensaba ir a ningún sitio.

Al rato apareciste con una combinación en color negro y el pelo recogido como la primera vez que te vi en el museo. Estabas absolutamente arrebatadora.

—¿A qué esperas? —preguntaste apoyada en el marco de la puerta de tu habitación—. ¿Necesitas una invitación por escrito? —añadiste mientras me ofrecías tu mano.

Me levanté sonriendo y cogí tu mano al instante. Cuando entramos en la habitación, te diste la vuelta y comencé a besarte suavemente por el cuello. Entonces dejaste caer el camisón al suelo y te llevé en brazos hasta la cama. Aquella noche fue la más especial de mi vida, anhelaba aquel momento desde el primer día en que te vi.

Por la mañana me levanté temprano y te hice el desayuno. Cuando regresé de la cocina todavía dormías. Te desperté con un beso en los labios y dijiste:

—Qué bonito despertar. ¿Podríamos repetirlo todos los días?

—Claro, mi amor —respondí sonriendo—. ¿Has dormido bien?

—¡Qué pregunta! —exclamaste mientras te incorporabas y cogías una tostada con mermelada de frambuesa—. Me estás acostumbrando mal. Voy a querer que traigas el desayuno a la cama todos los días.

Yo sonreí y, tras desayunar terminé de vestirme, tenía que volver al trabajo aquella mañana.

Fuiste a despedirme hasta la puerta y me besaste apasionadamente.

—Te quiero, Chantalle Miller. Te quiero como nunca antes he querido a nadie.

—Yo también, Roger —repusiste besándome de nuevo—. Que pases un buen día.

—Igualmente, te recogeré esta tarde cuando salgas de la biblioteca.

Cerré la puerta y me fui a trabajar esperando ansiosamente que el día pasara lo más rápido posible para volver a estar junto a ti.

VIII

A finales de mayo era tu cumpleaños y decidí prepararte una sorpresa que jamás olvidarías. Al principio no tenía ni la menor idea de qué regalarte, aunque pretendía que fuese algo poco convencional, nada de fiesta de cumpleaños con velas y tarta.

Un día escuché hablar de una nueva agencia llamada Viajes J. Cook.

La empresa se dedicaba a organizar expediciones a lugares recónditos, y cumplir sueños irrealizables, en definitiva, sorprender a los clientes que demandaban sus servicios.

No quería que sospecharas absolutamente nada y para ello tuve que contar con la inestimable ayuda de mi hermana. Ella debía distraerte mientras realizaba la contratación.

Fui a visitarles un día en el que terminabas tu turno en la biblioteca un poco más tarde de lo habitual; aquella semana habíais recibido una nueva remesa de libros que debíais catalogar.

Me recibió amablemente una chica morena de tez aceitunada con grandes ojos negros y cierto acento al hablar nuestro idioma. Enseguida deduje que debía de ser de origen latino.

A diferencia de otras agencias, no me enseñaron ningún tipo de catálogo, me llevaron a una gran sala donde proyectaron varios vídeos en los que se mostraban diferentes opciones para elegir: desde un viaje sorpresa de fin de semana en un jet privado a Hawai visitando sus fabulosos volcanes; pasando por un viaje de aventura a la lejana Alaska atravesando grandes desfiladeros y navegando con los inuits entre icebergs; hasta una recóndita ruta por la selva de Guatemala formando parte de un proyecto arqueológico que intentaba desenterrar una ciudad maya oculta durante siglos por la exuberante vegetación.

La verdad es que todos los destinos me resultaban atractivos y me hubiese encantado compartirlos contigo algún día. Pero existía uno más personalizado, donde no tenías que moverte de la ciudad. Se trataba de una gymkana repleta de sorpresas durante toda una noche recorriendo las calles de Nueva York, sin que tú supieras nada, en la que yo debería ser el cómplice perfecto para que tú siguieras el juego sin sospechar lo más mínimo, o por lo menos intentarlo.

Aquella opción comenzó a gustarme, me la explicaron más detalladamente y enseguida descubrí que tenía mucho que ver contigo. Finalmente, llegué a la conclusión de que aquella sorpresa acabaría siendo de tu agrado.

La empresa me llamó unos días antes de tu cumpleaños y me confirmó que todo estaba preparado para el fin de semana. Aquel día te dije que pasaría a recogerte sobre las siete de la tarde. Te vi bajar las escaleras desde el fondo de la calle con un precioso vestido negro adornado por un elegante broche bordado con hilos dorados. Te habías cortado un poco más el cabello y lucías una media melena a la altura de la barbilla.

Cuando bajaste la escalera del edificio vi cómo mirabas impacientemente a un lado y al otro de la calle sin lograr verme. Entonces le dije al chofer que arrancara y nos aproximamos lentamente.

—¿Había solicitado una limusina, señorita? —te pregunté al tiempo que abría la puerta de atrás de aquel gigantesco mastodonte.

—¿Así que era esto lo que me tenías preparado? —respondiste sonriendo y te subiste al coche —. Me encanta —añadiste mientras me besabas.

Abrí el mini bar, descorché una botella de champagne rosado con sumo cuidado y te serví una copa mientras te recostabas a mi lado.

—¿Dónde piensas llevarme? —dijiste al brindar nuestras copas.

—Primero te llevaré a cenar y luego ya veremos.

—Creo que me gustará ese ya veremos —repusiste con una media sonrisa picarona.

—Estás preciosa con ese vestido, Chantalle.

—Tú también vas muy elegante. Me encanta el traje negro con ese chaleco gris y la corbata azul hace juego con tus bonitos ojos.

—Gracias, tomaré nota.

Media hora después llegamos al lugar que nos había preparado la empresa, era un restaurante nuevo en la ciudad del que no había oído hablar. Su fachada simulaba la entrada a un castillo medieval, flanqueada por dos almenas construidas en atrezzo como el que utilizan en los rodajes de cine.

—¿Dónde me has traído? —preguntaste tras bajar del coche con la boca abierta.

—Pensé que a una licenciada en arte le gustaría este lugar.

—¿Qué si me gusta? —exclamaste mirando hacia todos lados—. No esperaba nada parecido.

Tras cruzar una doble puerta de robusta madera con forma de ojiva, nos recibió un bufón ataviado con una malla en colores rojos y verdes que nos condujo al fondo del restaurante.

El espacio interior estaba dividido en dos grandes aéreas separadas por anchas columnas con arcos góticos. Nos sentaron en una mesa de madera de roble a los pies de una enorme vidriera de color verde en la que se contemplaba la lucha entre San Jorge y el dragón.

—¿Qué desean tomar? —nos preguntó una camarera vestida con traje de cortesana.

—Dos copas de vino tinto —contesté mientras dabas tu aprobación asintiendo con la cabeza.

No parabas de mirar la decoración medieval de aquel restaurante: mosaicos en vivos colores, antorchas de madera colgadas de la pared, alfombras persas, enormes lanzas y un par de magníficas armaduras creaban una atmósfera única e irrepetible.

Comprobé en tus ojos radiantes de felicidad que te gustaba aquel lugar. La verdad es que yo estaba tan emocionado como tú.

—Este lugar es impresionante, me siento como si hubiésemos retrocedido en el tiempo más de medio siglo.

Nos sirvieron una enorme pierna de cordero al horno acompañado con puré de castañas y un excelente pan negro que llevaba años sin degustar. Cuando llegaron los postres, nos recomendaron un pastel de hojaldre relleno de pequeñas capas de helado de frambuesa que era un auténtico deleite para el paladar.

Al finalizar, los camareros comenzaron a retirar los platos de las mesas y nos sirvieron a todos los asistentes grandes copas de coñac. Fue entonces cuando los bufones comenzaron a interpretar un improvisado teatrillo, simulando escenas de corte medieval. Nos divertieron con juegos malabares y diferentes bufonadas que nos hicieron reír a mandíbula batida.

Cuando estaba finalizando la representación uno de ellos se acercó hasta nuestra mesa, nos entregó un legajo escrito en latín y te susurró al oído:

—Deberéis seguir estas pistas si queréis resolver “El enigma del reino perdido”.

Pude observar tu cara de perplejidad conforme el bufón se alejaba con el tintineo de sus cascabeles y, aunque yo debía seguirte el juego, estaba tan sorprendido como tú de cómo se estaba desarrollando la noche.

—¿Qué ha querido decir con lo del enigma? —preguntaste intrigada al tiempo que ojeabas el manuscrito escrito en latín.

—No tengo ni idea —respondí encogiéndome de hombros—. Supongo que formará parte del

espectáculo.

—Espera un momento, en el reverso hay algo escrito en nuestro idioma: “Para traducir este manuscrito no podréis utilizar las últimas tecnologías”.

—Pero este lugar es una pasada —dijiste impresionada—. Ahora pretenden que traduzcamos un texto de un idioma que casi ha desaparecido.

—Eso parece —contesté igual de desconcertado mientras observaba cómo seguías analizando el manuscrito de izquierda a derecha. Te habías metido de lleno en aquel juego sin sospechar ni lo más mínimo.

Me levanté y fui hasta el baño mientras continuabas dándole vueltas al enigma. En el camino de regreso me detuvo uno de los encargados de la empresa y me confirmó que todo estaba saliendo a la perfección.

Al regresar, observé cómo me esperabas impaciente y, tras sentarme, me dijiste:

—Las bibliotecas y las universidades están cerradas a esta hora, ¿dónde encontraremos alguien que traduzca este texto?

—No lo sé. Creo que necesitamos un experto en latín.

—¿En pleno siglo veinte y en la ciudad de Nueva York? —exclamaste elevando un poco el tono de voz—. ¿Es que se han vuelto locos?

Te miré fijamente a los ojos mientras fingía estar tan interesado como tú en resolver aquel enigma, aunque reconozco que me encontraba igual de intrigado que si la sorpresa hubiese sido para mí.

—Pensemos un momento —añadí de forma pausada—. ¿De dónde es originario el latín?

—Proviene de Italia y durante la Edad Media lo hablaba el clero y las capas altas de la sociedad.

—Se me ocurre una idea, disponemos de una limusina toda la noche. ¿Qué te parece si buscamos a un italiano que nos traduzca el texto?

—¿Y qué propones? ¿Ir a una pizzería y cenar de nuevo? —dijiste sin parar de reír a carcajadas.

Yo negué con la cabeza.

—La mitad de los italianos de esta ciudad han olvidado su idioma de origen, imagínate el latín.

—Y ¿entonces? —preguntaste intrigada.

—Iremos al aeropuerto y esperaremos el primer vuelo que llegue desde Roma.

—Creo que esta noche has perdido la cabeza —gritaste en voz alta.

Observé cómo varias personas de las mesas contiguas no dejaban de mirarnos.

—¿Alguna opción mejor? —contesté con tranquilidad.

Te encogiste de hombros y negaste con la cabeza.

Acabé de convencerte y, tras pagar la cuenta, subimos a la limusina camino del aeropuerto. Durante el trayecto pensé que aquello se estaba convirtiendo en una auténtica locura, pero reconocía que aquella empresa realizaba su trabajo a la perfección. La gymkana nos llevaría toda la noche y seguro que tendrían más sorpresas preparadas.

El aeropuerto de LaGuardia quedaba a más de una hora. Nada más llegar nos dirigimos directamente hasta la terminal donde se anunciaban la llegada de los vuelos. No había demasiada gente a aquella hora, unos cuantos turistas facturando equipajes para un vuelo transoceánico rumbo a Londres, varios pasajeros recostados en pequeños asientos esperando un vuelo que se había cancelado y unos cuantos indocumentados que pasaban allí la noche porque no tenían otro lugar adonde ir.

Tuvimos bastante suerte, pudimos comprobar en el gigantesco panel que había frente a nosotros que el vuelo procedente de Roma aterrizaba en solo cinco minutos.

Apretamos el paso y llegamos a la salida de pasajeros. Enseguida observamos cómo los primeros pasajeros comenzaban a recoger sus equipajes en dos grandes cintas transportadoras y nos dirigimos a la valla donde habitualmente los agentes de viajes esperan a los turistas con un cartel identificativo escrito con sus nombres.

El problema era que nosotros solo llevábamos un manuscrito en latín. Aquello no dejaba de resultar bastante cómico y comenzamos a bromear con la cara que pondrían los italianos al preguntarles.

En cuanto comenzaron a salir, descubrí una nueva faceta en ti, no sabía que fueras tan decidida; fuiste preguntando uno por uno a todos los integrantes del vuelo si sabían traducir aquel texto. La mayoría no entendía nada de latín o no sabían hablar bien nuestro idioma y los pocos que podían ayudarnos tan solo fueron capaces de transcribir unas pocas líneas.

Sin embargo, el último pasajero, un anciano bajito de profundas ojeras y cabello plateado, nos aportó un poco de luz a la situación.

—¿Traducir esta carta? —dijo amablemente en un perfecto inglés—. En cualquier biblioteca o en internet pueden conseguirlo.

—Solo podemos hacerlo en el transcurso de esta noche —lo interrumpí—. No tenemos mucho tiempo.

En ese instante, tuve que ponerme las manos en los oídos ante el ruido ensordecedor de un avión que estaba despegando desde una pista cercana.

—Déjenme pensar —respondió mientras ponía su mano en la barbilla—. Más que un italiano lo que necesitan es un Páter.

—Perdone —repusiste confundida—. No le comprendemos.

—Un Páter. Ya sabe, un sacerdote.

—Claro, Chantalle. ¡Un cura! —exclamé eufórico—. ¡Qué ingenuos hemos sido! Era tan fácil como eso.

—La idea de venir hasta aquí fue cosa tuya, a mi no me metas.

Yo asentí con la cabeza sonriendo.

Volvimos a la ciudad intentando averiguar si alguna iglesia podría estar abierta a aquellas horas y, enseguida, me vino a la cabeza la catedral de San Patricio. Era la máxima institución católica de la ciudad y el lugar donde me habían bautizado como buen irlandés.

Por suerte, no había mucho tráfico a aquella hora. Cuando llegamos su espléndida fachada de estilo neogótico estaba parcialmente tapada por unas obras de remodelación en sus arcos. A pesar de haber visitado muchas veces su interior, me seguía sobrecogiendo aquel enorme rosetón flanqueado por sus dos enormes torres. Encontramos la puerta principal cerrada a cal y canto. Por fortuna, conocía bien el lugar y sabía que una de sus puertas laterales todavía permanecía abierta para los feligreses habituales. No había apenas gente en su interior, atravesamos el crucero y encontramos al sacerdote frente al altar, realizando los últimos preparativos para la comunión del domingo.

Al principio se negó a ayudarnos, pensaba que le estábamos tomando el pelo, pero cuando le comenté que toda mi familia se había bautizado allí y pronuncie varias palabras en gaélico accedió a ayudarnos.

Fuimos hasta su despacho, tomamos asiento y, tras una breve lectura, nos tradujo el contenido:

—El texto habla de un pintor renacentista amante de los pájaros —explicó tras quitarse las

gafas y colocarlas encima de la mesa.

—Y ¿no menciona el nombre, Padre? —le pregunté intrigado.

El sacerdote negó con la cabeza.

—Esta pista debe de ser fácil para ti. ¿Cuántos pintores se especializaron en pájaros durante el Renacimiento?

—¿Fácil? —contestaste enfadada—. Es una época muy prolífica en pintores y no destacaban precisamente por las pinturas de animales. La Iglesia seguía fomentando los temas religiosos para su propio interés —bajaste la cabeza al comprobar cómo los ojos inquisitivos del Padre O'Reilly se posaron sobre ti y añadiste—. Perdóneme, Padre, solo era un comentario en voz alta.

—Muchas gracias por todo —le dije al sacerdote estrechándole la mano justo cuando abría la boca para contestarte. No era una noche para mantener ninguna disputa teológica.

Salimos de la iglesia y subimos a la limusina. Pero antes de arrancar necesitábamos analizar aquella pista antes de dar un nuevo paso.

—No puede ser tan complicado, Chantalle. Repasa la época detenidamente.

—Eso intento —respondiste mirándome fijamente a los ojos un tanto angustiada—. Pero es un periodo muy amplio.

—Piénsalo con calma —te respondí intentando tranquilizarte—. ¿Qué tiene de particular el Renacimiento?

—Es una época del renacer cultural y artístico. Se intenta recuperar todo lo perdido en la Edad Media.

Yo asentí con la cabeza. Abrí el mini bar y preparé dos martinis blancos con hielo, la noche comenzaba a ser agotadora.

—Aparte de los temas religiosos. ¿qué otros temas eran populares en aquella época? —te pregunté intrigado, al tiempo que te servía la copa.

—Déjame pensar —respondiste y te pusiste a enumerarlos con la yema de los dedos—. Los temas mitológicos, históricos, las alegorías, los desnudos, los retratos, las naturalezas...

—¡Uff! Creía que esto sería más fácil. Y, ¿en todos esos temas aparecen pájaros?

—Seguramente, pero es imposible recordarlos todos.

Pulse el botón de la puerta y abrí la ventanilla de la limusina. Entre el estrés y las carreras de aquella noche comenzábamos a estar acalorados.

—Tiene que existir alguna obra famosa donde aparezcan pájaros —resoplé negando con la cabeza.

—Se me vienen muchos nombres importantes: Miguel Ángel, Rafael, Leonardo da Vinci...

—Es un buen comienzo —añadí mientras te besaba. No pretendía agobiarte, tan solo quería que disfrutaras de aquella noche.

De repente, nos interrumpió el conductor de la limusina bajando el cristal trasero.

—¿Los llevo a alguna parte, señores?

—Estamos descansando un poco, John. Te avisaremos en cuanto estemos preparados —le respondí y volví a cerrar la ventanilla. Había mucho ruido en la calle y necesitábamos concentrarnos.

—Volvemos a tener el mismo problema de antes —dijiste confundida sin hacer caso del chófer—. No podemos utilizar internet ni acudir a las bibliotecas y los museos cerraron hace horas.

—Es cierto, pero conozco a la más bella e inteligente experta en arte de esta ciudad —me agarraste con fuerza la mano y me sonreíste una vez más como solo tú eras capaz de hacerlo.

Cogiste un pequeño bloc de notas y un bolígrafo que había junto al mini bar y comenzaste a

anotar diferentes nombres. Mientras pronunciabas varios de ellos en voz alta vi como ibas tachando algunos. Y tras varios minutos me dijiste:

—Creo que ya lo tengo.

—Soy todo oídos —te contesté tan orgulloso como unos padres pueden estarlo de sus hijos. Estaba convencido de que lo resolverías.

—Las dos obras más importantes que recuerdo son: « La visión de San Eustaquio de Písanelo y La Virgen del jilguero de Rafael » .

Yo asentí con la cabeza sonriendo.

—Ambas permanecen en Italia —proseguiste— No recuerdo que ninguna de ellas haya estado en Nueva York, pero puede que exista alguna réplica en algún museo.

—Cuéntame algo más sobre ellas —pregunté intrigado—. ¿Cómo es la obra de Pisanello?

—El cuadro lo representa a él en un bosque rodeado de ciervos, liebres y pájaros. La leyenda cuenta que se convirtió al cristianismo tras la visión que tuvo en ese día de caza.

—Y ¿la de Rafael?

—Es La Virgen del jilguero. En ella la Virgen tiene en su regazo a dos niños jugando con un pequeño jilguero.

—Creo que esa es la nuestra —afirmé entusiasmado.

—Tienes razón, en la de Pisanello los pájaros juegan un papel secundario. Sin embargo, en la de Rafael el pájaro centra la atención de la obra.

Me besaste durante largo rato sin dejarme respirar y agregaste:

—Hubieses sido un gran crítico de arte.

Yo sonreí halagado.

De repente, oímos unos golpes en el cristal de la ventanilla que nos sobresaltaron. Eran un par de críos preguntando si alguna estrella de rock se encontraba en el interior. John salió de la limusina y les advirtió que dejaran de molestar. Por suerte, no crearon problemas y se fueron por donde habían venido.

—¿Y dónde vamos a encontrar la obra de Rafael? —preguntaste encogiéndote de hombros.

—Debe de haber algo que se nos escapa, algún lugar que esté abierto a estas horas donde podamos encontrar otra pista.

—¡Espera un momento! —exclamaste dando un salto y casi te golpeas contra el techo—. En mi época de estudiante solíamos frecuentar un club llamado: « Il Rinascimento » .

—Y, ¿qué tiene de especial?

—Su decoración está repleta de las principales obras de aquel periodo —respondiste y me agarraste el brazo con tanta fuerza que comencaste a hacerme daño. Nunca te había visto tan excitada—. La siguiente pista tiene que estar allí.

Me levanté y llamé al chofer para comunicarle nuestro siguiente destino.

—¿Sabes? —comentaste sonriendo—. Iremos a comer a ese restaurante todos los fines de semana, es la cena más divertida que jamás haya tenido.

—Me alegra que te guste —respondí orgulloso—. Yo también lo estoy pasando genial.

El club no quedaba demasiado lejos de la Iglesia de San Patricio, tan solo diez minutos después estábamos entrando por sus puertas. El local era oscuro y estaba repleto de gente hasta la bandera. Tuvimos que ir abriéndonos paso lentamente mientras observábamos su decoración, aquel lugar estaba repleto de cuadros que colgaban de sus paredes y, como su nombre indicaba, todos pertenecían al Renacimiento.

—¿Qué hacemos, Chantalle? —grité por el fuerte sonido de la música. Estaban pinchando un tema de Roxette llamado: “Listen to your heart”. Aquella canción no podía venir en mejor momento.

—No recordaba tantas pinturas —respondiste elevando el tono de voz—. Será mejor que nos dividamos. Tú busca en la izquierda y yo en la derecha.

—No soy ningún experto —contesté preocupado—. No se reconocer una obra de Rafael.

—Todos aquí son estudiantes de arte, pregunta cuando tengas alguna duda.

Me encogí de hombros y no dije nada. Aquello nos llevaría un buen rato.

Ví cómo te alejabas y comenzabas a mirar cuadros al otro lado del local. Observé cómo descartabas pinturas a tal velocidad que en tan solo cinco minutos estarías ayudándome con mi parte.

Yo empecé a buscar desde la zona de los baños preguntando a todos los estudiantes que me encontraba, algunos de ellos me miraban como si fuera un extraterrestre, no entendían nada; hasta que, al fin, me topé con unas chicas que estuvieron dispuestas a ayudarme.

—Disculpa —llamé un par de veces a una morena de ojos verdes que parecía recién salida del instituto y que tardó un buen rato en atenderme.

—¿Sabrías decirme si este cuadro es de Rafael?

Me miró de arriba abajo y entonces respondió:

—Es su obra más conocida —sus amigas y ella comenzaron a reírse sin parar y preguntaron—. ¿Es tu primer año de carrera?

Yo negué con la cabeza.

—Conozco a todos los que vienen a este bar —comentó intentando intimidarme con la mirada—. Si te hubiese visto antes lo recordaría.

—Gracias por la información. Tengo un poco de prisa.

La chica y sus amigas continuaron desternillándose sin parar cuando me alejé.

Fui rápidamente a buscarte. Te encontré al fondo del club mirando detenidamente un cuadro mientras un tipo que se encontraba a tu lado no paraba de hablarte.

—Chantalle —te llamé poniendo la mano encima de tu hombro—. Creo que lo encontré —te cogí rápidamente de la mano y te alejé de allí dejando al tipo con la conversación en la boca.

—Estoy segura de que es este —señalaste con una sonrisa nada más llegar.

—¿Quién era ese tipo? —dije malhumorado.

—Nadie, un pesado que no me dejaba en paz —enseguida te diste cuenta de cómo me cambió el semblante y añadiste—. ¿No estarás celoso?

—No —respondí con un susurro, pero la verdad es que no podía evitarlo.

—De acuerdo —añadiste sonriendo—. Me siento halagada, pero ahora volvamos a nuestro cuadro.

—Y ¿qué buscamos exactamente? —te pregunté mientras dos latinos pasaban a nuestro lado desafinando una canción con dos copas de más.

—No tengo ni idea —exclamaste acercándote al cuadro todo lo posible. Apenas se veía nada en aquel local—. Aquí veo algo fuera de lo normal —repusiste señalando en la parte superior—. Estas líneas que cortan el cuadro por la mitad del cielo no son habituales. Parecen letras.

—Iré a preguntar al camarero si tiene una linterna. No creo que eso cuente como última tecnología, ¿verdad?

—Supongo que no —contestaste soltando una carcajada.

Me acerqué a la barra y estuve un momento hablando con el camarero. Me miró con cara de

pocos amigos, pero accedió a buscarla. Tras un rato mirando por todas partes, no apareció por ningún lado.

Volví a tu lado y te comenté que no habíamos tenido suerte, pero pensé que quizás el chófer de la limusina dispusiera de alguna para un pinchazo nocturno u otro tipo de avería.

Atravesé el club abriéndome paso como pude con algún que otro empujón y salí fuera. Allí estaba John, nuestro chofer, un afroamericano de más de uno noventa con traje gris y gorra con visera negra, apoyado sobre el capo fumando un cigarrillo.

—¿Podrías prestarnos una linterna? —le pregunté a bocajarro.

—¿Para qué la quieren? —respondió impasible.

—Te resultará extraño, pero necesitamos examinar un cuadro. Apenas hay luz en el interior del club.

—He visto cosas más sorprendentes en esta limusina —explicó mientras tiraba el cigarrillo al suelo y lo apagaba con la suela de su zapato—. Espere un momento —abrió el maletero y regresó al instante.

—Creo que esta les servirá.

—¿Qué es? —le dije mientras la miraba un tanto sorprendido.

—Es una lámpara con luz ultravioleta, la utiliza la policía para examinar huellas en la oscuridad.

—Magnífico —contesté sonriendo.

No tenía ni idea de para qué llevaba aquel utensilio en el coche, pero tampoco me interesaba y no paré a preguntar.

Cuando llegué seguías pegada al cuadro como una lapa, parecía que formarás parte del mobiliario. Te volví a tocar en el hombro y esta vez diste un salto.

—¡Dios! ¡Qué mano tan fría! —respondiste girándote hacia mí—. Pensé que no eras tú.

—No te lo vas a creer —comenté sacando la minúscula lámpara del bolsillo y poniéndola en tu mano—. Mira lo que lleva nuestro amigo John en el coche.

—Una lámpara de luz ultravioleta. Es perfecta —encendiste la lámpara y la acercaste a la pintura, enseguida, comenzaron a aparecer letras. Era evidente que aquel cuadro lo habían colocado el día anterior para que lo encontráramos.

—¡Eh, amigo! —gritó un camarero que pasaba junto a nosotros—. ¿Piensan llevarse el cuadro a casa?

—Tranquilo —le respondí—. Mi pareja y yo hemos realizado una apuesta sobre el boceto que utilizó el autor.

—De acuerdo —asintió malhumorado—. ¡Qué raritos son estos estudiantes de arte! —se fue murmurando con una bandeja sobre la mano repleta de vasos y botellas vacías.

No pude más que sonreír cuando le escuché hacer aquel comentario.

—Ya lo tengo, Roger —me interrumpiste sin haber escuchado la conversación—. Son tres líneas que dicen: “Solo los pájaros observan desde el cielo”.

—Genial —repuse con ironía—. Pues salgamos y miremos al cielo.

—¿Es que no piensas tomarte esto en serio? —respondiste enfadada. Te habías metido de tal forma en el papel que parecía que te fuese la vida en ello.

Salimos fuera del club y comenzamos a mirar al cielo. Era noche cerrada y, con la alta polución de aquella ciudad y la altura de los edificios, era imposible divisar nada.

—¿Qué crees que puede significar? —pregunté completamente perdido—. ¿Es alguna frase célebre de Rafael o del Renacimiento?

—No, que yo recuerde —aseguraste encogiéndote de hombros.

—¿Observar el cielo? —repetí un par de veces—. Si fuera de día, tendría más sentido. Pero, ¿qué podríamos ver en plena noche?

—Quizás tenga otra connotación, algún tipo de metáfora —argumentaste en voz alta—. Existen muchos tipos de cielo, podría tratarse del paraíso.

Nos apartamos un poco de la puerta donde no paraba de entrar y salir gente.

—Si lo analizas con detenimiento —añadí con los brazos cruzados y la cabeza gacha—. Las dos pistas anteriores no eran tan complicadas. Debe de ser algo que se encuentra ante nuestros ojos y se nos escapa.

—Es posible, pero quizás esta vez lo hayan complicado un poco más.

John llevaba un rato observándonos desde que salimos del club y me acerqué a devolverle la linterna.

—Gracias, amigo —le dije mientras lo acompañaba hasta el maletero para guardarla.

En ese momento, miré hacia el fondo de la calle y vi el Madison Square Garden iluminado.

—¿Podrías volver a repetir el mensaje? —pregunté volviéndome hacia ti—. Todavía no lo he memorizado.

—Solo los pájaros observan desde el cielo.

—Creo que ya lo comprendo —respondí eufórico y me acerqué a besarte en los labios—. ¿Ves aquellas luces de allí? —exclamé señalándolas—. Son las únicas que nos pueden guiar desde el cielo.

—¿Desde el cielo? —repetiste incrédula.

—¿Existen visitas en helicóptero a esta hora? —pregunté a John.

—Claro, amigo. Están toda la noche. Los turistas quieren ver Nueva York desde el aire.

—¡Rápido! Vayamos hasta allí —le indiqué y abrí la puerta de la limusina para que entraras.

—Jamás imaginé que acabaríamos la noche subidos en un helicóptero —respondiste impresionada—. Esto es una auténtica locura, no volveré a tener un sábado como este en mi vida.

La central de helicópteros quedaba muy cerca de Central Park. Al llegar, descubrimos que no éramos los únicos que pretendíamos volar aquella noche, dos parejas más se dirigían al mismo lugar. Subimos en el ascensor hasta la planta ochenta y siete y nos acomodaron en una sala desde donde se divisaban a través de la cristalera un par de helicópteros dispuestos a despegar.

En aquel lugar un cartel informaba que la duración de cada vuelo era de una hora. Si esperábamos a las dos parejas que habían llegado antes que nosotros, se nos haría de día.

Decidí salir y fui a buscar al encargado del helipuerto.

—¡Eh, amigo! —le dije a un tipo que bajaba del helicóptero—. Somos la pareja que manda la empresa de Viajes J. Cook

—Llevamos un rato esperándoles, ya pensábamos que no vendrían. Avise a su pareja, partimos en cinco minutos.

Te comenté que John había hecho una llamada durante el trayecto reservando un helicóptero para nosotros y que, por eso, subiríamos antes que los turistas. Era la única forma de que siguieras creyendo aquel juego sin sospechar nada.

Al subir nos pusieron unos cascos para que pudiéramos soportar el ensordecedor ruido que hacían las hélices del helicóptero. Cuando despegó había un poco de viento y se movía más de lo debido. El piloto enseguida nos tranquilizó diciendo que por las noches aquello era normal.

El espectáculo era grandioso, ya había hecho aquel recorrido alguna vez, pero contemplar todos los rascacielos desde el cielo de Nueva York era una experiencia única. Atravesamos

Central Park y bajamos por el río Hudson divisando el puente de Brooklyn en dirección a la zona de Wall Street.

—En algún lugar tiene que haber algo que nos indique una nueva pista.

—No te preocupes —respondiste sonriendo—. Voy mirando atentamente y disfrutando del paisaje.

Dejamos atrás el centro financiero y el piloto puso rumbo hacia la bahía donde contemplamos la estatua de la libertad y, más tarde, regresamos hacia el edificio de la ONU. Unos instantes después, el helicóptero cambió de dirección y comenzamos a divisar el edificio Chrysler.

—Me encanta ese edificio —comentaste nada más verlo—. Representa la quintaesencia de la arquitectura de esta ciudad.

—También es mi preferido —reiteré sonriendo.

A nuestra izquierda quedaba el Empire Estate, aunque más alto que el Chrysler, no podía competir con la increíble cúpula que coronaba a su eterno competidor. Aquella noche su planta superior estaba iluminada con dos franjas rojas y azules.

Continuabas mirando el Chrysler cuando te toqué el hombro y te hice un gesto con la mano para que mirases el Empire Estate.

De repente, cambió la iluminación y unas palabras aparecieron en su rótulo: “Feliz cumpleaños, Chantalle” y, a su izquierda, un gran corazón dibujado en rojo.

Vi cómo te quedabas con la boca abierta sin ser capaz de articular palabra, entonces te volviste hacia mí y dijiste:

—¿Has hecho todo esto por mí?

Yo asentí con la cabeza.

—Nadie había hecho nunca nada parecido —me besaste dulcemente y añadiste—. Te quiero, Roger. Ahora no tengo ni la más mínima duda —y vi cómo un par de lágrimas corrían por tus mejillas. Nunca te había visto llorar y conseguiste que yo también me emocionara.

—Yo también te quiero, Chantalle. Te quiero desde el primer momento en que te vi —y te volví a besar.

—Lo sé, Roger.

—Disfruta el momento, cariño —te dije señalando el edificio—. Solo durará unos segundos más —pusiste tu cabeza sobre mi hombro y lo contemplaste en silencio.

La sorpresa te había encantado y tengo que reconocer que a mí también.

En la empresa en ningún momento me comentaron las sorpresas que nos aguardarían aquella noche.

Cuando cambiaron el mensaje y la iluminación del edificio volvió a ser azul y roja, el piloto se volvió hacia nosotros y nos dijo:

—Volvemos a casa, espero que les haya gustado.

—Me has tenido engañada toda la noche —repusiste sonriendo—. Todavía no comprendo cómo no me di cuenta.

—Lo siento, cariño, pero solo funcionaba...

No dejaste terminar la frase y volviste a besarme, acto seguido, me abrazaste y disfrutamos de aquel espectáculo de fastuosos rascacielos.

Durante el camino de regreso observamos cómo el helicóptero de repente comenzó a descender y a nuestra derecha, desde una gran azotea, un montón de gente comenzó a saludarnos entusiasmada. El piloto giró y se posó en el rellano superior del edificio.

Fue entonces cuando conseguimos vislumbrar la azotea con nitidez. Era una gran terraza

iluminada con una enorme piscina en el centro y estaba rodeada por grandes setos profusamente decorados.

—¿Dónde estamos? —le pregunté al piloto.

—Hay unos amigos que les están esperando.

Recuerdo que pusiste la misma cara de sorpresa que yo cuando bajamos del helicóptero. De repente, se acercaron mi hermana, su marido, tus amigas y las compañeras de trabajo. Cuando ya pensábamos que todo se había acabado, todavía nos tenían reservada una fiesta sorpresa.

Mi hermana fue a abrazarte y me sonrió como hacía tiempo que no lo hacía. Yo me quedé hablando con Tom.

—Feliz cumpleaños, cariño —escuché cómo te decía—. ¡Vaya sorpresa te ha preparado mi hermano!

—¿Lo habéis visto todo? —preguntaste atónita.

—La empresa grabó el recorrido, tendréis el video para recordarlo toda la vida.

—No me lo puedo creer —respondiste echándote las manos a la cabeza.

—Te diré un secreto —susurró mi hermana al oído como más tarde me explicaste—. Debería buscarme un marido más creativo, a mí nunca me ocurren estas cosas.

—Ha sido increíble —añadiste sonriendo—. Me ha tenido engañada todo el tiempo. No podré olvidar este día durante el resto de mi vida.

—Lo sé, cariño.

—Mira, Chantalle quién está aquí.

En ese momento, llegó Gina corriendo y la cogiste en brazos.

—Pero, ¿qué haces tú levantada a estas horas? —le dijiste mientras la besabas.

—Quería ver tu sorpresa de cumpleaños.

—Y, ¿te ha gustado? —le preguntaste al tiempo que la balanceabas de un lado a otro.

—Tanto como mi casa de muñecas —contestó mientras yo te agarraba de la cintura y le daba un beso en la mejilla. Entonces la niña pasó su mano sobre mi cabeza y se quedó abrazada a ambos.

—Quiero un cumpleaños igual cuando sea mayor —exclamó volviéndose hacia mí.

—Te lo prometo, cariño —le aseguré volviéndola a besar.

—Y también quiero que os caséis mañana mismo —ambos sonreímos y la besamos al unisonó.

—Continúa siendo un encanto —Te leí en los labios mientras seguía abrazándonos fuertemente.

—Tú también lo eres —respondí con una sonrisa.

—Te dije que los regalos de mi tío son los mejores —afirmó la niña echándose hacia atrás.

—Tenías razón, preciosa. Haré caso de todo lo que me digas a partir de ahora.

Estuvimos un rato jugando con ella hasta que vino mi hermana para llevársela a dormir. Entonces comenzaste a charlar con unas amigas mientras yo fui a la barra del bar y pedí un baileys con hielo. Al rato apareció mi hermana y se sentó a mi lado.

—Ha sido precioso lo que has hecho por Chantalle. No sabía que tuviera un hermano como tú.

Yo me encogí de hombros sin saber qué contestar.

—¿Podrías contarme un secreto? — me preguntó al oído—. ¿Cuánto te ha costado esto?

—Unos diez mil dólares —le contesté sonriendo.

—Pero, ¿te has creído que eres multimillonario? —exclamó poniendo el grito en el cielo.

—Es lo que tenía ahorrado para el coche nuevo —respondí bajando la cabeza, comenzaba a hacerme sentir culpable y añadí—. Entre los diez mil y tres mil más que le presté a un amigo estoy en números rojos.

—Creo que Chantalle ya sabe cuánto la quieres. A partir de ahora comienza a pensar un poco más con la cabeza.

Se levantó y se marchó enfadada.

No podía negar que tenía parte de razón, pero ni ella ni nadie iban a estropearme aquella noche tan increíble que había pasado junto a ti.

El dinero no me importaba, tan solo quería ser feliz a tu lado y era imposible que nadie lo fuese más que yo en aquellos momentos.

Sobre las seis terminamos la fiesta y John nos llevó a casa en la limusina para terminar un increíble fin de semana.

IX

Aquel verano fue el más inolvidable de mi vida, disfrutábamos cada segundo, comenzamos a plantearnos la idea de irnos a vivir juntos y, si todo iba bien, dar un paso más.

Una mañana me comentaste que te apetecía pasar el fin de semana en Long Island donde una amiga tuya había abierto un restaurante con varios socios en el puerto deportivo.

Aquel era un magnífico paraje en el que buena parte de los millonarios de Nueva York poseían enormes mansiones en primera línea de playa. No sabía si me encontraría un poco fuera de lugar en aquel ambiente, pero, como muchos otros neoyorquinos, solo iríamos a pasar el fin de semana y comeríamos en uno de sus exclusivos restaurantes de pescado y mariscos.

Al llegar tuvimos que dejar el coche a una milla de distancia y subimos caminando por el sendero de la bahía que unía el pueblo con el puerto deportivo. Durante el recorrido una agradable brisa acariciaba nuestros rostros mientras nos cruzamos con numerosas parejas que también habían ido a pasar el fin de semana. Durante el recorrido las gaviotas no paraban de revolotear a nuestro alrededor mientras los niños les lanzaban comida y se daban un auténtico festín.

Luego cruzamos por un pequeño boulevard hasta que llegamos al puerto donde fondeaban grandes yates de diferente eslora. La calle estaba repleta de numerosos restaurantes adosados unos tras otros con grandes terrazas frente al mar. Allí no cabía ni un alfiler, pero por fortuna no tuvimos que esperar mesa aquel día.

Nada más llegar vino a saludarnos la propietaria del local. Judith, era una chica morena, de nariz respingona y grandes gafas de pasta negra que nos condujo a una de las mejores mesas del restaurante, frente a un amplio ventanal desde donde se divisaba toda la bahía. Chantalle y ella se conocían desde la infancia.

El comedor pintado en verde pistacho estaba repleto de motivos náuticos donde destacaban sofisticadas maquetas de veleros, elegantes timones de barco y enormes remos de madera. Nada tenía que envidiar al más refinado de los clubs náuticos.

El camarero nos sirvió dos copas de vino blanco y nos entregó la carta.

Al rato, regresó Judith a tomarnos nota.

—Esta mañana han llegado unas ostras fresquísimas y las cigalas aún están vivas. Proviene de los caladeros canadienses y son las más grandes y sabrosas que hayáis probado en vuestra vida.

—Perfecto, confiamos en tu criterio —le dijiste con amabilidad al tiempo que le entregabas la carta—. También nos gustaría un salmón al eneldo y una botella de este delicioso vino blanco.

—Excelente elección. La botella corre por cuenta de la casa.

—Gracias —contestamos al unísono.

—¿Te gusta el restaurante? —me preguntaste cuando se marchó tu amiga.

—Es fantástico, has tenido una gran idea.

—¡Mira aquello! —exclamaste señalando a la bahía.

Di media vuelta y observé cómo un amplio grupo de gaviotas se lanzaban empicado atrapando el pescado que arrojaba por la borda un pequeño pesquero local. Las capturas diarias estaban restringidas por un estricto cupo y los pescadores se deshacían del excedente sobrante antes de llegar a la lonja.

—¡Vaya espectáculo! —te comenté entusiasmado.

Un camarero alto y delgado nos sirvió como aperitivo unos canapés de caviar y arenques ahumados que estaban deliciosos.

—Hay algo que debo contarte —añadiste con una gran sonrisa y brindamos nuestras copas sin que pudiera dejar de contemplar tus arrebatadores ojos verdes.

—Te escucho.

—En agosto tengo dos semanas de vacaciones. Y siempre me dices que te gustaría realizar un viaje juntos, había pensado...

—¿Cuándo dices que sacamos los billetes? —te interrumpí sin dejarte acabar la frase.

Tú sonreíste y me estrechaste la mano por debajo de la mesa mientras volvían a brillarte los ojos.

—La empresa todavía me debe varios días del año pasado. Creo que podré arreglarlo para que coincidan nuestras fechas.

En ese momento regresó Judith y nos sirvió las cigalas acompañada por una ensalada con crema de bogavante que estaba exquisita. Estuvimos un rato sin hablar degustando aquella delicatessen.

—Y ¿dónde te gustaría ir? —te comenté mientras probaba la crema que acababan de servir.

—Siempre me han gustado los viajes culturales, visitar países con un rico patrimonio y perderme durante todo el día en su casco histórico.

—Me lo imaginaba, es evidente porque estudiaste arte.

—Y ¿a ti? —preguntaste tras partir las patas de la cigala.

—Creo que cada lugar tiene su encanto. Podríamos pasar todo el día conversando sobre este tema y nunca acabaríamos.

Tú asentiste con una sonrisa, creo que pensábamos igual.

—Me gustaría realizar desde un viaje exótico tipo sudeste asiático —proseguí explicando al tiempo que tomaba un poco más de vino blanco—, hasta una ruta por increíbles paisajes como las tierras altas escocesas o los fiordos noruegos. Aunque tampoco estaría mal perderse en una playa paradisíaca.

—¡Vaya! No hay nada que se te escape.

—Aunque te contaré un secreto —dije acercándome hacia ti lo máximo posible—. Lo más importante es la compañía y yo tengo la mejor del mundo.

Me levanté un tanto de la silla y te besé en los labios. Advertí cómo te quedabas un poco sorprendida, quizás no era el lugar más adecuado para aquellas muestras de efusividad, pero no me importaba lo más mínimo.

—Estoy de acuerdo contigo —afirmaste sonriendo y comprobé que no te había molestado—. Ya solo nos queda decidir el lugar.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —aseguré mientras el camarero recogía los platos y anunciaba el salmón al eneldo.

Llevaba un rato observando a un tipo rubio de ojos azules sentado en la mesa de al lado que no te quitaba ojo. Desconocía el motivo y aquello me ponía de los nervios.

—¿Conoces a ese tipo de la mesa de la izquierda?

—¿El que está sentado con la pelirroja? —respondiste girando la cabeza de forma disimulada. Yo asentí.

—No lo he visto en mi vida —contestaste negando un par de veces.

—Pues no te quita ojo desde que llegamos —exclamé elevando un poco el tono de voz.

—¿Ya estás otra vez con los celos?

—Algún día te contaré de qué tengo celos —respondí malhumorado.

Nos quedamos en silencio y continuamos degustando aquel delicioso salmón.

—Perdóname, Chantalle —supliqué cogiendo tu mano—. No estropeemos este día tan bonito, continúa hablando de tus viajes.

Tú apretaste mi mano y dijiste que no me preocupara.

—En realidad, me gustaría viajar por todo el mundo —añadiste como si nada hubiera pasado—. Espero tener tiempo y dinero suficiente algún día.

—¿Sabes? —agregué pinchando un trozo de lomo del salmón—. Siempre he pensando que sería imposible visitar todo lo que me gustaría. Por ello, trato de ser muy selectivo con mis viajes.

—Seguro que eres de los que no repite destino porque piensas que aún te queda mucho por visitar.

—Exacto —repuse impresionado—. Creo que cada día tenemos más en común.

—Yo siempre he tenido una norma: no repetir países con una misma historia y unas costumbres similares.

—¿Como por ejemplo...? —pregunté intrigado, me gustaban tus reflexiones.

—Creo que si visitas Noruega, no necesitas ir a Dinamarca o Suecia —afirmaste sonriendo—. Y si visitas Austria, ¿para qué ir a Suiza o al sur de Alemania que son tan parecidos?

—Entiendo adónde pretendes llegar. Me parece un análisis interesante. Es como dividir el mundo en culturas en lugar de países. Creo que me lo apuntaré.

—¿Todo bien? —nos interrumpió Judith viendo que habíamos devorado hasta el último plato.

—Una comida exquisita. Estoy convencida de que el restaurante os irá genial.

—Gracias, cariño —te respondió sonriendo—. Yo también creo que a vosotros os irá bien. Hacéis una pareja increíble, con tan solo miraros se ve lo enamorados que estáis.

En ese momento te levantaste y le diste un beso en la mejilla. En ese instante llegó el camarero y nos sirvió un postre sin haberlo pedido.

—Os tenía preparada una pequeña sorpresa —anunció Judith—. Es una tarta de trufas rellenas de frambuesas bañadas en chocolate. Espero que os guste.

Ambos sonreímos mientras se marchaba para atender otra mesa. La tarta estaba deliciosa.

Al finalizar nos despedimos de Judith comentándole que nos había encantado el restaurante y que regresaríamos siempre que tuviésemos ocasión.

Al llegar aquella noche a tu apartamento, mientras estábamos sentados viendo una serie de televisión, me recordaste el incidente del restaurante.

—No puedes ser tan celoso —dijiste echada en mi hombro.

—Lo siento, Chantalle. No podía aguantar cómo ese tipo te devoraba con la mirada.

—Está bien. No te preocupes —respondiste de forma apaciguadora—. ¿Y bien? ¿Qué es aquello que pensabas contarme algún día sobre los celos?

—¿De verdad quieres oírlo? —pregunté mirándote fijamente a los ojos.

Tú asentiste con la cabeza.

Entonces te besé y mientras te acariciaba el cabello suavemente, te dije:

—Tengo celos de las sabanas que acarician tu cuerpo desnudo por las noches, del espejo que contempla tu belleza a diario sin miedo a ruborizarse, del agua de tu bañera que se desliza suavemente sobre tu piel, de los libros de tu biblioteca que pasan el día junto a ti, de...

No me dejaste continuar y, sentada sobre mí, comenzaste a besarme sin descanso.

X

Una mañana, un compañero de oficina trajo unos ricos pasteles para desayunar. Estaban tan deliciosos que decidí bajar y comprar una caja para la cena en tu apartamento.

No necesitaba que fuese ninguna fecha especial para sorprenderte. La vida está llena de pequeños detalles y quería hacerte sentir a diario la persona más deseada de este mundo, aunque siempre decías que no eran necesarios tantos regalos.

Recorriendo las pastelerías del Soho, vi salir de la tienda a un tipo alto y corpulento que me pareció Sam, apreté el paso y comencé a llamarle. Al fin se dio la vuelta y comprobé que era él.

—¿Es que ya no te acuerdas de los amigos? —preguntó en medio de un trasiego de gente que subía y bajaba por aquella arteria tan masificada de la ciudad.

—Llevas razón, hace meses que no hablamos —contesté sonriendo—. ¿Cómo van las cosas?

—En el grupo todos preguntan por ti, parece que ya no quieres saber nada de nosotros.

—He estado muy ocupado todo este tiempo.

—¿No tendrá que ver con el dinero que me prestaste? —repuso poniendo un semblante más serio.

—¿El dinero? —repetí suspirando—. Ni siquiera había pensado en ello, ya me lo devolverás cuando puedas.

Llegamos hasta la entrada de un callejón unos metros más atrás, con tanta gente era complicado mantener una conversación.

—No lo comprendo, Roger, éramos como hermanos —me recriminó bajando la mirada—. Sé que no me porté bien contigo, pero ya me conoces, se me va la cabeza con facilidad.

—Pero, ¿de qué demonios estás hablando ahora?

—De Chantalle —respondió—. Estoy seguro que te lo habrá contado.

Al oír aquellas palabras fue como si me hubiesen lanzado un dardo paralizador, era incapaz de reaccionar. No podía asimilar lo que estaba escuchando. Sin embargo, la sorpresa inicial se transformó en una ira incontenible que se apoderó de mí y me encaré con él.

—Explícame ahora mismo qué es eso de Chantalle —le advertí cogiéndolo por la solapa y empujándole contra la pared. La gente que pasaba por allí comenzó a mirarnos y a murmurar.

—Lo que ocurrió entre nosotros el día del Village, ¿por eso ya no quieres saber nada más de mí, verdad?

—No tenía ni la menor idea —respondí soltándolo y apartándolo de mí—. Pero me lo vas a explicar ahora mismo si no quieres que te parta la cara.

—No hay mucho que contar. Ya sabes lo impulsivo que soy. Me pierdo cuando veo una cara bonita. ¡Y aquel día estaba tan atractiva! —hizo una breve pausa incapaz de seguir mirándome a los ojos y añadió—. que terminé confesándole que era yo quien le mandaba los regalos.

—¡Serás hijo de puta!

Las venas del cuello parecía que me iban a estallar y sin pensarlo dos veces le propiné un puñetazo en la mandíbula con todas mis fuerzas, entonces se tambaleó y lo rematé con un segundo golpe en la nariz. Aquello le produjo una fuerte hemorragia y comenzó a sangrar abundantemente.

—Tranquilos, no pasa nada —le dije a un par de tipos que se acercaron—. Es una disputa entre amigos.

—Tiene razón —afirmó Sam mientras se levantaba del suelo—. No hay ningún problema.

—Y, ¿qué más ocurrió? —le pregunté subiendo el tono de voz al tiempo que me volvía a encarar con él.

—Volvimos a vernos en un par de ocasiones, no lo recuerdo bien. Pero, de repente, dejó de contestar a mis llamadas —respondió mientras se secaba la sangre con la manga de la chaqueta—. Unas semanas después, Katherine os vio en el cine. Entonces supe que comenzasteis a salir juntos.

—¿Seguro que no la has vuelto a ver?

—Te he contado toda la verdad, no he tenido más noticias tuyas.

—¡No quiero volverte a ver en toda mi vida! —exclamé clavándole la mirada—. Y olvida el dinero ¡Se lo presté a un amigo y tú ya no lo eres!.

Le solté la solapa y salí de aquella calle tan abatido como no recordaba haberlo estado en toda mi vida.

Cogí el coche y fui directamente a tu casa. Durante el trayecto fui conduciendo como si estuviese poseído, la ira me cegaba, fui adelantando los coches que encontraba a mi paso y estuve a punto de atropellar a un par de personas; estaba fuera de mí.

Por suerte, llegué a tu calle sin ningún percance. Me bajé del vehículo sin recodar tan siquiera donde lo había aparcado, subí las escaleras de tu edificio, abrí la puerta de tu casa con la llave que me diste y me senté a esperarte.

Apareciste un par de horas después en las que no paré de darle vueltas a la cabeza, creí que me iba a estallar. Cuando entraste por la puerta ni tan siquiera te percataste de mi presencia, estaba sentado en el sillón del fondo con la luz apagada.

—¿Qué haces en ese sillón a oscuras? —preguntaste sorprendida al encender la lámpara principal—. ¡Vaya susto me has dado!

No te respondí nada, la verdad es que no me apetecía hablar contigo. Había comenzado a odiarte, pero necesitaba conocer de tus labios la versión de los hechos.

No me fiaba de Sam, pero no creía que me mintiera en aquel asunto.

—¿Qué te pasa, Roger? —añadiste preocupada—. Me estás asustando. ¿Te ha ocurrido algo?

—Así es —afirmé levantándome de golpe del sillón mientras comenzaste a retroceder con el miedo reflejado en tus ojos. En ese momento descubrí hasta qué punto te quería, me dolía más ver el sufrimiento en tu expresión que aquella historia con mi amigo.

—Siéntate, Chantalle, por favor —repuse señalando el sofá.

—De acuerdo —respondiste un poco más tranquila y te acomodaste en el sillón junto a la ventana; yo me situé frente a ti.

—¿Recuerdas el fin de semana que nos conocimos?

Tú asentiste con la cabeza.

—He sabido que alguien os vio a ti y a otro tipo muy acaramelados en el Village aquel sábado —dije tragando saliva y bajando la cabeza sin poder mirarte a los ojos—. ¿Es cierto?

—No lo recuerdo ahora mismo —contestaste pensativa—. Antes de salir contigo solo recuerdo a un chico con el que estuve un par de veces.

—Pero ya nos conocíamos, Chantalle —exclamé elevando un poco el tono de voz— y te llamé aquella misma tarde para quedar contigo.

—Aún no estábamos saliendo juntos. Si estuve con alguien, es asunto mío —aseguraste enfadada—. No puedes echármelo en cara, no he salido con nadie desde que estoy contigo.

—Pues para mí es como si lo hubieses hecho, ¿no lo comprendes? —respondí levantándome del sillón sin poder calmarme—. Preferías estar con otro antes que conmigo, por eso me

rechazaste en dos ocasiones antes de salir juntos.

Aquello te cogió por sorpresa y no supiste qué responder. Se hizo un silencio sepulcral que duró una eternidad.

—Está bien. Te contaré la verdad. Me apetecía conocer a aquel chico porque me agasajaba con regalos continuamente —dijiste tras pensarlo detenidamente—. Y el día que nos conocimos fue encantador, sabía cómo tratar a una mujer.

Yo asentía paseando de arriba abajo de la habitación como un león enjaulado.

—Creo que salimos dos o tres veces, pero enseguida me di cuenta de que era un vividor. No es lo que yo andaba buscando.

—Y ¿qué buscas, Chantalle? —pregunté tras detenerme frente a ti.

—Buscaba a alguien como tú, tierno y cariñoso. Por eso me gustaste desde el principio.

Cuando pronunciaste aquellas palabras me descolocaste aún más.

—Sabes que te quiero —te aseguré—, pero no sé si alguna vez te perdonaré esto.

Me levanté y salí por la puerta dejando mis llaves en el recibidor.

XI

Los siguientes días fueron un auténtico martirio. No me apetecía volver a llamarte, aunque lo deseaba con toda mi alma y tú tampoco lo hiciste, no sé si por orgullo o porque tampoco querías volver a verme.

La verdad es que llevabas razón en algo importante, no estábamos saliendo juntos cuando aquello ocurrió y fui yo el que propició aquel encuentro sin pensar en las consecuencias. Cuanto más lo pensaba, menos entendía cómo había sido capaz de enviar a aquella cita a un tipo como Sam, del que ya conocía sobradamente sus relaciones con las mujeres. Estuve tan estresado aquel fin de semana que no fui capaz de pensar con claridad y lo estaba pagando caro.

A la semana siguiente, mi hermana se enteró de todo y me llamó por teléfono intentando que solucionáramos la situación. Pero yo continuaba sin tenerlo claro, para mí era como si me hubieses engañado; habías preferido estar con otro antes que conmigo después de conocernos. No me gustaba ser segundo plato de nadie, ni tan siquiera de la persona que más quería en este mundo.

Mi hermana me dijo que te encontraba triste, que no recordaba haberte visto nunca de aquella manera, rehuías hablar del tema, y tan solo dijiste que me deseabas todo lo mejor.

La verdad es que no sabía cómo te sentías, pero yo tenía claro que me resultaba imposible vivir sin ti y tenía que solucionar aquella situación de alguna manera.

Al final, decidí dar el primer paso y te llamé varias veces por teléfono. Pero, como no contestabas a mis llamadas fui una tarde hasta tu casa para hablar contigo. Estuve llamando varias veces al timbre de la puerta, sin embargo, no respondía nadie. Bajé las escaleras y te esperé en la cafetería hasta que cerraron, pero tampoco apareciste y regresé abatido a casa. Cogí el teléfono y llamé a mi hermana por si sabía algo de ti.

—Me temo, Roger, que se ha tomado unos días libres. Se ha marchado a Nueva Jersey para visitar a sus padres, necesita desconectar y tomarse su tiempo.

—Y, ¿no sabes cuándo regresará?

—No lo sé, cariño. Le comunicó al gerente que se reincorporaría en una o dos semanas.

—Gracias por la información —le respondí abatido.

—No te preocupes, Roger. Todo se solucionará.

No le contesté nada y colgué el teléfono. Yo no estaba tan convencido de que aquello se fuese a solucionar tan rápido.

Aún así debía intentarlo y decidí regresar a la cafetería todas las tardes de aquella semana hasta que volviera a verte.

Sentado frente al cristal, podía escuchar día tras día el ruido que producían al otro lado las finas gotas de lluvia que salpicaban la calzada mientras mis manos acariciaban una taza de café aún caliente y el vaho empañaba los cristales. La gente entraba y salía de la cafetería con sus paraguas empapada hasta los tobillos. Pero nada de eso distraía mis pensamientos que continuaban anhelando volver a verte sin tan siquiera saber si te apetecía volver a mi lado.

Así continué durante toda la semana, esperando a que regresaras a mi vida mientras mi corazón te añoraba desesperadamente. Cada día me encontraba más desmoralizado, la semana transcurría y no regresabas a casa, quizás habías encontrado trabajo en Nueva Jersey y decidiste quedarte allí con tus padres.

Al fin y al cabo, lo único que te unía a la ciudad en aquellos momentos era nuestra relación,

porque en la biblioteca solo tenías contrato por unos meses.

Comencé a pensar que no había hecho lo suficiente para demostrarte mi amor, que siempre se puede hacer algo más y que nunca sabes cuándo es suficiente.

Además, nunca he tenido demasiado poder de convicción, trabajo en una empresa de informática y no soy ningún comercial que te hubiese convencido en pocos minutos. Tengo que confesar que intentar conocerte ha sido la empresa más complicada que he realizado en mi vida.

El jueves decidí dejarte una nota en el buzón, quería que la leyese cuando regresaras y descubriese lo que continuaba sintiendo por ti.

El viernes por la tarde, la lluvia de repente cesó, las nubes se alejaron y dieron paso a un sol radiante, como si el verano volviese a comenzar.

Fue en ese preciso momento cuando vi cómo cruzabas la calle en dirección a tu casa. No sabía por qué habías decidido permanecer tantos días con tus padres, pero lo único que me importaba era que por fin volvía a verte. Salí de la cafetería a tal velocidad que casi llego a las escalerillas de tu edificio antes que tú.

Nada más verme corriste a abrazarme y me besaste. Supuse que los días en casa de tus padres habían hecho que reflexionaras sobre lo nuestro.

—Te he echado tanto de menos, Roger.

—Yo también, Chantalle. Me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti.

Te echaste en mis brazos y estuvimos largo rato besándonos.

—Creo que deberíamos dar un paso más y descubrir cómo es compartir el día a día.

—¿Te refieres a vivir juntos?

Tú asentiste con la cabeza sonriendo.

Aquellas palabras me parecieron como llovidas del cielo; había esperado mucho tiempo para poder escucharlas.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. Tuve que deshacer el equipaje y comprar varias cosas. Vengo de la biblioteca, le comuniqué a mi jefe que me reincorporo el lunes.

—Me alegra oír eso.

—La nota que dejaste en el buzón es preciosa, ¿de verdad sientes todo eso por mí?

—Ya sabes que sí —respondí y volví a besarte.

—Me gustaría tanto oírla de tu voz...¿Por qué no subes y me la lees?

—Claro, cariño.

Al entrar al salón, también descubrí que echaba de menos aquel precioso apartamento. Tu casa se había convertido en mi primer hogar, pasaba más tiempo allí que en la mía. Descubrí que tenías el caballete destapado y comprobé cómo habías avanzado en tu lienzo. Junto a un valle habías dibujado un lago y un embarcadero. Enseguida me di cuenta de que habías estado pensando en mí: era la casa de mi tío donde habíamos pasado aquel fin de semana.

Me senté en el sofá y me acercaste la nota.

—No la necesito, Chantalle. La conozco de memoria, la escribí pensando en ti.

La recité mirándote fijamente mientras volvía a sentir el brillo en tus ojos.

Cuando terminé, me besaste y dijiste:

—Es precioso, me ha llegado al corazón.

—Gracias, Chantalle. Me alegra que te haya gustado, pero es imposible plasmar con palabras lo que realmente siento por ti.

Aquella noche me quedé en tu casa, echaba de menos tus besos, tus caricias, tus abrazos y

pasar toda la noche junto a ti.

Por fin llegó el mes de agosto y, aunque las vacaciones se presentaban un poco más cortas de lo esperado por la visita que hiciste a tus padres, todavía nos quedaba una semana que decidimos aprovechar.

Fuimos a una agencia de viajes y estuvimos más de dos horas sentados ojeando diferentes catálogos. En un primer momento siempre te detenías en el mismo destino: París.

Tu gran ilusión era visitar los lugares en los que inspiraron sus obras los grandes maestros del impresionismo y, por supuesto, disfrutar de la ciudad de las luces y de su hermoso entorno, incluido Versalles.

Sin embargo, tal y como se habían desarrollado los acontecimientos en las últimas semanas, decidimos dejar ese viaje para más adelante y nos decantamos por un lugar tranquilo: una playa paradisíaca en la que poder descansar y volver a recuperar nuestro amor, si es que en algún momento lo habíamos perdido.

La segunda semana de agosto embarcamos en un avión rumbo a las Maldivas. Nos habían hablado mil maravillas de aquel lugar unos amigos que habían estado recientemente y, tras ver unas espectaculares fotografías de sus playas, decidimos que aquel era el lugar idóneo para pasar nuestras vacaciones.

Nos alojaron en un Resort rodeado de altas palmeras frente al mar, en unas cabañas de madera con techos de paja donde se disfrutaba de todas las comodidades.

Lo que más recuerdo de aquellas vacaciones son los paseos abrazados por las finas playas de arena blanca mientras los rayos de sol se confundían con tu precioso cabello.

Unas grandes rocas de arenisca blanca como el mármol hacían de aquel enclave un lugar único e irrepetible. Las palmeras, castigadas por el fuerte viento, se vencían hasta rozar la fina arena blanca y un pequeño grupo de monos gritaba sin cesar desde sus ramas; la suave brisa traía un fuerte olor a mar y sus transparentes aguas de un intenso color turquesa se confundían con tus preciosos ojos mientras nos bañamos.

Todas las tardes íbamos a cenar pescado con leche de coco en un bonito restaurante y, mientras el atardecer iba cubriendo el cielo, no podía apartar de mi mente aquella mirada tan cautivadora. De repente, una estrella fugaz atravesaba el cielo y pedí como deseo que aquel momento volviera a repetirse durante todos los atardeceres del resto de nuestras vidas.

Cuando regresamos de aquel viaje decidimos, por fin, irnos a vivir juntos. No sabíamos qué apartamento elegir: quizás el mío era más céntrico, pero el tuyo se había convertido en nuestra casa desde el principio y era mucho más acogedor y elegante. Finalmente, decidimos quedarnos allí. Solo tuve que apretarme un poco el cinturón, ahora tenía que pagar el alquiler de mi apartamento y el tuyo lo pagábamos a medias. Aquello pareció no gustarte demasiado, era como insinuar que si algo no iba bien me marcharía a mi casa, pero no quería perder un lugar tan bien situado en el centro. ¡Con lo difícil que era encontrar una buena vivienda en aquella ciudad!

Con el paso de los meses nos fuimos amoldando a nuestra nueva vida. Nos llevábamos bien, pero ya no salíamos tanto como al principio y, aunque nuestra ruptura quedó olvidada, supuso que

comenzáramos a desconfiar el uno del otro.

Un día regresaste del trabajo y cerraste la puerta de golpe hecha una furia.

Te acercaste a la mesilla, cogiste el mando y apagaste el televisor cuando estaba viendo el final de un partido de baloncesto.

Hice un amago de protesta justo en el momento en que dijiste:

—Tenemos que hablar, Roger.

—¿Tan importante es que no puedo acabar de ver el partido?

—Así es —respondiste con un tono glacial.

—¿Qué ocurre, Chantalle? —dije preocupado.

—Lo nuestro no funciona —sentenciaste de golpe—. Ya nada es como al principio.

—¿De qué estás hablando? —pregunté con los ojos abiertos como platos, sin entender nada y añadí en tono suplicante—. Yo creo que todo va bien.

—No, Roger —contestaste negando con la cabeza—. Ya apenas salimos de casa, ni planeamos nada. Has perdido todo el interés en mí.

—Eso no es cierto, Chantalle. Simplemente llevamos una vida más tranquila.

—Entonces estás más ciego de lo que pensaba —exclamaste elevando el tono de voz—. Estoy cansada de esta situación, nuestra vida se ha vuelto monótona.

—Pero eso tiene solución.

—No, Roger. Hace tiempo que estoy pensando en ello, y quiero que te marches.

Aquellas palabras me dolieron tanto como si me hubiesen clavado un puñal en el corazón. Te habías cerrado en ti misma de tal forma que nada de lo que dijera o hiciese te haría cambiar de opinión.

—Haré la maleta si es lo que deseas —repuse mientras te miraba fijamente a los ojos.

Tú asentiste con la cabeza, cabizbaja, y miraste hacia la ventana.

Tardé una hora en recoger mis cosas y, cuando salí por la puerta del apartamento, me volví y te dije:

—Aquí te dejo la llave. Si olvido algo, volveré a recogerlo otro día.

—No será necesario, ya lo enviaré a tu apartamento.

Los siguientes días intenté indagar entre nuestros amigos comunes intentando encontrar la razón que te había llevado a tomar aquella decisión. Nadie tenía ni la menor idea, es más, todos se quedaban bastante sorprendidos. Pensé que habías conocido a alguien que te gustaba más que yo, pero no averigüé que hubiese nadie más.

Te llamé varias veces y volvimos a vernos en un par de ocasiones en las que te pedí que volviésemos a estar juntos, pero en ambos casos te negaste en rotundo.

A pesar de todo lo que había luchado por conocerte, me faltaron las fuerzas para seguir averiguando el motivo y acabé rindiéndome.

Poco después, mi hermana me informó que cuando acabaste tu contrato decidiste irte a vivir a Chicago; no sé si encontraste un trabajo mejor o si lo hiciste porque no te apetecía volver a verme.

Pasaron los años y, como el tiempo lo cura todo, acabé olvidándome de ti.

Hasta que un día, cuando ya casi era incapaz de reconocer tu cara, te volví a ver en la Quinta

Avenida. No habías cambiado demasiado, continuabas siendo la mujer más hermosa que había visto jamás.

Ojalá no te hubiese vuelto a ver porque conseguiste que volviera a recordarlo todo una y otra vez. Y lo que es peor, aquí continúo añorándote como la primera vez que te vi hace mil años en Central Park y me enamoré perdidamente de ti.

Ahora solo me queda un camino, terminar de escribir esta carta, enviársela y contarte toda la verdad.

CAPITULO 2

Nueva York, 2010

I

Chantalle se encontraba sumida en un plácido sueño del que nunca quieres despertar cuando, de repente, escuchó el timbre de la puerta. Dio media vuelta en su mullida almohada y pensó que aquello formaba parte de su imaginación, pero, una vez más, regresó a sus oídos aquel molesto ruido. Miró el despertador y se preguntó quién sería a aquellas horas un sábado por la mañana.

Es que ni tan siquiera un fin de semana la podían dejar descansar en paz. Se puso rápidamente la bata que tenía colgada en el armario y bajó las escaleras con los ojos todavía entrecerrados.

—Ya va, ya va —gritó mientras bajaba los escalones lentamente para no caerse.

—¿Quién es? —preguntó junto a la puerta principal.

—¿Chantalle Miller? —contestó una voz aguda.

—Sí, soy yo.

Destapó la mirilla y comprobó quién había al otro lado.

—Traigo una carta certificada para usted —exclamó un tipo bajo y delgado con uniforme azul pálido.

Abrió la puerta y recogió la carta entre bostezos al tiempo que firmaba el recibo y le dedicaba una media sonrisa forzada al mensajero. No pensaba darle propina después de haberla despertado a esas horas tan intempestivas un fin de semana.

Luego fue a prepararse un café bien cargado a la cocina mientras soltaba la carta en la encimera. Cuando la cafetera silbó, Chantalle continuaba mirando el sobre como ensimismada; no tenía ni idea de quién podría mandarle aquello.

Comenzó a beber el café tan caliente que en un par de ocasiones se quemó la yema de los dedos y tuvo que soltarlo rápidamente en la mesa. Miró la carta una vez más al tiempo que se apoyaba en la lavadora. Aquella intriga podía aún más que el intenso sueño que comenzaba a desaparecer gracias a la dosis de cafeína que estaba ingiriendo.

Al fin, terminó el café y abrió el sobre utilizando el abrecartas que guardaba en el primer cajón del mueble bar del salón. Lo más curioso del caso es que el sobre no tenía remitente y aquello hizo aumentar aún más su interés.

Cogió la carta y comenzó a leerla sentada en el sillón de terciopelo a rayas verdes junto a la ventana del salón por donde entraba suficiente luz. Las primeras líneas le sonaron a chino mandarín, aquello parecía el inicio de una novela, lo que le desconcertó aún más.

Tras leer un par de páginas, de repente, llegó a unas líneas que le resultaron familiares: las del museo donde había trabajado años atrás. Fue entonces cuando casi se atraganta, salpicó de agua el sillón y toda la alfombra, soltando la botella de agua con gas que se había llevado a la boca. Ahora comenzaba a entender de qué iba todo aquello.

Chantalle continuó leyendo durante un buen rato, la carta era bastante extensa. Cuando acabó las últimas líneas se sumió en un estado catatónico, permaneció sentada en el sillón absorta en sus pensamientos incapaz de asumir por sí misma lo que había leído. Finalmente, se levantó y fue a llamar por teléfono.

—¿Patricia? —preguntó mientras llamaba a su mejor amiga.

—¿Qué ocurre, Chantalle? —respondió un tanto enfadada—. ¿Sabes qué hora es?

—Vístete. Te quiero aquí en treinta minutos como máximo.

—Pero, ¿has perdido la cabeza? —exclamó elevando aún más el tono de voz—. Es sábado. Podemos quedar a las doce en el centro comercial, hay una nueva colección de primavera en Grozen que es una maravilla.

—Ni te imaginas lo que ha sucedido esta mañana. No puedo esperar tanto.

—Como no sea algo realmente importante, te vas a enterar —contestó al tiempo que colgaba el teléfono.

Chantalle no hizo otra cosa durante aquellos interminables minutos que dar vueltas por la casa, corría a asomarse a la ventana cada vez que oía rugir el motor de algún vehículo junto a su valla.

Media hora después, vio cómo el coche de Patricia aparcaba frente a su jardín y corrió a abrir la puerta.

—Vamos, Patricia. Entra rápido —le urgió desde el porche.

—Pero, ¿qué ocurre Chantalle? Me estás asustando —dijo mientras atravesaba el jardín haciendo aspavientos con las manos.

—Toma, aquí tienes —repuso entregándole la carta en la mano nada más entrar por la puerta—. Siéntate en el sofá, la lees y después me dices si no es para estar histérica.

Patricia abrió la carta y comenzó a leerla mientras Chantalle no paraba de observarla.

—Disculpa, cielo, no te he ofrecido nada con tantos nervios. ¿Te apetece un café bien cargado?

—Me vendría bien. Esto es mucho más interesante de lo que pensaba.

Chantalle sonrió débilmente.

Unos minutos después, regresó de la cocina, puso la taza humeante sobre la mesilla de té y se sentó frente a ella.

—¿Sabes? Me encanta ese nuevo color castaño que llevas, realza tus enormes ojos avellanos mucho más que el rubio anterior.

—Gracias —le respondió Patricia agradecida al tiempo que cogía el café.

—No había visto nunca esa chaqueta negra que llevas, estás muy elegante con ella. ¿Los zapatos de tacón son aquellos que compramos en Goodman? ¿Los de siete centímetros?

—Para mí son imprescindibles. Sobre todo cuando eres bajita como yo.

Patricia continuó leyendo la carta. Cada poco tiempo sonreía y movía la cabeza una y otra vez.

—Voy a darme una ducha, cuando regrese me darás tu opinión.

Media hora más tarde, Chantalle bajó las escaleras con unos pantalones vaqueros lavados a la piedra y una camisa blanca con ribetes verdes.

Patricia la recibió con una amplia sonrisa mientras contemplaba uno de los lienzos que había pintado recientemente.

—Parece que te has divertido leyendo la carta —afirmó un tanto sorprendida.

—Más que divertida —contestó Patricia y, a continuación, volvió a sentarse en el sofá—. Tengo que admitir que me ha impresionado.

—Mí sensación no ha sido la misma —respondió Chantalle—, mientras la leí experimenté sorpresa, intriga, indiferencia, curiosidad...

—Está llena de sentimientos. Creo que es preciosa —añadió Patricia—. ¿Dónde está el problema, Chantalle?

—Llevo muchos años sin saber nada de Roger. No esperaba volver a tener noticias suyas nunca más.

—Haciéndote la dura como siempre, ¿verdad, Chantalle? —exclamó mientras continuaba sonriendo—. ¿No te sientes un poco halagada?

Ella se encogió de hombros un par de veces.

—Pero, ¿has leído bien la carta o continúas dormida? ¿No has visto todo lo que hizo para conocerte? —prosiguió elevando el tono—. Yo me sentiría como mínimo halagada, y mucho más, cuando continua acordándose de ti después de tanto tiempo.

—Es que no lo comprendo —replicó Chantalle—¿Todavía continúa pensando en mi? Aquello acabó hace muchos años. ¿Es que no puede admitirlo?

—Quizás lleves razón, ya sabes cómo son los hombres; siempre regresan tarde o temprano.

—Pues a mí no me apetece volver a verle —contestó tajante, se levantó del sillón y comenzó a pasear arriba y abajo del salón— Y mucho menos después del divorcio. No quiero más relaciones, ahora estoy bien.

—¿No crees que al menos merece una explicación? —le comentó Patricia mirándola directamente a los ojos—. No sabe por qué acabo vuestra relación, le habrá resultado difícil escribir esta carta.

—No comprendo por qué no acepta que todo acabó. Simplemente se acabó el amor, dejé de sentir nada por él. Ya no estaba enamorada.

—Y ¿por qué no se lo dijiste?

—Era un buen chico, no quería hacerle daño.

—Piénsalo bien, Chantalle. No tienes nada que perder, quizás cuando vuelvas a verlo se reavive la llama.

—¿De qué llama estás hablando? —repuso haciendo aspavientos con las manos frente al sofá donde estaba sentada Patricia—. Eres tan romántica como él, debería darte la carta y llamarlo en mi lugar. Estáis hechos el uno para el otro.

—La verdad es que no me importaría, si es como describe en su carta... —añadió intentando quitarle hierro al asunto—. El problema es que continúa enamorado de ti.

De repente, se hizo un largo silencio y Chantalle se puso a mirar junto a la ventana sin pronunciar palabra.

—¿Qué te parece si vamos al centro comercial? —le preguntó de repente Patricia—. Iremos de tiendas, seguro que te relajas y olvidas el asunto durante un buen rato.

Chantalle asintió con la cabeza.

Cogieron el coche y, en treinta minutos, llegaron al centro comercial. Ambas recorrieron diferentes escaparates: de moda, telefonía, decoración y la zapatería que andaban buscando.

Luego, entraron en una peluquería donde tuvieron que esperar un buen rato. Finalmente, las hicieron pasar y las sentaron una junto a la otra frente a un kilométrico espejo que ocupaba todo el largo del establecimiento.

A Patricia se le acercó una chica joven que llevaba poco tiempo empleada y le indicó que solo quería lavar y marcar. A Chantalle la atendió la encargada, a la que ya conocía de anteriores visitas, y le pidió que le hiciese un moldeado.

Después de unos minutos, Chantalle parecía absorta en sus pensamientos.

—¡Chantalle! despierta —le advirtió Patricia desde el sillón de su izquierda—. ¿Te encuentras bien?

—No paro de darle vueltas —repuso angustiada—. Pensaba llevar a los niños al parque cuando su padre me los devolviera y, ahora, mira qué plan.

—Y ¿sabe que tienes hijos y te has divorciado?

—No tengo ni la menor idea —respondió mientras el secador de mano hacía un ruido ensordecedor.

—¿Sigues teniendo su teléfono?

—No, pero recuerdo dónde trabaja: en la empresa de informática Blastone.

—¿Podría traerme la guía telefónica? —le preguntó Patricia a una de las empleadas.

—Pero, ¿qué vas a hacer? —exclamó Chantalle sorprendida.

—Voy a comprobar si continúa trabajando allí —contestó mientras soltaba una revista de moda que llevaba ojeando un buen rato.

—Aún no he decidido si quiero volver a verle —respondió sin parar de mover las manos—. ¿Qué voy a decirle después de tantos años?

—Tú déjame a mí —añadió cuando la empleada entregó la guía de teléfonos.

Patricia llamó con su móvil a la empresa. Conforme transcurría la conversación, su cara de incredulidad iba creciendo y Chantalle la miraba fuera de sí.

Le estaba poniendo los nervios de punta mientras esperaba y no dejaba de tocarle el brazo intentando que le contara algo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó casi gritando en cuanto colgó el teléfono.

—Roger está de vacaciones —hizo una breve pausa y exclamó—. ¡Agárrate! Se marcha a Somalia para ayudar en un campamento de Médicos sin fronteras.

—¿Cómo dices? —respondió sin entender nada.

La cara de la encargada, que continuaba peinándola, era un poema, pero no abría la boca.

—Lo que has oído —agregó Patricia de manera cortante.

Chantalle bajó la cabeza abatida.

—Pero, hay una buena noticia. Puede que todavía continúe en Nueva York.

—¿Por qué lo dices?

—La secretaria no recuerda qué día embarcaba —contestó al tiempo que volvía a coger la guía de teléfonos—. Voy a llamar a Médicos sin Fronteras.

Chantalle continuaba en su silla, sin parar de moverse, mientras Patricia se informaba de nuevo.

—Nos vamos ahora mismo —anunció Patricia levantándose del sillón y agarrándola de la mano—. Su barco zarpa hoy.

Pagaron la cuenta lo más rápido posible y salieron corriendo en dirección al ascensor que bajaba al parking.

—No entiendo nada, Patricia —respondió mientras se montaban en el coche—. Si pensaba ir a Somalia ¿Por qué manda la carta justo ahora?

—Déjame que la mire de nuevo —dijo mientras la sacaba del bolso de Chantalle y le echaba un vistazo—. ¿No has leído la fecha?

Chantalle negó con la cabeza.

—Estaba medio dormida.

—¡Es de hace tres días! —anunció con incredulidad.

—Maldito servicio de mensajería —respondió Chantalle enfadada.

—Seguramente fueron a entregarla y no estabas en casa.

Chantalle se encogió de hombros.

—No puedo ir de esta forma, —dijo, de repente, mirando su ropa—. me puse lo más cómodo que encontré.

—No hay tiempo para eso. Le gustas tal y como eres, no le importará demasiado lo que lleves puesto.

El coche salió del parking y se dirigió al puerto. Durante el trayecto, Chantalle continuó

pensando si aquello era una locura. No sabía si estaba haciendo lo correcto.

Le confesó a Patricia que albergaba serias dudas de volver a sentir un hormigueo en el estómago cuando se reencontrara con Roger.

Por extraño que parezca nunca habían visitado el puerto de la ciudad. Ese día las tranquilas aguas estaban revueltas y enormes olas rugían azotando las escolleras mientras un intenso olor a sal impregnaba el ambiente.

Dejaron el coche en una explanada y se dirigieron a la entrada.

—Disculpe, ¿podría decirnos cuál es el barco de Médicos sin Fronteras? —preguntó Patricia a un vigilante alto y delgado con cara de pocos amigos—. ¿El que zarpa hoy para Somalia?

—Al final del muelle —respondió de forma seca.

Por el camino comprobaron que aquel lugar era un constante hervidero de gente: enormes contenedores procedentes de todos los rincones del planeta se apilaban unos sobre otros hasta una altura superior a la de muchos edificios de la ciudad. Los estibadores descargaban a gritos las mercancías de los cargueros y un constante y ruidoso trasiego de carretillas elevadoras se desplazaba hasta las naves que servían como almacenes.

Unos metros más adelante, vieron cómo una gran multitud se agolpaba esperando a que bajaran la escalerilla de un gigantesco crucero para subir a bordo. A diferencia de otros lugares en los que se guarda cola, esperaban para embarcar sonriendo y bromeando felices mientras la tripulación se preparaba para recibirlos a bordo con la mejor de sus sonrisas.

Al fondo avistaron enormes petroleros descargando crudo, que era transportado en camiones cisternas a enormes plantas a las afueras de la ciudad.

Al llegar, encontraron varias personas trabajando en el lugar que les habían indicado.

—¿Podría decirnos cuál es el barco para Somalia? —preguntaron a un fornido estibador.

—¿Somalia? Es el que acabamos de cargar ¿verdad, James? —le comentó al operario que conducía la grúa y descargaba un pesquero—. ¿Es el de los médicos, no?

El operario asintió con la cabeza. Con el ruido de la máquina que conducía, apenas se escuchaba nada en aquel lugar.

—Tendrá que volver dentro de un mes, señorita. Se fueron hace una hora.

Las dos se miraron fijamente a los ojos con la misma cara de frustración, la carrera desde el centro comercial había resultado inútil.

—¿Está usted seguro? —le dijo Chantalle al estibador.

—Claro, guapa. Llevamos cargando el barco desde la cinco de la mañana. Es el único buque de médicos que zarpa hoy.

—¿Y regresan dentro de un mes?

El estibador asintió con la cabeza.

—Qué regrese el barco —agregó Chantalle con el rostro compungido— no significa que él vuelva a bordo.

Después de aquella mañana tan estresante regresaron a casa con la cabeza gacha, sin hablar demasiado durante el camino de regreso.

Cuando Chantalle salía del coche, le dijo a su amiga:

—¿Sabes lo positivo de este asunto?

Patricia negó con la cabeza.

—Que tengo un mes para decidir si continúo sintiendo algo por él.

Tres semanas después, Chantalle estaba sentada en el salón de su casa viendo la televisión y sus hijos corrían sin parar por la casa sin dejarle oír nada.

Cuando cambiaba de canal buscando dibujos animados para que se sentaran y la dejaran tranquila, apareció de repente en las noticias la fotografía de Roger.

—Callaos un momento, tengo que escuchar esto —les gritó a los niños mientras subía el volumen con el mando.

—Esta mañana se ha producido un ataque de la guerrilla somalí sobre varios centros del gobierno y un campamento de la organización de Médicos sin Fronteras. En el ataque dos médicos han muerto y varios cooperantes han resultado heridos.

Entre los heridos apareció la foto de Roger. Chantalle se echó las manos a la cara y corrió enseguida a llamar por teléfono.

—¿Has oído las noticias, Patricia? —le preguntó inquieta.

—Las acabo de ver, pensaba llamarte en este momento.

—Han herido a Roger —le comunicó con un hilo de voz—. Estoy muy preocupada.

—Lo imagino, Chantalle. Tranquilízate, seguro que no es nada.

—Me ha impactado cuando he visto su fotografía. Es como si no hubiese pasado el tiempo.

—Y ¿qué has sentido?

Chantalle se quedó en silencio durante unos instantes y añadió con un hilo de voz:

—Una profunda melancolía.

—Eso es que todavía te importa. ¿Qué piensas hacer?

—Necesito saber que está bien.

—¿Quieres que viajemos hasta allí? —le preguntó Patricia.

—Pero, África está al otro lado del planeta —respondió y, tras un breve silencio que se hizo eterno, añadió—. Está bien, dejaré a los niños con su padre.

—Esa es la Chantalle que conozco —contestó Patricia con una sonrisa.

—Compréndelo, no puedo dejarle herido en un lugar que no conoce a nadie. Ni tan siquiera sabe que he leído su carta.

—No te preocupes por nada. Yo me encargaré de comprar los billetes.

II

No existía ninguna aerolínea que volara directamente a Somalia, así que Patricia tuvo que reservar dos pasajes hasta Kenia y, desde allí, cambiaron de avión hasta Mogadiscio, la capital de Somalia.

Chantalle estaba acostumbrada a desenvolverse por sí misma y no solía pedir ayuda con facilidad. Sin embargo, aquel país perdido en el tercer mundo le generaba tal desconfianza que prefirió hacer el viaje acompañada.

Cuando bajaron por las escalerillas del avión una fuerte bocanada de aire cálido las atizo con tal fuerza que casi se desmayan en el acto. Tras echar un primer vistazo desde la pista de aterrizaje, se dieron cuenta realmente del lugar adonde habían llegado. El aeropuerto apenas contaba con cuatro pistas de aterrizaje y una de ellas estaba inutilizada por mal estado. La terminal era tan diminuta que cualquier estación de ferrocarril del Medio Oeste, a su lado, parecía el Hilton.

Recogieron el equipaje sin ninguna demora, ya que junto a su vuelo solo había llegado otro procedente de Egipto. A la salida los taxistas no dejaban de agobiarlas insistiendo para que montaran en uno de sus anticuados mercedes de los años sesenta, unos modelos denostados en los países occidentales y que las mafias acababan vendiendo a bajo precio en los países del tercer mundo. Junto a ellos, varios conductores particulares intentaban robar clientes a los taxistas ofreciendo sus viajes mucho más baratos.

Al final decidieron coger un taxi que les transmitía más seguridad, aunque tenían el convencimiento de que las estafarían de todas formas con la tarifa final.

Solo en el trayecto del aeropuerto a la ciudad, pudieron comprobar la situación real de aquel país. Desde la ventanilla del automóvil, observaron cómo la carretera estaba plagada de ríos de transeúntes que caminaban distancias descomunales, cargados de pesados fardos repletos de las más diversas mercancías que vendían en los mercadillos por un mísero salario que nos le llegaba ni para comer hasta final de mes. Las madres llevaban a sus hijos recién nacidos en pañuelos atados alrededor de su cuello mientras los más mayores caminaban descalzos a su lado semidesnudos.

La mayor parte del trayecto estaba plagada de improvisados puestos de madera donde vendían sus mercancías a gritos: verduras, frutas, bebidas y pequeños objetos de artesanía realizados a mano.

Al entrar en Mogadiscio, vieron cómo un coche atropellaba a una moto y se miraron horrorizadas. Unos minutos más tarde, un autobús chocó contra un taxi a la salida de una rotonda. La mayoría de los conductores no respetaban las casi inexistentes normas de circulación, no había apenas semáforos y todo el mundo hacía lo que le venía en gana. La primera impresión fue mucho peor de lo que habían imaginado, aquel país era un auténtico caos.

Por fin llegaron al hotel, uno de los pocos edificios altos de la ciudad.

Se registraron en la recepción y subieron directamente a la habitación, agotadas después de tantas horas de vuelo.

—Menudo cuchitril —exclamó Chantalle en cuanto el botones salió por la puerta tras subir el equipaje.

—No me hables de comodidades —respondió Patricia mientras se dejaba caer de golpe en la

cama de la habitación.

—De verdad ¿eras consciente del país al que nos dirigíamos cuando compraste el billete? —le preguntó Chantalle.

Patricia no hizo caso al comentario, abrió la maleta, colgó varias prendas en el armario de la habitación y colocó la ropa interior en los cajones. Acto seguido, se acercó la ventana y comenzó a abrirla.

—¿Te has vuelto loca? Si abres la ventana, entrará más calor.

Chantalle asintió, no había reparado en ello.

—No le des más vueltas, esto no son unas vacaciones en Miami. Apaga la luz y vayamos a dormir.

A la mañana siguiente se dirigieron a la embajada americana. Allí, les informaron que Roger no se encontraba en la capital. Sus heridas eran de gravedad y no habían podido trasladarlo al hospital; se encontraba en una aldea de montaña, a tres días de allí, en un campamento improvisado por la ONG.

—Esta situación es insostenible —explotó Chantalle conforme salía de la embajada—. ¿Cómo quieres que vayamos a una aldea de montaña en mitad de la nada?

—Contrataremos a un guía que nos lleve —respondió Patricia—. No parece tan difícil.

Chantalle negaba con la cabeza una y otra vez.

—Echo de menos mi casa y mis hijos. Me vuelvo en el primer vuelo a Estados Unidos —añadió mientras unos niños se acercaban a pedir limosna.

—Eso es imposible —le explicó Patricia al tiempo que sacaba los billetes del bolso y comprobaba la fecha—. Nuestro avión no sale hasta dentro de dos semanas.

—Está bien —repuso mientras repartía unas monedas entre los niños—. Confiaré en ti una vez más. Preguntaremos en el hotel si algún guía realiza el viaje.

El marine que estaba apostado en la garita de la entrada les advirtió que habían convocado una manifestación contra la embajada americana y, por su seguridad, era aconsejable que se marcharan de allí lo antes posible; las protestas contra el gobierno americano se estaban recrudeciendo en los últimos meses.

No tuvieron que esperar demasiado para encontrar alguien que las llevase hasta allí. Era temporada baja y el recepcionista les recomendó a un amigo que se había criado en aquella zona y conocía el camino a la perfección.

El guía las recogió a la mañana siguiente en un jeep y les recomendó que llevaran ropa de abrigo, ya que en aquella zona no paraba de llover durante aquella estación.

—Pero, ¿esto es África o el insufrible Seattle? —preguntó Chantalle casi gritando a las puertas del hotel, al tiempo que el guía comenzaba a subir el equipaje al techo del vehículo—. No hemos traído ropa de invierno.

—Tranquila —respondió Bekele, un somalí alto de penetrantes ojos y nariz aguileña que sería su guía durante aquel trayecto—. Conozco una tienda donde os harán un buen descuento.

—Este quiere hacer el agosto con nosotras —contestó volviéndose hacia Patricia con un hilo de voz para que no la oyese.

—No te preocupes, aquí todo es barato. La cena de anoche nos costó tres dólares al cambio.

Chantalle abrió los ojos de par en par sin creer lo que estaba oyendo.

El jeep atravesó media ciudad hasta que llegaron a una de las zonas más deprimidas de la urbe. La mayoría de las viviendas eran chabolas donde las medidas de higiene brillaban por su ausencia y las montañas de basura se amontonaban en las cunetas adyacentes, formando un enorme

estercolero foco de numerosas infecciones. Cerraron las ventanillas del coche a pesar del asfixiante calor, el olor era nauseabundo.

La tienda a la que les llevo Bekele no era más que otro precario puesto donde compraron dos chubasqueros de un color estridente y unos jerséis de lana de pésima calidad y de una talla que ni tan siquiera era la suya.

—Cuando lleguemos al campamento todo el mundo se reirá de nosotras —dijo Chantalle.

—No es la última moda, hay que reconocerlo —exclamó Patricia soltando una carcajada mientras subían al coche.

—Estamos horribles con ellos, no me puedo presentar con esto delante de Roger.

—No te preocupes más, todo irá bien.

Subieron al jeep y, tras media hora soportando un atasco insufrible por las calles de la capital, al fin llegaron al extrarradio. La carretera fue empeorando hasta que se convirtió en un camino de tierra en que el apenas existían varios tramos asfaltados. Tuvieron que ir soportando un bache tras otro, dando pequeños botes en el asiento de atrás agarrándose fuertemente al asa de las ventanillas.

A media mañana, todo comenzó a cambiar de forma repentina, el caótico entorno de la ciudad dio paso a un paisaje de una belleza abrumadora. La carretera se hallaba desierta, apenas se cruzaron con otros vehículos.

El paisaje se tornó del verde intenso de la sabana, las fuertes lluvias y los endebles arbustos que poblaban el entorno se exhibían en toda su plenitud. Junto a ello una rica fauna, donde sobresalía el suave canto de las aves. Al fin comenzaron a vislumbrar un ecosistema en el que no habían reparado cuando emprendieron el viaje. El caos de la ciudad dio paso a un entorno cautivador del que ni siquiera Chantalle pudo abstraerse.

Chantalle se levantó del asiento y asomó la cabeza por el techo descapotable mientras la suave brisa acariciaba su hermoso cabello.

—Ten cuidado, puedes salir disparada en un bache —le advirtió Patricia mientras la observaba clavándole sus ojos.

—Tranquila, cariño —respondió mientras le guiñaba un ojo—. Seguro que Bekele me agarra con esos brazos tan fuertes que tiene.

—Eres un caso perdido —le contestó haciendo un gesto de desaprobación con su mano.

—¿No dirás que no te has fijado? —le comentó con una sonrisa picarona—. Me acabo de divorciar, necesito divertirme.

Patricia sonreía mientras negaba con la cabeza. Bekele pareció no escuchar nada o, al menos, lo disimuló bien.

De repente, apareció una manada de elefantes a lo lejos: era una pequeña familia con una cría que parecía tener poco tiempo.

—Mira qué maravilla —dijo Chantalle señalando con su mano hacia un pequeño río.

—Justo detrás de aquellos arboles hay dos jirafas —añadió Bekele que, por fin, abrió la boca.

—¿Sabes qué? —preguntó Chantalle bajando del techo y volviéndose a sentar.

Patricia negó con la cabeza.

—Estoy impresionada, hubiera sido una pena perderse todo este espectáculo.

—Es cierto —afirmó Patricia—, pero recuerda a lo que hemos venido.

Chantalle la miró con cara de pocos amigos, no le gustaba que nadie le diese lecciones por muy amiga suya que fuese.

III

Cuando llegaron al hospital de Médicos sin Fronteras, bajaron del jeep con un fuerte dolor de lumbago, aunque la experiencia había merecido la pena.

El campamento estaba asentado en la ladera de una montaña con una formación de tiendas de campaña perpendiculares donde las más amplias servían como hospital de campaña improvisado y las más pequeñas como habitáculos para los miembros del equipo.

Mientras Bekele bajaba las maletas del jeep conocieron al médico de la ONG que se quedó sorprendido con su presencia.

Chantalle y Patricia le explicaron que habían visto su noticia en los informativos y venían a visitar a Roger. El médico se quedó sorprendido por la audacia o quizás sería mejor llamarlo insensatez de aquellas dos americanas, que al parecer desconocían que en aquel país había grupos que practicaban secuestros a pocas millas del lugar donde se hallaban, pero prefirió ahorrarse el discurso, ya tenía suficientes problemas como para verse envuelto en uno nuevo.

—Seguidme, os llevaré hasta su tienda.

La habitación era una carpa de mediano tamaño recubierta de lona para protegerla de la lluvia donde cabían seis personas distribuidas de forma rectangular. Los otros enfermos que ocupaban la habitación procedían de varias tribus cercanas. No quedaban más occidentales, los últimos habían sido trasladados recientemente a Mogadiscio.

Cuando se acercaron, Roger continuaba inconsciente. Tenía una barba poblada de varias semanas y sudaba a raudales. Fruto de la fiebre su apariencia dejaba mucho que desear, Chantalle se quedó perpleja al verlo, mientras que como Patricia solo había visto una foto en televisión su impacto fue menor.

El médico les informó que mejoraba lentamente de sus heridas, pero que todavía no había recuperado la consciencia y la fiebre no terminaba de bajar. En el ataque, había recibido restos de metralla en el abdomen y las piernas, aunque, por fortuna, ninguna bala lo había alcanzado directamente. A ello se unía la fiebre que había contraído.

Salieron de la tienda dejando a la enfermera que lo cuidaba a su lado y fueron a recoger el equipaje que Bekele había colocado encima de unas rocas para que no se mojase.

—¿Dónde podemos instalarnos? —le preguntó Patricia al médico.

—Os alojaréis con el resto de nuestro equipo en el lugar habilitado para las enfermeras.

—Gracias, doctor —respondió Patricia tan amable como siempre.

—Una cosa más —añadió el médico—, sois bienvenidas, pero mientras permanezcáis aquí, trabajaréis igual que el resto.

Patricia asintió con la cabeza mientras Chantalle puso cara de pocos amigos, pero no se negó a ello.

El campamento se oscureció rápidamente, se hacía de noche muy temprano en aquella latitud. Después de la larga travesía, ambas agradecieron irse a dormir tan temprano. Se metieron dentro de los sacos de dormir y se pusieron los jerséis de lana, ya que en aquel lugar hacía un frío espantoso por la noche. Estuvieron durmiendo sin parar cerca de dieciséis horas.

Al despertar, una fuerte lluvia arreciaba en el exterior, el clima de aquel lugar era insoportable. Chantalle se puso el chubasquero y fue a visitar a Roger mientras Patricia buscaba en la mochila una gorra por si el agua le calaba en aquella tela de tan ínfima calidad.

Chantalle notó de camino a la tienda cómo los nativos del campamento la observaban y sonreían cuando pasaba. Parecía que Bekele las había llevado a la peor tienda de todo Somalia.

Al entrar en la habitación, se quitó la capucha empapada y observó como Roger movía la cabeza de un lado a otro de su almohada, como si le hubiese subido la fiebre y comenzara a delirar.

—No tiene buen aspecto —le dijo a Patricia en el momento en que entraba por la puerta de la tienda—. Avisare al doctor.

Cuando el médico llegó, le tomó la temperatura y comprobó que la fiebre continuaba alta, le administro más antibióticos y dijo que solo podían esperar.

—¿Dónde estaba la enfermera? —le recriminó Chantalle.

—Estaba atendiendo a otros pacientes —le contestó el médico enfadado—. Su amigo no es el único que necesita atención médica en este lugar. ¿Les queda claro?

Chantalle asintió con la cabeza.

—Disculpe, doctor —le llamó cuando salía por la puerta—. Si le parece bien, nosotras nos encargaremos de él.

—Y realizaremos el resto de tareas del campamento —añadió Patricia rápidamente.

El médico asintió a regañadientes y regresó a su tienda. Patricia cogió una silla y se sentó junto a la cama. Al poco rato, la medicación le hizo efecto y se le pasó la fiebre, parecía mucho más relajado.

Pasaron toda la tarde junto a su cama viendo cómo evolucionaba. Por suerte, no tuvo ningún ataque más de fiebre. Esa noche decidieron que mientras una cuidaba a Roger la otra ayudaría en el campamento con los otros enfermos y se irían relevando después del almuerzo. El resto del tiempo lo pasarían descansando, no había mucho más que hacer en aquel recóndito lugar.

Al despuntar el alba, Patricia escuchó un ruido en la tienda contigua a la suya, se levantó y vio cómo el resto del equipo médico ya estaba desayunando. Despertó a Chantalle y se acercaron a comer algo. Al salir vieron como llegaban varios enfermos más de una tribu cercana.

El médico les dijo que una de las dos tendría que ayudarle, acabó siendo Patricia la que se presentó voluntaria. Chantalle había aceptado el acuerdo al que llegaron con el doctor, pero tenía miedo de que los nativos le transmitieran alguna enfermedad tropical como le había pasado a Roger; siempre que podía utilizaba como excusa que debía pasar todo el tiempo posible junto a él.

El día pasó sin sobresaltos, Roger continuaba sin experimentar ningún cambio. Aquella noche Chantalle se encontraba tan cansada que se fue a dormir y Patricia permaneció junto a él.

A los pies de su cama, leyendo un libro de Paul Auster con una pequeña linterna en su mano, pasaba Patricia las horas muertas en aquella oscura tienda mientras escuchaba cómo el resto de los enfermos tosía y roncaba constantemente.

Durante aquella noche, Patricia notó cómo Roger abría los ojos por primera vez.

Lo miró con una agradable sonrisa, le secó el sudor de la frente y le tomó de nuevo la temperatura; la fiebre había bajado por fin.

—¿Eres mi ángel de la guarda? —le preguntó Roger mientras le agarraba la mano tras despertarse.

—Estoy aquí para ayudarte —respondió Patricia y le devolvió la sonrisa.

—Pensaba que estaba en el paraíso —dijo casi en un susurro.

—Eres tan encantador como dice Chantalle. ¿Cómo te encue..? —

—¿Chantalle está aquí? —la interrumpió intentando incorporarse.

—Tranquilo, no debes moverte —lo advirtió echándolo hacia atrás—. Te lo explicaré todo.

Roger pareció calmarse un poco.

—Chantalle y yo somos amigas. Hemos venido en cuanto supo que estabas enfermo, llegamos a Somalia hace una semana.

—¿Lo dices en serio? —exclamó como un poco ido por la medicación.

—Has sido portada en todos los canales de televisión.

—Pues no sé si quiero ser famoso —contestó bromeando.

—Iré a despertarla —añadió al tiempo que le acariciaba suavemente el cabello—. Le diré que estás consciente.

—¿Cuánto tiempo llevo enfermo? —quiso saber de repente.

—Un par de semanas, pero mejoras rápidamente.

Roger asintió más calmado.

—Avisaré a Chantalle.

Cuando Roger la vio entrar por la puerta, fue como si no hubiese pasado el tiempo, quizás fruto de las décimas de fiebre que todavía contenía su cuerpo. Le pareció como si la viera aquella tarde en Central Park cuando los copos de nieve caían sobre su precioso cabello, que en esta ocasión se habían transformado en finas gotas de lluvia que habían mojado su pelo y se lo había recogido hacia atrás.

Se quitó el chubasquero mientras avanzaba hacia su cama y, sin mediar palabra, lo besó en la mejilla cariñosamente.

No sabía si habían pasado dos semanas como dijo su amiga o si eran miles de años desde la última vez que estuvieron juntos, pero le pareció como si fuese ayer mismo.

—Hola —dijo al fin y le cogió la mano tan suavemente como lo había hecho siempre— Veo que te encuentras recuperado.

—No podría estar mejor, continúas siendo la mujer más atractiva que he visto jamás.

—Creo que no se te ha pasado la fiebre —respondió mientras sonreía—. Sigues delirando.

—Siempre lo fuiste y lo seguirás siendo el resto de mi vida.

—Me gustó mucho tu carta.

Roger asintió con la cabeza.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —le preguntó mirándola fijamente a los ojos, intentando descubrir si todavía sentía algo por él.

—Me sorprendió tanto que me escribieras después de tanto tiempo... Mi amiga Patricia dijo que estaría loca si no volvía a verte.

—Entonces es cierto —reiteró con una tierna sonrisa—. Es un ángel que ha conseguido reunirnos.

Chantalle asintió con una sonrisa.

—Voy a buscar al doctor, le diré que estas despierto —añadió mientras se levantaba de la cama y se dirigía hacia la puerta.

Roger la llamó con un hilo de voz y le dijo que se acercara. Chantalle agarró su mano y él le susurró al oído:

—Daría cualquier cosa en esta vida por volver a besar tus labios.

Chantalle se quedó mirándolo un instante y lo besó suavemente.

Roger cerró los ojos pensando que aquello no era real. Al abrirlos, comprobó cómo el doctor se encontraba frente a ellos. Le dijo a Chantalle que debía reconocerlo y que no eran recomendables tantos excesos para el primer día.

Unos minutos después, Roger se volvió a quedar dormido por los calmantes, pensando que si

aquello era un sueño no quería volver a despertar nunca más.

La tienda de Roger solía ser tranquila, apenas tenía movimiento, tan solo alguna visita esporádica de familiares a los enfermos y las revisiones periódicas que el médico efectuaba a diario.

Una noche, ingresaron a un niño pequeño que tosía demasiado. A pesar de que Chantalle evitaba tener contacto con el resto de los enfermos, comenzó a preocuparse. Aquel niño de pelo rizado y profundos ojos marrones, le recordaba mucho a sus hijos, a los que ya comenzaba a añorar.

Fue corriendo a llamar al doctor y este le puso una inyección para que le bajara la fiebre. Sin embargo, cuando se marchó, el niño continuaba tosiendo sin parar y tuvo que volver a buscarlo.

— ¿Podríamos darle algo dulce para la tos? —le preguntó impaciente junto a su cama.

—Se han terminado todos los jarabes.

—Creo que tengo un bote en la mochila.

—Veo que las neoyorquinas sois previsoras.

—Las mujeres siempre lo somos —le contestó con una sonrisa.

El médico asintió.

Chantalle corrió hacia su tienda y, mientras buscaba en su mochila, estuvo a punto de despertar a Patricia. Atravesó el encharcado campamento, se acercó al niño y le dio un par de cucharadas. Después pasó la mano por su cabeza y comenzó a acariciarlo suavemente. El niño comenzó a tranquilizarse y ella le susurró una canción al oído hasta que finalmente se durmió.

Cuando volvió a sentarse en su silla descubrió que Roger se encontraba despierto, lo había visto todo. La recibió con una enorme sonrisa, le tendió la mano y se la apretó fuertemente.

Después de un par de días sin parar de llover, al fin cesó la lluvia y Chantalle fue temprano a visitar la tienda.

Roger se encontraba despierto cuando llegó y, esta vez, pudo verla con más nitidez, el efecto de los medicamentos ya no le nublaba la mente. Se fijó en que se había cortado el cabello, ya no lo tenía tan largo como antaño y, aunque le encantaba cómo lo llevaba cuando estaban juntos, descubrió que con aquella media melena justo por debajo de sus pequeñas orejas continuaba estando preciosa. Lo que si había cambiado era el color, ya no tenía el rubio dorado de años atrás, con el paso del tiempo se le había oscurecido y ahora alternaba las mechas rubias con otras de color castaño. Sin embargo, sus ojos continuaban siendo como dos esmeraldas recién pulidas por el más prestigioso de los joyeros de Tyffanys.

Al llegar a la cama volvió a besarlo.

—¿Podríamos repetirlo a diario? —le susurró al oído.

—Tendrás que hablarlo con mi padre —bromeó Chantalle.

—¿Qué plan tienes para hoy?

—¿Además de besarte? Cuidaré a algún enfermo más y comeré con mi amiga.

Roger asintió paciente.

—El doctor dice que la mejoría ha sido espectacular —añadió Chantalle—. Si continuas igual, podrás regresar con nosotras la próxima semana.

—¿Solo os quedaréis una semana más?

—Tengo dos hijos a los que cuidar y Patricia tiene que regresar al trabajo.

Roger asintió con la cabeza. No hizo ningún gesto que diese a entender que la noticia de sus hijos lo incomodara.

De repente, apareció el doctor para volver a examinarlo. Roger lo miró con cara de pocos

amigos; aunque cumplía con su obligación, siempre lo interrumpía cuando estaba con Chantalle.

Pasaron todo el día recordando anécdotas de cuando estaban juntos mientras Patricia no paraba de reír. Las enfermeras por fin habían regresado y ahora pasaban más tiempo los tres juntos.

A media mañana, el doctor le dio a Roger la mejor de las noticias: le permitió salir a dar cortos paseos durante los siguientes días.

Chantalle le tomó la palabra y, en cuanto salió por la puerta, ayudó a Roger a ponerse la ropa.

—¿Tienes unos zapatos que no resbalen? —le preguntó—. Afuera está todo encharcado, tendremos que ir con cuidado.

—En mi maleta hay botas de montaña, me servirán —respondió al tiempo que se incorporaba.

—¿Y ropa de abrigo?

—Un jersey de lana.

Chantalle asintió y le dijo:

—No te muevas de aquí, lo traigo enseguida.

—No pensaba ir a ningún lado —contestó con una sonrisa de oreja a oreja sentado sobre la cama.

Chantalle lo afeitó, le lavó todo el cuerpo y lo vistió. No lo había hecho nunca con ningún hombre, ni siquiera con su marido, pero no la molestó.

Cuando Roger se levantó de la cama con el jersey y las botas puestas, notó un ligero mareo después de tanto tiempo tumbado, pero Chantalle lo llevaba bien agarrado de la cintura y se le pasó rápidamente. Al salir por la puerta, notó el frío intenso en sus doloridos huesos. Sin embargo, no le importaba, estaba a su lado y se moría de ganas de dar un paseo por aquel maravilloso paraje.

A pocos metros de allí, se encontraba un pequeño riachuelo que serpenteaba montaña abajo, con el agua más limpia y cristalina que jamás habían visto.

Les costó trabajo llegar, entre el suelo resbaladizo y los días de inactividad de Roger, tuvieron que caminar muy despacio, pero no tenían ninguna prisa por llegar.

—¿Qué te parece si nos sentamos sobre esas piedras? —preguntó Chantalle—. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo intentaré —respondió agotado—. ¡Vaya lugar tan increíble! —añadió vislumbrando los saltos de agua que provocaban las rocas en aquel hermoso manantial.

Chantalle extendió una toalla sobre aquellas resbaladizas rocas. Cuando se sentó, percibió el olor a musgo viejo en su orilla, el frescor de las gotas de agua que saltaban sobre sus manos, el olor a tierra mojada por las abundantes lluvias y el aire fresco y puro que acariciaba su cara. A lo lejos, rugía una garganta con un inmenso caudal, fruto de las fuertes lluvias de aquella estación.

—Es casi tan bonito como aquel lago donde nos bañamos hace mil años.

—¿Nos bañamos? Serás caradura. Fuiste tú el que me tiro al agua, ¿recuerdas?

Roger sonrió, se acordaba como si fuera ayer mismo.

—¿Estás cómodo? —le dijo tras sentarse a su lado.

—No podría estar mejor —respondió sonriendo.

Chantalle comenzó a contemplar pequeños peces que descendían por el riachuelo, y permaneció en silencio durante un buen rato.

—No sé si es el momento oportuno para hablar de esto —dijo Chantalle, hizo una breve pausa y añadió bajando el tono de voz—. Todavía estás enfermo.

—Me encuentro bien, podemos hablar de lo que quieras.

—Tu carta era preciosa —respondió Chantalle—. Pero descubrí en ella que estuviste

mintiéndome durante mucho tiempo.

Roger bajó la cabeza avergonzado.

—Por más que lo he intentado no lo comprendo —argumento Chantalle—. ¿Por qué nunca dijiste que eras tú el que enviaba todos aquellos regalos? Me hacías sentir la mujer más deseada de este mundo.

—Solo lo hice porque quería conocerte, pero tuvimos la fortuna de hacerlo aquella noche en casa de mi hermana. Contarte la verdad solo hubiera supuesto complicar más las cosas.

Chantalle negó con la cabeza, no estaba de acuerdo con la explicación de Roger.

—Ni siquiera sabía si te gustaron los regalos. ¿Por qué arriesgarme?

—Que idiota eres, me encantaron.

Roger continuaba sin ser capaz de mirarla fijamente.

—Los regalos no me disgustaron. Lo que nunca te perdonaré es la pelea que tuvimos por salir con tu amigo —hizo una breve pausa—. Fuiste tú el que propició aquella cita, ¿recuerdas?

Roger asintió varias veces con la cabeza.

—Es cierto, Chantalle. Te pido disculpas por ello, aquel día se me fue todo de las manos. Tomé la peor decisión de mi vida.

—Ya no tiene solución, ocurrió hace muchos años.

Le levantó la barbilla para que la mirase a los ojos y le dijo:

—Prométeme una cosa.

—Lo que quieras —respondió volviendo a mirarla.

—Qué no volverás a mentirme —dijo mientras se acercaba y lo besaba en los labios.

—Te lo prometo, Chantalle.

Pasaron el resto de la mañana recordando miles de anécdotas.

En cuanto comenzó a oscurecer, regresaron al campamento. Fue el mejor día que pasaron en aquella montaña.

Al día siguiente, Roger vio cómo abrían la puerta de la tienda a duras penas, estaba cerrada a cal y canto por el fuerte viento que se había levantado. Esperaba ansioso, como todas las mañanas, volver a reencontrarse con Chantalle, pero en aquella ocasión fue Patricia la que apareció.

—¿Cómo está mi paciente favorito?

— Genial —contestó Roger que siempre se alegraba de verla—. ¿Continúa Chantalle durmiendo?

—Hoy no se encuentra bien —respondió torciendo el gesto—. Esta insoportable humedad le ha provocado una fuerte jaqueca, vendrá más tarde.

En ese momento, apareció el doctor hecho un basilisco dirigiéndose a Patricia.

—Os lo advertí, mientras permanezcáis en el campamento tendréis que ayudar como dos enfermeras más.

—Lo estamos haciendo —protestó Patricia.

—¿Estás segura? —le recriminó—. Ha llegado un nuevo grupo de enfermos y tu amiga se ha ido con ese guía a dar una vuelta en el jeep.

Patricia bajó la cabeza avergonzada sin poder mirar hacia la cama de Roger. Él se recostó en la almohada mientras notaba cómo una fuerte punzada le recorría el corazón. No sabía si Patricia le había mentado para no hacerle daño o para proteger a su amiga; supuso que ambas cosas eran ciertas.

—Lo siento, Roger —le dijo Patricia cuando abandonaba la sala junto al doctor para atender a

los nuevos pacientes.

—No te preocupes, tú no tienes la culpa.

Aquel día a Roger le volvieron los dolores y le tuvieron que administrar un par de calmantes. Desconocía si aquel desengaño había influido en el empeoramiento de su estado de salud, pero era evidente que cuando estaba contento mejoraba a pasos agigantados. Pasó toda la tarde durmiendo, era la mejor forma de poder olvidarlo.

Por la noche, apareció Chantalle igual de sonriente que siempre, como si nada hubiese pasado. Roger no sabía si Patricia no le había contado nada o es que le daba igual.

Al llegar, lo besó en la boca como todos los días, pero él apenas le devolvió el beso.

—¿Qué pasa? —exclamó Chantalle echándose hacia atrás.

—Necesito preguntarte algo —anunció de forma tajante.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué me dejaste?

—Ya estamos con eso —resopló mientras le cambiaba el semblante—. No lo sé, éramos muy jóvenes y necesitaba vivir nuevas experiencias.

—Yo también lo era y solo anhelaba estar contigo.

—¿No es suficiente con que haya venido? —le preguntó poniéndose a la defensiva.

—Claro, estoy encantado, pero necesito saber si esta vez me quieres de verdad.

—Llevamos unos días juntos, necesito tiempo. ¿Cómo quieres que te responda a esa pregunta?

—Yo te la hubiese contestado al instante —respondió apesadumbrado.

Chantalle se levantó de la cama hecha una furia y abandonó la sala sin cerrar la puerta.

Al día siguiente, no fue a visitarlo. Solo apareció Patricia pidiéndole disculpas una vez más. Le explicó que Chantalle se había enterado de todo lo que había ocurrido el día anterior.

—A mí tampoco me habla —le dijo Patricia—. Me echa la culpa porque descubriste que se marchó con el guía.

—¡Qué tontería! —contestó Roger—. Debería agradecerte que seas tan buena amiga.

El último día se despertaron más temprano de lo habitual y prepararon las mochilas. El jeep pasaría a recogerlas al mediodía. Finalmente, Roger no podría acompañarlas, el doctor dijo que todavía le quedaban un par de semanas más para recuperarse.

Chantalle entró por la puerta más sería de lo habitual. Roger continuaba enfadado con ella, pero cada vez que la veía la seguía encontrando tan irresistible como siempre, no podía dejar de quererla.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó fríamente.

—¿De las heridas o de nuestra discusión? —comentó con ironía.

—De ambas.

—Un poco mejor, estaba enfadado porque te fuiste con ese tipo de safari.

—Lo siento —añadió bajando la mirada—. Llevaba aquí muchos días, necesitaba despejarme un poco; acabas agotada cuando cuidas enfermos a diario.

—No te preocupes, lo comprendo —contestó sin estar demasiado convencido.

Ella asintió.

—Continúo sin saber lo que sientes realmente por mí.

—Necesito más tiempo, Roger. Lo siento.

Roger asintió bajando la vista y se hizo un incómodo silencio.

—Cuando vuelva a Nueva York te llamaré y hablaremos.

Se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta cuando Roger la llamó por última vez.

—¿No me das un beso de despedida? —le dijo de repente. Necesitaba sentir sus labios una vez más, no sabía si aquella sería la última vez que la besaría.

Chantalle se acercó y fue a darle un beso en la mejilla, pero él ya se sentía con fuerzas y la agarró entre sus brazos besándola intensamente.

Cuando se marchó, llegó Patricia que siempre lo alegraba con su presencia y se despidió cariñosamente.

Roger escuchó su voz por última vez desde su habitación cuando arrancó el jeep que las llevaría de regreso a la capital.

CAPITULO 3

I

Regresé a Nueva York prácticamente recuperado de mis heridas y de la malaria tres semanas después, aunque una herida más profunda continuaba abierta en mi corazón, sin saber si algún día cicatrizaría.

El doctor me recomendó guardar reposo y no hacer demasiados esfuerzos. Si cumplía sus recomendaciones, las dolencias irían remitiendo poco a poco; era un proceso lento y tedioso que debía tomar con calma.

Durante las dieciséis horas que duró el vuelo, no dejé de pensar si realmente continuaba enamorado de Chantalle. Había notado un cambio en muchos aspectos, ya no era la joven sensible y sonriente que había conocido años atrás, pero se me aceleraba el corazón cada vez que la tenía frente a mí; algunas veces no puedes evitar seguir amando a alguien por mucho daño que te haya hecho.

Sin embargo, reconozco que los años no solo habían pasado por ella, ahora me tomaba la vida con mucha más tranquilidad y sopesaba mis decisiones examinando a fondo los pros y los contras que podían ocasionar. Aquel caso no era una excepción, tenía que sopesar si merecía la pena intentar retomar aquella relación.

Tras unos días más de reposo, regresé al trabajo en el que, desde hacia varios años, me había convertido en mi propio jefe. Ser el propietario de una empresa exige mucho esfuerzo y sacrificio, pero también tiene su lado positivo y es poder delegar tu trabajo en alguien de confianza durante un determinado periodo de tiempo.

Tuve la fortuna de terminar un proyecto informático de gran envergadura años atrás y, con el paso del tiempo, conseguí la financiación necesaria para llevarlo a cabo.

Al principio no fue nada fácil, necesité un gran desembolso para promocionarlo en las redes sociales, numerosas campañas de marketing on line, videos virales en youtube, varias veces trending topic en twitter y aquello comenzó a subir como la espuma.

Aquella red social que programé para divorciados llamada “Second Chance” no llegaba a la altura de Facebook o Twitter, pero acabé convirtiéndome en multimillonario en solo un par de años.

Cuando llegó el fin de semana me encontré sin nada importante que hacer y pensé hacerle una visita a mi hermana que, seguramente, se alegraría de volver verme.

Entre la aventura africana y mi trabajo, llevaba varios meses sin poder verla ni a ella ni a la niña que, por supuesto, ya no lo era tanto: tenía veintiséis años y había comenzado a trabajar en un bufete de abogados de la Quinta Avenida.

La mañana era soleada y llegué bastante temprano, dejé el coche aparcado frente a la puerta principal y entré por la verja. Mientras cruzaba el jardín, comprobé cómo había crecido el árbol de la entrada y unas succulentas manzanas colgaban de sus ramas.

Mi hermana había plantado junto a la valla principal unos hermosos tulipanes de diferentes colores que desprendían un olor embriagador. Entre ellos, destacaba uno de color negro que brillaba como una noche de luna llena.

Subí los tres escalones del porche y llamé a la aldaba.

—Tío, Roger —exclamó Gina tras abrir la puerta y darme un abrazo. Su voz ya no sonaba tan

dulce como cuando era una niña, pero continuaba siendo encantadora.

—Estás preciosa, cariño —le respondí tras comprobar la gran mujer en que se había convertido. Cada día estaba más guapa.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó bastante preocupada—. ¿Te has curado de las heridas?

—Poco a poco, cariño.

—¿Y qué me has comprado? —añadió riendo a carcajadas.

—No has cambiado nada, en el fondo continúas siendo la misma niña de siempre.

Entonces llegó mi hermana y me dio un fuerte abrazo. No la recordaba tan cariñosa conmigo desde que éramos unos niños.

—Ven, siéntate en el salón —dijo cogiendo mi mano—. Seguro que estarás cansado.

Yo negué con la cabeza.

—Me encuentro bien, de verdad. He pasado unos meses complicados, pero aún no estoy para purés ni papillas —contesté mientras contemplaba en mi mano un cuadro de Gina de cuando era niña. El salón permanecía igual, el excelente gusto de mi hermana no había cambiado en absoluto.

Mi hermana sonrió.

—¿Sabes? Cuando me siento en este sofá recuerdo al pobre Tom. Siempre me servía un buen vaso de whisky.

Mi hermana asintió bajando la cabeza.

—Era un buen tipo, lástima lo de aquel accidente.

—Se que te caía bien —agregó mi hermana—. Pero mejor cambiemos de tema.

—De acuerdo —le respondí mientras veía la tristeza reflejada en su rostro—. Necesito hablar contigo en privado.

—Claro —asintió levantándose del sillón— Vayamos al porche. De repente, llegó un fuerte olor a carbón proveniente del jardín; estaban encendiendo la barbacoa.

Salimos por la puerta de la cocina y dejamos a Gina en el jardín bromeando con su pareja, un tipo alto y fornido, de torso escultural y con una abundante cabellera rubia que había conocido en Stanford; se encontraba preparando las pruebas de selección para el equipo olímpico de natación.

Nos sentamos en una cómoda mecedora que tenía desde que se mudó a aquella casa.

—¿Sabes que he vuelto a coincidir con Chantalle? —le comenté con un vaso de limonada helada en la mano.

—Es la primera noticia que tengo —respondió llevándose las manos a la cabeza.

—Le escribí una carta hace un par de meses —hice una breve pausa y miré de nuevo al manzano. No sabía si a mi hermana le parecía una buena idea que le hubiese escrito—. Fue a visitarme al campamento en Somalia.

—¿Ha volado hasta África? ¿Después de veinte años sin veros? Si no me lo contaras tú, no me lo creería.

Yo asentí con la cabeza.

El vecino de la casa de al lado pasó junto a la valla del jardín, saludó a mi hermana y le recordó una reunión de la asamblea de vecinos que tenían pendiente.

—¿Eso significa que volvéis a estar juntos?

Yo negué con la cabeza.

—Estuvimos charlando en el hospital de campaña. Al principio todo iba bien, pero un día descubrí que continuaba siendo la misma egoísta de siempre.

Mi hermana puso la mano sobre mi hombro con un gesto de complicidad.

—Creo que sigue sin quererme lo suficiente.

—¿Qué fue lo que hizo esta vez?

—Una mañana se largó de safari con un guía.

—Nunca pensé que Chantalle y tú lo dejaríais, érais la pareja perfecta —afirmó—. Pero desconocía que fuese tan egocéntrica.

—¿No has sabido nada más de ella en todos estos años?

—Perdimos el contacto cuando se marchó a Chicago. Supongo que habríamos mantenido cierta amistad si yo no fuera tu hermana.

De repente nos interrumpió Gina.

—La barbacoa está casi lista.

—Enseguida vamos —contestó mi hermana.

—No tenía ni idea de su regreso a Nueva York —murmuró pensativa—. Ni siquiera me ha llamado.

—Me comentó que tiene dos hijos pequeños —repuse apurando el vaso de limonada—. Creo que su marido continúa en Chicago.

—Y ¿qué piensas hacer? —preguntó tras un breve silencio.

—No lo sé, han pasado muchos años. Continúo igual de confundido que cuando lo dejamos.

—Ha recorrido más de medio mundo para verte.

—Es cierto —respondí bajando la mirada al suelo—. Pero no soportaría que volviese a hacerme daño.

—Llevas razón —agregó mientras volvía a darme un abrazo—. Debes pensarlo bien antes de volver a llamarla.

Aquel día mi hermana no paraba de sorprenderme, quizás la muerte de su marido le había hecho ver la vida con otros ojos.

Cuando llegamos al jardín, Gina estaba terminando de dar la vuelta a la carne en la parrilla mientras Steve, su nueva pareja, colocaba los platos sobre la mesa.

Fue entonces cuando hizo las presentaciones. Steve se encontraba atendiendo una llamada importante cuando llegué. Tras estrecharle la mano, nos sentamos en la mesa del jardín.

—El próximo mes es mi cumpleaños —me recordó Gina entre risas cuando comenzamos a comer.

—¿Qué regalo quieres esta vez? —le pregunté al tiempo que cortaba un trozo de asado.

—Recuerdo una promesa que me hiciste cuando tenía cinco años, una noche que estaba entre tus brazos y los de Chantalle —hizo una breve pausa como avergonzada—. Disculpa no pretendía recordarla.

—No pasa nada cariño. Hemos vuelto a coincidir hace poco.

—Me encantaría volver a verla —exclamó al tiempo que me servía en el plato ensalada de col—. Me caía genial.

—Lo sé —respondí. No me apetecía mucho continuar con aquella conversación y le di un pequeño giro—. ¿Te refieres a la gymkana con final en el Empire State?

Gina asintió sonriendo.

—Estuve informándome la semana pasada —intervino Steve—. Una sola noche cuesta veinte mil dólares. ¡Menuda pasada!

Yo asentí con la cabeza.

—Me gustaría hacerle un regalo como ese a Gina —prosiguió—. Pero no tengo esa cantidad de dinero.

Mi hermana me miró de reojo sonriendo y le adiviné el pensamiento: yo tampoco tenía el

dinero en su momento, pero no me importó dejar la cuenta en números rojos.

—Y ¿estáis viviendo juntos?

—Claro, no seas antiguo —contestó Gina entre risas—. Se mudó a mi apartamento el segundo día.

—Gina siempre habla muy bien de usted —comentó Steve mientras me acercaba una cerveza bien fría.

—Es mi sobrina preferida, ¿lo sabías? —le pregunté bromeando.

—Y también la única —agregó Gina sin parar de reír.

—¿Cómo te va en el equipo olímpico, Steve?

—Muy bien —aseguró—. Es duro entrenar a diario, pero al final tiene su recompensa. Con suerte, participaré en los próximos juegos de Londres.

Seguimos conversando durante un buen rato, me caía bien aquel chico y me alegré enormemente por Gina, había encontrado un buen empleo y la vida le sonreía.

La comida se alargó hasta las cinco y, al terminar, me despedí encantado de haber vuelto a coincidir con mi familia. Subí al coche y regresé a casa; ya no vivía en mi antiguo apartamento, me había mudado a un doble loft en el ala oeste de Central Park.

La conversación con mi hermana no me había aclarado demasiado, llevaba razón en que Chantalle había hecho un largo viaje solo para verme, pero continuaba sin tener claro qué decisión tomar.

Tras salir de un magnífico musical en Broadway, comprobé que hacía una espléndida tarde y decidí regresar paseando. Era más de una hora de camino, pero no me apetecía coger un taxi. Atravesé Time Square y fui ojeando con tranquilidad sus magníficos escaparates.

Al pasar por la puerta de uno de ellos, me pareció ver una cara conocida al fondo del establecimiento. Entré en la tienda sorteando clientes hasta que pude ver con claridad el rostro de la dependienta: se trataba de Patricia. Al principio no se percató de mi presencia, estaba terminando de envolver un regalo para una clienta. Después, levantó la vista del mostrador y me dedicó una amplia sonrisa. Esperé a que terminara y me acerqué mientras doblaba cuidadosamente un jersey de cachemir y volvía a ponerlo en el estante superior.

—¡Menuda sorpresa! Estás genial —dijo estrechando mi mano—. ¿Sabías que trabajo aquí?

—No tenía ni idea. Pasé por la puerta y me pareció verte.

—Claro, me extrañaba que lo supieras. No tuvimos demasiado tiempo para conocernos —añadió mientras miraba hacia su izquierda, donde un tipo grueso y moreno no le quitaba ojo. Supuse que sería el encargado—. ¿Cuándo regresaste?

—La semana pasada.

—No me ha comentado nada Chantalle.

—No la he visto aún —contesté bajando la mirada.

—¿Te apetece un café? —preguntó esbozando una bonita sonrisa—. Acabo en media hora.

—Claro, te esperaré en la puerta.

Me llevó hasta una pastelería francesa calle abajo donde servían unos exquisitos croissant rellenos de chocolate y unos crepes con nata que acompañamos con dos capuccinos.

—¿No piensas llamarla, verdad? —soltó, de repente, cuando cortaba con el cuchillo un trozo de croissant.

Me quedé en silencio mirándola fijamente. No sabía qué pretendía exactamente con aquella pregunta tan directa, pero me resultaba simpática y decidí responderle.

—Ya sé que sois amigas —contesté dando vueltas a mi taza—. Pero ¿crees que debería hacerlo después de lo que ocurrió?

—No estuvo bien lo que hizo aquel día, pero fue a buscarte en cuanto vio la noticia en televisión.

Yo negué sacudiendo la cabeza.

—Y, ¿cómo sé que no volverá a hacerme daño? —le pregunté inquisitivo.

—Si continúas sintiendo algo por ella, deberás correr ese riesgo. Si no lo haces, pasarás toda la vida lamentando no haberlo hecho.

—Creo que ella no tiene las cosas tan claras como tú —dije soltando la taza de café, que me estaba quemando la yema de los dedos.

—Es una buena chica —añadió pausadamente.

—Es cierto, pero no se si se aburre de todo con facilidad o es demasiado independiente. Quizás no sepa lo que busca en esta vida.

—¿Lo tiene claro alguien? —exclamó con ironía.

—Todos tenemos dudas y malos días, la perfección no existe, pero tienes que aceptar a tu pareja con sus defectos y virtudes.

—Creo que esa lección ya la aprendió —sentenció tajante—. Su matrimonio fue un fracaso desde el primer día.

Patricia acercó la taza hasta sus labios y bebió un poco de café mientras miraba pensativa.

—No deberías darle más vueltas, llámala esta noche —sugirió apretando mi mano como si me conociera de toda la vida.

—Chantalle tiene suerte de tener una amiga como tú. ¿Dónde estabas hace veinte años? Hubieras sido de gran ayuda.

—Gracias —contestó sonriendo.

Terminamos la merienda y le pregunté:

—¿Cómo vuelves a casa? No he traído el coche.

—Cogeré un Taxi, no te preocupes.

Salimos de la cafetería y la acompañé hasta la parada. La verdad es que amigas como aquella no se encuentran fácilmente y esperaba que, con el tiempo, también fuera amiga mía si retomaba mi relación con Chantalle.

Al final se hizo un poco tarde mientras regresé caminando y no la llamé aquella noche. Estuve sopesando los consejos que me habían dado Patricia y mi hermana durante toda la madrugada.

II

Un voraz apetito me despertó por la mañana y bajé a la cocina a prepararme unos huevos revueltos. Mientras los batía y echaba el aceite en la sartén, continuaba pensando si sería una buena idea volver a llamar a Chantalle, pero una frase de Patricia no paraba de martillar mi cabeza desde el día anterior. Necesitaba comprobar si aún sentíamos algo el uno por el otro, si no me pasaría el resto de mi vida pensando en ello.

Cogí el coche, miré cuál era la nueva dirección de Chantalle y la puse en el GPS. Aquel era un gran invento, ya no tenía que estar buscando su calle como lo hacía veinte años atrás. Media hora después, conduciendo por aquella jungla de asfalto me encontré frente a su casa; continuaba viviendo en Staten Island. Pero, esta vez había alquilado una pequeña vivienda con jardín en una manzana en la que todas sus casas parecían idénticas. Al bajar del automóvil, vi una floristería en el cruce donde empezaba la calle y le compré una docena de rosas; no eran tan originales como las multicolores, pero pensé que le gustaría el detalle.

Crucé la calle y atravesé la verja que se encontraba abierta. Tras titubear un poco, me armé de valor y llamé a su puerta. Cuando abrió, llevaba una bata de color azul con una mancha de leche en la parte superior. Su pelo aún se encontraba mojado, acababa de salir de la ducha y lo había recogido con una pequeña horquilla de color lila.

—¿Roger? —exclamó sorprendida al verme—. ¿Has vuelto?

—Regresé la semana pasada —contesté mientras le entregaba el ramo—. Estas rosas son para ti.

—Gracias, son preciosas.

—¿No me invitas a pasar?

—Claro, disculpa. No esperaba a nadie y estoy sin arreglar —abrió la puerta y pasamos al hall—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien. Los médicos dijeron que no debía esforzarme demasiado.

—¿Continúas enfadado conmigo? —preguntó tras entrar en la cocina y dejar las flores en agua.

—Ya se me pasó —contesté mirando fijamente a sus ojos, que habían perdido aquel brillo que me volvía loco años atrás.

Un incómodo silencio se hizo entre nosotros hasta que deslicé la yema de mis dedos por su cabello, la atraje hacia mí y comencé a besarla. Cuando me detuve, me miró con unos ojos rebosantes de deseo que no recordaba haber visto en ella.

Le quité la bata de un tirón y la empujé contra la encimera mientras se subía sobre mi cintura. Comencé a besarla con más intensidad por cada poro de su cuerpo y acabamos haciendo el amor con tanta pasión como no recordaba en muchos años.

—¿Todavía me quieres? —preguntó abrazada a mi cintura entre las sábanas de seda de su cama.

—Nunca he dejado de quererte, pero no me dejaste más opción que olvidarte cuando comprendí que tú ya no me querías.

—¿Qué equivocado estabas! —respondió enfadada.

—¿Qué quieres decir? —exclamé apartándola de mí.

—Te quería tanto —murmuró y una lágrima cayó por su mejilla—, que no soportaba seguir sufriendo a tu lado viendo cómo ya nada era como al principio.

—¿Nunca dijiste nada? ¿Por qué no intentaste arreglarlo? —contesté elevando el tono de voz y bajé la mirada un instante—. No podías pretender que todo fuese perfecto.

—Ahora lo sé, pero en aquellos momentos dejé de estar enamorada. Ya no sentía que fueses el hombre de mi vida.

—Poniendo de nuestra parte lo hubiésemos solucionado con facilidad —repetí un par de veces con la cabeza gacha, pensando en lo mal que lo había pasado cuando me dejó.

—Quizás lleves razón, éramos casi unos niños.

Se hizo un silencio incomodo y Chantalle comenzó a llorar en mi hombro.

—Si te hice daño, espero que algún día puedas perdonarme —le dije acariciando su cabello.

—No tienes por qué disculparte —añadió enjugándose las lágrimas—. Seguro que yo también te lo hice a ti.

Yo asentí con tristeza.

—¿Te gustaría que volviéramos a intentarlo? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—¿Estás segura, Chantalle? —respondí sin llegar a creer lo que estaba oyendo.

Ella asintió con la cabeza y volvimos a besarnos.

—Vístete —le pedí levantándome de repente de la cama.

—¿Para qué? —repuso mientras me miraba atónita.

—Quiero llevarte a un sitio esta mañana.

—Pero tengo que recoger a los niños a las tres —agregó sin entender nada.

—Tenemos tiempo para ir hasta allí y comer algo juntos. Después te llevaré al colegio —respondí mientras me vestía.

—¿Dónde quieres llevarme?

—Es una sorpresa

—¿Otra sorpresa? —exclamó mientras se dirigía al cuarto de baño.

—Antes te encantaban.

—Y todavía lo hacen —afirmó sonriendo.

Al bajar las escaleras del salón principal, me fijé en que la decoración apenas había cambiado. Tan solo distinguí algunos lienzos nuevos y una multitud de juguetes y retratos de sus hijos.

—Veo que tus gustos continúan siendo los mismos.

Chantalle asintió con la cabeza.

—Me llevé mis muebles a Chicago. El año pasado regresaron conmigo.

En ese preciso momento, me fijé en el lienzo que colgaba encima de la chimenea: era el mismo que comenzó a pintar cuando estábamos juntos años atrás.

—¿Es este el lago junto a la casa de mi tío?

Chantalle asintió sonriendo.

—Me llevó acabarlo más de dos años. Cada vez que lo veo me recuerda a ti.

—¿Entonces nunca me olvidaste? —pregunté lleno de satisfacción.

Chantalle negó con la cabeza mientras bajaba ligeramente la mirada. Levanté su barbilla con mi mano y la besé suavemente.

—Otro día me enseñarás el resto de la casa —dije tras mirar el reloj.

Salimos de allí y cogimos el coche. Durante el trayecto fue contando anécdotas de sus hijos hasta que llegamos a un parking subterráneo anejo a Central Park. Cruzamos la calle y entramos por el mismo lugar por donde lo hice veinte años atrás, bajamos por la colina y atravesamos los olmos centenarios hasta que llegamos al puente.

—¿Desde este lugar me viste por primera vez? —preguntó tras recordar mi carta.

—Así es, es mi sitio preferido. Siempre que estoy solo o deprimido regreso aquí.

Ella asintió sonriendo.

—Me recuesto sobre el puente y pienso en aquel día, en tu elegante abrigo rojo y tu preciosa sonrisa.

Me situé detrás de ella, la abracé por la cintura y ella apretó fuertemente mis manos. Fue la primera vez que contemplé aquel maravilloso paisaje a su lado.

—Siento no recordar aquel día —respondiste girando tu cabeza—. Será uno de mis lugares preferidos a partir de ahora.

—¿Ni siquiera te sonaba mi cara cuando nos vimos en el museo?

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, cariño. No la recordaba.

—No importa —contesté mientras la besaba.

Continuamos abrazados en silencio un buen rato, luego miré la hora y le dije:

—Es tarde, vamos a comer algo. Conozco un restaurante hindú cerca de aquí. ¿Te sigue gustando la comida oriental?

—Claro.

Al mediodía la dejé frente al colegio. Antes de arrancar, comprobé cómo sus hijos corrían a abrazarla, no tenía la menor duda de que era la mejor madre del mundo, recordaba perfectamente lo cariñosa y tierna que siempre era con Gina.

No pude verles con claridad, pero los dos se parecían muchísimo a su madre.

No tenía ni idea de cómo era el padre ni me interesaba lo más mínimo, por mi podría continuar toda la vida en Chicago.

Aquel reencuentro fue casi tan especial como cuando nos conocimos, siempre estábamos deseando tener un rato libre para poder vernos a solas.

Las cosas ya no eran como antaño, tenía que cuidar de sus hijos y trabajaba a turno partido en una tienda de antigüedades. En realidad, tenía poco tiempo para mí, pero me conformaba con seguir pasando a su lado todo el tiempo que fuese posible.

Muchas veces la recogía en su trabajo a la hora del almuerzo y comíamos juntos, y, algunos fines de semana, la visitaba en casa. Lo que supuso que conociera a sus hijos.

Chantalle había regresado desde Chicago hacía solo un año y los niños añoraban a su padre, ambos soñaban con que algún día volverían a estar juntos. El padre solo iba una vez al mes a verles y, a veces, incluso tardaba dos meses, tiempo durante el cual yo no aparecía por allí.

Jennifer era una niña de poco más de siete años que había heredado la belleza de su madre, siempre estaba corriendo por el jardín con su larga melena de bucles dorados y una sonrisa eterna que hechizaba a todos los que teníamos la fortuna de conocerla. Sin embargo, no había heredado el amor que su madre sentía por la pintura, a ella le apasionaba la literatura; se pasaba todo el día leyendo cuentos y, siempre que podíamos, leíamos juntos y reíamos sin parar.

Por el contrario, George, de ocho años, tenía unos rasgos muy finos y era bien parecido, pero no poseía toda la belleza de su madre. Estaba todo el día jugando a la PlayStation y practicando deportes. A pesar de ser un chico, me costó mucho más trabajo conseguir su amistad, por que estaba mucho más unido a su padre que la niña. Decidí ir paso a paso con él y darle tiempo.

III

Una tarde de enero, George, el hijo de Chantalle, actuaba en una obra de teatro que se celebraba en el colegio y le prometí a su madre que acudiría a la función. Me comentó que la obra sería el viernes por la tarde, realicé los cambios oportunos en mi agenda y lo dejé todo solucionado para asistir sin ningún problema.

Tres horas antes de la función, cuando me cambiaba en casa para dirigirme al colegio, recibí un whatsapp en el móvil de Chantalle. «Decía que la actuación se había pospuesto para la semana siguiente debido a un corte de luz que afectaba a toda la manzana».

Me puse ropa cómoda y pasé toda la tarde trabajando en un nuevo proyecto que tenía entre manos y acaparaba todo mi tiempo libre. Comencé a dedicarle incluso más horas que a mi propia empresa, algo que me recriminaban algunos dirigentes del consejo de administración y, aunque llevaban parte de razón, el negocio funcionaba tan bien que con tan solo supervisarlo mensualmente era suficiente.

Aquel nuevo proyecto me resultaba tremendamente apasionante.

A las nueve de la noche, mientras tomaba un sándwich en el salón y ojeaba varias páginas en internet, sonó el móvil; era Chantalle.

—Dime, cariño —contesté con la boca llena.

—¿Cómo has podido hacerle esto a George? —dijo con un tono de voz que no recordaba desde hacía años—. Comenzaba a confiar en ti y me has vuelto a decepcionar —agregó mientras lloraba.

Solté el sándwich en el plato y me levanté de golpe sin entender nada.

—¡Chantalle! ¡Chantalle! —le grité—. No llores. ¿De qué estás hablando?

—De la obra de teatro. He pasado toda la tarde mirando hacia atrás desde mi butaca esperando a que entraras por la puerta.

—Pero tengo un whatsapp avisándome de la cancelación.

—No sabía que te hubieses vuelto un mentiroso compulsivo con los años —respondió airada—. Yo no he mandado nada.

—Lo tengo en mi móvil —exclamé desesperado—. Ahora mismo voy a tu casa y te lo enseño —escuché cómo me colgaba el teléfono sin dejarme acabar, era evidente que no me creía.

Llegué sobre las diez y me hizo esperar en el recibidor más de un cuarto de hora. Estaba tan enfadada que no quería abrir la puerta.

—Entra —dijo al fin, tras comprobar desde la ventana cómo me estaba helando de frío sentado en la escalerilla. La temperatura no superaba los dos grados.

—Mira el mensaje —le dije señalando la pantalla de mi móvil nada más cerrar la puerta.

—Pero no es posible —respondió mirando con la boca abierta como el whatsapp provenía de su teléfono—. Pero... pero... yo no he mandado este mensaje.

—Pues alguien ha sido —exclamé tan sorprendido como ella—. ¿Estás segura de que no han sido tus hijos?

Escuché un ruido en la planta de arriba y supuse que habíamos despertado a los niños, así que bajé el tono de voz.

—Estoy convencida de que no harían algo así. Los educo para que respeten a los demás.

—Y ¿su padre? —pregunté mientras me quitaba los guantes y trataba de calentar mis manos—.

¡Quizás los haya influenciado!

—Averiguaré lo que está pasando, te lo aseguro —añadió intrigada, y, entonces, fue cuando reparó en mí por primera vez—. Estás congelado, perdóname. Te prepararé un té bien caliente.

Yo asentí con la cabeza.

Fuimos hasta la cocina y le agradecí aquel té mucho más de lo que imaginaba.

—Siento haberte gritado —dijo apoyada sobre la encimera con la cabeza gacha—. Y llamarte mentiroso.

—No te preocupes —la tranquilicé al tiempo que apuraba mi taza—. Comprendo tu reacción.

—Te hubiese encantado la función. Todos los niños iban ataviados con trajes de época. Han representado Caperucita Roja en un hermoso escenario.

—Estoy convencido de ello, quizás el próximo año —respondí con tristeza.

Terminé mi té, le di un beso y me despedí. Era demasiado tarde y tenía que regresar temprano al trabajo.

Estábamos realizando el balance del último trimestre en la oficina cuando, de repente, apareció Wendy, una rubia de estatura media, nariz respingona y profundos ojos azules que arrastraba fuertemente las eses al hablar.

Hacía más de tres años que no la veía. Habíamos estado saliendo durante varios meses cuando trabajábamos juntos en la oficina, pero pretendía llevar nuestra relación más allá y no tenía claro que fuese la mujer de mi vida. Finalmente, acabamos separándonos y, unas semanas después, cambió de trabajo.

Me sorprendió mucho volver a verla. No me apetecía en aquellos momentos volver a tener relación con otra ex pareja, mi relación con Chantalle ya era lo suficientemente complicada como para añadir un tercer elemento.

Entró en mi despacho y cerré la puerta al instante, no sabía cuáles eran sus intenciones. La última vez que nos vimos, montó un numerito en un bar de la novena con la treinta y dos y, por poco, acabamos en comisaría.

Esta vez no tenía la intención de discutir, ni mucho menos, y tampoco pretendía retomar nuestra relación. Estaba pasando una mala racha, la habían despedido de la empresa en la que llevaba varios años trabajando y tenía graves dificultades para pagar el alquiler.

Enseguida fui consciente de que me estaba contando la verdad, muchas personas que llevaban años en la misma empresa se estaban quedando sin empleo. Le dije que no se preocupara y le presté algo de dinero mientras encontraba un nuevo empleo.

Cuando salió del despacho, pensé que podía hacer algo más por ella e hice un par de llamadas. Uno de mis clientes me comunicó que podía contratarla para el departamento de compras internacionales durante una temporada.

Salí corriendo, subí en el ascensor y cuando llegué a la planta baja la vi saliendo por la puerta principal del edificio. La alcancé justo cuando se disponía a cruzar la calle. Le dije que le había conseguido un empleo de seis meses en una empresa de confecciones, se acercó y me dio un fuerte beso en la mejilla esbozando una gran sonrisa.

Esa tarde me fui a casa satisfecho por haber podido ayudarla. Durante el trayecto, recordé que aquella había sido mi relación más larga durante aquellos años; el resto de mujeres que habían pasado por mi vida habían sido relaciones esporádicas de una noche o, a lo sumo, unas semanas. Las solía conocer en algún pub cuando salía a tomar una copa con los amigos y, al otro día,

desaparecían de mi vida. No sabía si tenía miedo al compromiso o simplemente buscaba una persona que fuese tan especial como Chantalle y eso era bastante complicado de conseguir.

Al día siguiente, fui con Chantalle a pasear al jardín botánico. Mientras contemplábamos las más fascinantes especies de plantas y aves, me dijo que su amiga la había llamado para ir a cenar los tres juntos aquella semana.

—Claro, Chantalle —le respondí—. Patricia me cae genial, tienes suerte de tener una amiga como ella.

Fuimos hasta una pizzería en Little Italy. A Patricia le encantaba la comida italiana y dejamos que fuese ella quien eligiera el restaurante.

La pizzería estaba en un bajo al que se accedía descendiendo por una diminuta escalerilla que conducía al establecimiento, aquel tipo de estructura era habitual en los locales construidos en la ciudad antes de los años cincuenta.

Nos recibió un camarero de tez morena con grandes ojos marrones y nariz achatada, de sonrisa perpetua.

—¿Les apetece una mesa junto a la ventana o un reservado al fondo? —nos preguntó.

Habíamos llegado demasiado temprano al restaurante: éramos los primeros clientes de la noche y los fogones ni siquiera estaban encendidos.

—El reservado estará bien —afirmó Patricia.

El ambiente era muy acogedor, manteles a cuadros rojos y blanco, música tradicional napolitana, fotografías enmarcadas con los principales monumentos italianos y un inconfundible olor a orégano y albahaca que impregnaban hasta el último rincón de aquel pintoresco restaurante.

La mesa donde nos sentaron estaba presidida por una botella de lambrusco junto a varias velas consumidas por el paso del tiempo que nuestro camarero encendió nada más tomar asiento. A nuestra izquierda, colgaba de la pared un lienzo de la bahía de Nápoles, donde se divisaba el monte Vesubio al fondo.

Nos sirvieron como entrante unas aceitunas negras y una pequeña copa de licor dulce que estaba exquisito.

—¿Qué os parece el lugar? Estuve con unas amigas el mes pasado.

—Es muy romántico y el camarero parece simpático —confesó Chantalle.

—Los italianos siempre lo son, es su carácter mediterráneo —les comenté—. Además de galantes con las mujeres. Creo que nos os dejaré a solas esta noche.

Ambas sonrieron.

—A Patricia no le vendría mal —añadió Chantalle con una sonrisa de complicidad—. ¿No crees?

Observé cómo Patricia se sonrojaba fácilmente y solo asentí con la cabeza.

El camarero apareció al instante y tomó nota con suma rapidez. Chantalle pidió lasaña gratinada con queso y bechamel; Patricia, una pizza funghi con champiñones; y yo, me decanté por unos espaguetis a la carbonara espolvoreados con mucho orégano.

Comenzamos a recordar el viaje a Somalia y les conté varias anécdotas que me sucedieron cuando regresaba. Al rato, un exquisito olor a pizza recién hecha sobrevoló nuestra mesa.

Cuando llegó el postre, pedimos un tiramisú y el camarero nos invitó a unos chupitos de licor

de limonchello.

—¡Mmm! Me encanta este licor —exclamó Chantalle mientras saboreaba su dulce sabor—. ¿Compramos una botella?

Yo asentí con la cabeza.

—Voy a preguntar el precio.

Se levantó y fue hasta el fondo de la barra, donde el camarero estaba preparando unas cervezas de barril para otra mesa que acababa de llegar.

—Tengo algo que contarte —susurró Patricia.

—Te escucho —le respondí acercándome a ella.

—Quizás no debería contarte esto —admitió preocupada—. Ahora Chantalle y tú sois mis amigos.

—¿Es sobre Chantalle? —le pregunté intrigado.

Ella asintió un tanto avergonzada.

—Habla con tranquilidad, entre el sonido de la música y lo lejos que está la barra no escuchara nada.

—La semana pasada cuando su marido fue a visitar a los niños —hizo una breve pausa como sintiéndose un poco culpable por lo que me estaba contando—, fueron a cenar por la noche.

—No sabía nada —repuse confundido—. Durante la semana solo nos vemos en el almuerzo y alguna que otra tarde.

—Sería por algún tema sobre la custodia de los niños —agregó Patricia, intentando quitar hierro al asunto.

—Es posible —contesté resignado mientras tomaba el resto del limonchello de un solo trago—. Pero esos temas los pueden solucionar en casa.

—Cuidado, ya regresa —me interrumpió Patricia de repente.

—Mirad qué maravilla de botella. ¡Un litro y medio! Y solo me ha costado siete dólares —dijo con una enorme sonrisa—. Vendremos más veces a cenar.

—Claro, Chantalle —le respondí sonriendo mientras soportaba el mal trago.

Se hizo un breve silencio cuando Chantalle guardó la botella en una bolsa.

—Podemos ir a ese pub donde sirven daiquiris —le dije tras pagar la cuenta.

—Me apunto —comentó Patricia entusiasmada.

Estuvimos en un pub con decoración hawaiana donde servían unos exquisitos cocteles a la orilla del río Hudson. Hacia las tres de la mañana dimos la velada por finalizada.

Aquella noticia me repateó el estómago. No tenía ni la más mínima idea de que siguiera saliendo con su marido cuando este venía a visitarla y desconocía por completo si les apetecía algo más. Fue inevitable que las dudas volvieran a mí cabeza, comencé a pensar que solo estaba conmigo para pasar el rato y que cualquier día me volvería a abandonar.

De todas formas no pensaba complicarme la vida y, en cuanto llegó el lunes, dejé de pensar en ello y volví a involucrarme en el nuevo proyecto. La verdad es que me estaba absorbiendo más tiempo del que esperaba, no tenía ni la menor idea de cómo funcionaba y me costó mucho ir aprendiendo aquel oficio. Conforme pasaban las semanas me hacía ausentarme de la ciudad cada vez por más tiempo; le ponía la excusa a Chantalle de que iba a captar nuevos clientes para mi empresa en California y en el Medio oeste donde intentábamos expandirnos. Comencé a notar que no le agradaban mis ausencias, pero un compromiso ineludible me impedía renunciar a ello.

IV

Regresé un jueves por la mañana del vuelo de San Francisco cuando, de repente, sonó el teléfono mientras recogía mi equipaje.

—¿Tienes mucho trabajo esta tarde? —preguntó mi sobrina Gina.

—¿Qué ocurre, cariño? —respondí al tiempo que cogía la maleta de la cinta transportadora—. ¿Va todo bien?

—Sí, genial —contestó—. Tengo que comprarle un regalo a Steve y solo conozco a una persona que pueda ayudarme.

—A ver si adivino...—añadí sonriendo—. Tu viejo tío.

—No digas tonterías, te conservas muy bien para tu edad.

—Gracias, continúas siendo mi sobrina preferida —le respondí mientras arrastraba la maleta por la terminal.

—¿Podríamos vernos en Saks sobre las dos?

—Allí estaré —le confirmé cuando el taxista guardaba mi equipaje en el maletero.

Los almacenes estaban repletos de gente, como de costumbre; no se podían dar ni dos pasos seguidos. Cada día me gustaba menos ir de compras, pero no podía negarle nada a Gina, era como la hija que siempre soñé tener con Chantalle.

Cuando llegué, la vi mirando unos bolsos de Prada en la planta baja, iba vestida con una falda de volantes y una camisa blanca con botones dorados.

—Ya veo que el regalo es para Steve —le dije mientras la sorprendía por la espalda y se sobresaltaba un poco.

—Vaya susto —comentó al darse la vuelta y besarme en la mejilla—. Miraba algunas cosas. Para el regalo de Steve ya te tengo a ti.

—¿Y qué le gusta a nuestro amigo? Dame alguna pista.

—Los deportes, como a la mayoría.

—¿Solo eso? —repuse con cierta ironía.

—Aparte de mí—contestó sonriendo—. No mucho más.

—¿Qué te parece si le demuestras cuánto lo quieres?

—No te comprendo —exclamó muy sorprendida.

La agarré de la mano y la llevé a la séptima planta, donde los Knicks de Nueva York tenían una franquicia.

—¿Te gusta el baloncesto? —le pregunté esperando en la cola para comprar unas entradas.

—No demasiado —reconoció cabizbaja.

—La vida está llena de sacrificios por la persona amada —le confesé mirándola a los ojos.

Ella asintió con la cabeza.

—Te diré lo que harás. Lo llevaras a ver un encuentro de los Knicks y fingirás que te gusta el partido —añadí sonriendo—. Después le recordarás durante la cena cuánto le quieres.

Gina me sonrió agradeciendo el consejo y volvió a besarme.

En ese momento, dos jóvenes aficionados ataviados con sus gorras acabaron de comprar sus entradas y llegamos a la taquilla.

—¿Me da dos entradas para el sábado? —le pidió Gina al empleado de los Knicks.

—¿Tribuna, fondo, pie de pista, palco privado?

Gina no tenía ni idea de lo que le estaba preguntando.

—A pie de pista —intervine sacándola del apuro.

El empleado le entregó las entradas y las guardó en el bolso.

—Los hombres somos menos complicados de lo que pensáis, tan solo necesitamos que nos demuestren cariño a diario.

—Gracias, tío Roger. Lo tendré en cuenta.

Gina estaba encantada con el regalo y habíamos terminado tan pronto que decidimos ir a tomar algo a una heladería del centro comercial. Nos sentamos en una pequeña mesa que había libre junto a la puerta principal. Desde allí se divisaba a decenas de personas subiendo y bajando por las escaleras mecánicas repletos de bolsas y, a su lado, un vanguardista ascensor de cristales ovalados que ascendía y descendía continuamente.

—¿Qué tal te va con Chantalle? —me preguntó tomando un helado de frutas del bosque cubierto por virutas de fresa.

—Nos va bien —respondí soltando mi sombrero encima de una silla—. Es como si comenzáramos a conocernos de nuevo después de tanto tiempo.

—Érais la pareja perfecta, solo quería parecerme a vosotros cuando fuese mayor —le dio un pequeño bocado a un crujiente barquillo y añadió:

—Nunca entenderé por qué lo dejasteis.

—Yo tampoco, cariño —admití sonriendo, al tiempo que la camarera me servía un banana Split.

—¿Habéis pensado volver a vivir juntos?

—De momento estamos bien. Además... —titubeé sin saber si debería contárselo—. Han ocurrido un par de incidentes que me hacen dudar.

—¿Qué ha pasado? —exclamó mirándome fijamente a los ojos como lo hacía su madre.

—Hace poco tiempo fue a cenar con su marido —hice una breve pausa. Aquello me dolía cada vez que lo recordaba—. Y me llegan mensajes al móvil que niega haber enviado.

—Si continúa viendo a su marido, mal asunto, tío Roger —contestó haciendo una mueca con la cara en señal de desaprobación—. Eso es que todavía le importa. Ve con cuidado, no me gustaría que volviera a hacerte daño.

Cogí su mano y le sonreí agradeciendo aquellas tiernas palabras.

—Ya es hora de regresar, estoy muy cansado del viaje. Continuaremos charlando otro día.

Bajamos hasta el garaje y la llevé en mi coche hasta el apartamento que tenían alquilado en Brooklyn.

—Gracias por todo —me dijo mientras abría la puerta.

Yo le sonreí.

—Le tengo mucho cariño a Chantalle, pero no dejaré que te vuelva a hacer daño. Hablaré con ella si es preciso —cerró la puerta de golpe y se marchó.

Intenté llamarla para decirle que no se inmiscuyera, pero ya había entrado en el edificio y decidí dejarlo correr.

Al día siguiente, fui a visitar a Chantalle; con tantos viajes llevaba varios días sin verla.

—¿Dónde estuviste ayer? —me preguntó nada más cerrar la puerta sin tan siquiera darme un beso de bienvenida.

—¿Qué ocurre, Chantalle? —respondí sorprendido.

—Dijiste que estarías unos días en San Francisco por viaje de negocios, pero ayer supe que

estabas en la ciudad.

—Es cierto —reconocí intentando calmarla—. Regresé al mediodía, y estuve de compras en Saks, pero estaba tan cansado que me fui a casa temprano.

—¿Cansado? ¿Cansado? —repitió fuera de sí—. ¿De estar conmigo quieres decir?

—¿A qué viene esto? —contesté, al tiempo que comenzaba a enfadarme.

—Mira —dijo acercando el móvil tanto a mi cara que casi me golpea en la nariz—. Es una foto tuya con una morena en un centro comercial —suspiró profundamente—. Ya veo cómo son tus viajes de negocios.

—Pero, Chantalle. ¿Te has fijado bien en la foto? —respondí sonriendo.

—¿También piensas reírte de mí? —preguntó encarándose conmigo—. Te estoy hablando muy en serio.

—Mira la foto, por favor —dije intentando tranquilizarla—. Tiene los mismos ojos que su madre.

Al oír aquellas palabras, Chantalle se acercó a la foto y la miró fijamente durante unos instantes.

—¿Es Gina! —exclamó en voz alta.

—¿Has visto cómo ha crecido? Está deseando volver a verte.

De repente, se desplomó a mis pies, intenté reanimarla dándole unas palmadas en la cara, pero no reacciono. Fui hasta el baño, empapé una toalla con agua y se la puse en la frente; acto seguido, le mojé los labios y comenzó a despertar.

—¿Te encuentras bien, cariño? —le pregunté preocupado.

Ella asintió con la cabeza y la llevé a tumbarse en el sofá.

—¿Quieres que llamemos a un médico?

—No te preocupes, se me está pasando —aseguró con la tez muy pálida—. ¿Qué me estabas contando?

—Intentaba decirte que Gina me llamo ayer, necesitaba ayuda para comprar un regalo.

—Está guapísima —afirmó con un tono de voz pausado volviendo a mirar la foto. Luego se incorporó y se sentó en el sofá.

Me acerqué a ella, la agarré entre mis brazos y la besé.

—¿Todavía tienes ganas de besarme?

—Más que nunca. Es la primera vez que te veo celosa y creo que me agrada.

—Te quiero, Roger.

—Yo también a ti —le contesté.

Pensaba que nunca más volvería a escuchar aquellas palabras. Me emocionó tanto que me levanté y fui hasta el baño, no quería que me viese llorar. Había esperado tanto tiempo para volver a oírlas que no terminaba de creerlo y la paradoja es que solo un mal entendido lo habían provocado.

Le traje algo de comer y un buen zumo de naranja. Cuando se lo tomaba le fue volviendo el color a la cara y entonces le pregunté:

—¿Sabes quién te ha enviado esta foto?

Chantalle negó con la cabeza.

—La enviaron desde un número desconocido.

—¿Todavía lo tienes en la agenda? Quiero comprobar a quién pertenece.

Ella asintió.

Saqué el teléfono de su bolso y, tras una breve búsqueda, encontré el número, lo apunté y llamé

a mi empresa.

—¿Stewart? —pregunté al encargado de la base de datos—. Necesito que localices al propietario de un móvil. El número es: 797609872.

—De acuerdo —respondió—. Solo me llevará unos minutos.

—Espero tu llamada.

—¿Puedes localizar al dueño de un teléfono? —preguntó Chantalle muy sorprendida.

—En teoría, solo puede hacerlo la policía, pero nuestra empresa proporciona el software informático de su base de datos. Es fácil para nosotros conseguirlo.

—¿No es ilegal? —quiso saber al tiempo que bebía un buen trago de zumo.

—Sí, pero nadie tiene por qué enterarse de esto.

Me levanté y fui a mirar por la ventana del salón. Estaba nervioso esperando aquella llamada.

Unos minutos después, sonó el teléfono.

—¿Has encontrado algo? —le pregunté y, tras unos breves segundos hablando, le respondí:

—Lo suponía —y apagué el teléfono.

—¿Qué ocurre, Roger?

—Es un móvil de prepago. Lo compraron hace una semana y ya está inactivo. Es como si no tuviésemos nada.

Estuve un rato más con Chantalle hasta comprobar que se encontraba perfectamente. Aquella tarde me marché a casa con un sabor agridulce, había solucionado el malentendido de la foto, pero continuaba sin saber quién pretendía hacernos la vida imposible.

Al pasar los fines de semana en casa de Chantalle descubrí que George siempre estaba practicando algún deporte. La mitad del tiempo lo pasaba jugando con sus amigos del colegio y, la otra mitad, delante del televisor cambiando de canal hasta que encontraba algún partido de baloncesto, béisbol o fútbol americano.

Un sábado, llegué a su casa con una gorra de los Yankees de Nueva York y le dije que se preparase para ir al estadio a ver un partido. En un primer momento, se quedó bastante sorprendido, pero no tardó ni medio minuto en arrebatarme la gorra de las manos y coger una chaqueta de su habitación. Cuando salíamos por la puerta su madre se acercó y me besó agradecida.

El estadio estaba a rebosar de espectadores, todo el público vibraba y gritaba con cada jugada de su equipo. Se escuchaban fuertes bocinas que jaleaban cada punto.

Los vendedores de hamburguesas y perritos calientes recorrían todo el estadio, bajando y subiendo por las escalerillas mientras sus bandejas emanaban un intenso olor a ketchup y mostaza. Era fácil dejarse llevar por aquel ambiente.

Tengo que reconocer que el beisbol no es mi deporte favorito, prefiero el baloncesto, pero aquella tarde me lo pasé genial viendo cómo George disfrutaba de cada strike y de las numerosas carreras que consiguieron los Yankees. En el descanso estuvimos comiendo unos perritos y después continuó saltando y jaleando desde su asiento cada jugada del partido. Cuando acabó el encuentro estaba completamente afónico. A la salida, le compré un guante en la tienda del equipo y se acercó a un jugador a que le firmase una bola con su nombre.

A partir de ese día, comenzó a abrirse un poco más; cuando llegaba a su casa jugábamos juntos en el jardín. Le lanzaba la bola mientras la atrapaba con su guante de la suerte y pasábamos todo el tiempo charlando sobre deportes.

Poco a poco, me fui ganando su confianza y los niños comenzaron a aceptarme como uno más

de la familia, a ello contribuyó enormemente Chantalle. Un día les puso el video de la gymkana que vivimos juntos en su cumpleaños y la encontraron tan divertido que lo veían una y otra vez. Para ellos, era como si su madre fuese la protagonista de una película en Nueva York.

Con el tiempo, comenzaron a esperar impacientemente los fines de semana para que fuera a jugar con ellos.

Llegué a recoger a Chantalle un sábado por la mañana, llamé a la puerta y fue George quien me abrió.

Me comunicó que aquel día estaba trabajando como voluntaria en un comedor social repartiendo alimentos. Dibujó un croquis con su ubicación y fui caminando hasta allí; no estaba demasiado lejos de su casa, apenas a una manzana.

Cuando llegué vi el cartel de la asociación desde el otro lado de la calle, crucé por el semáforo y me acerqué al local. Al pasar, miré a través de la ventana y la vi sirviendo junto a otros voluntarios en una gran mesa repleta de gente de toda índole social.

Algunos se levantaban agradecidos y ella los abrazaba cariñosamente como si los conociera de toda la vida. Luego ayudó a un anciano enfermo a sentarse, cogió la cuchara y le dio de comer. En ese momento, sentí como un par de lágrimas caían por mis mejillas. A pesar de nuestras diferencias, no solo me parecía la mujer más atractiva que había visto jamás, también sabía que era una de las mejores personas que había conocido en mi vida.

Me sequé las lágrimas, entré por la puerta, fui a su encuentro y me recibió con una gran sonrisa.

—¿Puedo ayudar?

—Claro —respondió con ese maravilloso brillo que tenían sus ojos cuando eras feliz—. Están descargando un camión de comida en el callejón. Cuando acabes me echaras una mano en el comedor.

Yo asentí sonriendo.

Estuve más de una hora descargando alimentos básicos: leche, cereales, pasta, arroz. Los llevamos a un pequeño almacén que tenían al fondo del establecimiento y los estuvimos catalogando. Después fuimos a repartir alimentos desde una ventanilla a una larga cola que esperaba en la calle. Todos nos agradecían con una sonrisa la ayuda prestada, a pesar de que no hacíamos ningún esfuerzo.

Finalmente, volví al comedor. Chantalle se movía de arriba abajo intentando alegrarles el día con ternura y sensibilidad. La volví a ver como cuando nos conocimos, con una vitalidad que contagiaba al instante. Jamás me había sentido tan orgulloso de alguien como lo estaba de ella aquel día.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

—Eres maravillosa.

Ella me acarició la cara suavemente y me sonrió agradecida.

Estuve ayudando de la mejor manera posible hasta que cerraron el comedor sobre las cinco de la tarde. Aquel día sustituimos nuestra salida de fin de semana por una experiencia mucho más gratificante.

Después de una reunión de marketing donde valoramos las diferentes opciones publicitarias para la campaña de primavera, bajé a comer algo y me encontré por casualidad con mi sobrina, que salía de representar a un cliente en un juicio por robo. Aquella tarde, iba sumamente elegante con un traje de chaqueta gris oscuro, camisa blanca y un precioso pañuelo azul turquesa. La encontré un poco estresada y la invité a almorzar a un pequeño restaurante.

—¿Le gustó el regalo a Steve? —le pregunté cuando cortaba un bistec muy hecho.

—Le encantó, no había visto un partido a pie de pista. Estaba tan entusiasmado como un niño pequeño.

—Desde esa posición el baloncesto se ve muy diferente —admití sonriendo.

—Un jugador cayó encima de unos espectadores justo a nuestro lado. ¡Vaya susto! —comentó tomando una ensalada César.

—Me lo imagino.

Saqué el móvil del bolsillo al oír el sonido del whatsapp: era un importante mensaje que llevaba varios días esperando.

—¿Cómo va lo tuyo con Chantalle?

—Desde que hemos vuelto discutimos bastante. Antes nunca era así —contesté negando con la cabeza—. Además, alguien nos sigue molestando. Cada día sospecho más de su marido.

—¿Tienes pruebas? —preguntó inquisitiva.

Yo negué con la cabeza malhumorado y di un puñetazo encima de la mesa.

—Como ese tipo continúe molestando a Chantalle se acordara de mí.

Por suerte, la música estaba tan alta en el establecimiento que nadie reparó en el golpe.

—No cometas ninguna tontería —dijo tratando de calmarme—. Tengo algunos contactos en la policía. Si vuelve a molestaros, conseguiré que le hagan una visita.

Yo asentí con la cabeza, aunque prefería que no se involucrase en aquello.

—Se le quitarán las ganas de regresar a Nueva York durante una temporada —añadió—. Te lo aseguro.

Cuando escuché aquellas palabras, me quedé mirándola boquiabierto durante unos instantes. Desconocía aquella faceta de mi sobrina.

La comida no fue demasiado larga, tenía que volver a los juzgados para preparar un nuevo caso y me despedí de ella a las puertas de la cafetería.

V

Una tarde en el centro comercial, Chantalle me contó cómo habían sido aquellos años en Chicago. Hasta el momento no había querido preguntarle nada, no me interesaba saber nada de su marido, ni de otras relaciones que hubiera tenido durante los años que pasó allí.

Mientras íbamos recorriendo las estanterías y llenábamos el carro hasta arriba de todo tipo de alimentos, me comentó los diferentes trabajos que había realizado.

En un primer momento, estuvo en una pequeña empresa que se dedicaba a restaurar obras de arte, tuvo que realizar un curso de técnicas de laboratorio y aprendió a recomponer todo tipo de esculturas y lienzos dañados por el paso del tiempo.

Más tarde, ejerció como traductora en una pequeña editorial transcribiendo textos del francés al inglés, idioma que había aprendido desde pequeña con sus padres. Por último, estuvo dando clases de francés en un instituto.

Cuando pagamos en la caja y nos dirigíamos al coche, comenzó a hablarme de un chico con el que estuvo saliendo durante un tiempo antes de conocer a su marido. Mientras cargaba el maletero con las compras, la estuve escuchando sin abrir la boca, pero no me apetecía escuchar su vida sentimental y, en cuanto subimos al coche, la interrumpí preguntándole por el colegio de sus hijos. En un primer momento, se quedó sorprendida, pero enseguida captó la indirecta y cambió de conversación.

Luego, cenando en su casa, estuvimos charlando sobre nuestro aniversario y decidimos celebrarlo en las mismas fechas en que nos conocimos.

Esta vez soñaba con hacerle a Chantalle el más especial de todos los regalos, lo llevaba en el más absoluto de los secretos y lo estaba preparando minuciosamente.

No se trataría de un regalo tan loco e impulsivo como los de antaño, sería algo que tenía bien planeado desde hacía tiempo.

El domingo los niños se habían ido de excursión con el colegio y teníamos todo el día para nosotros. Sin embargo, en cuanto la recogí y subió al coche intuí que algo extraño ocurría.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Perfectamente —contestó de manera cortante.

Aquel día fuimos a dar un paseo por Long Island, regresamos a la bahía donde habíamos estado almorzando años atrás. Por desgracia, no iríamos a comer al restaurante de la amiga de Chantalle que, tras unos años de bonanza, había cerrado sus puertas fruto de la terrible crisis que asoló el país desde 2008.

Esta vez decidimos ir en plan informal, compramos unos cartuchos de pescado con patatas en uno de los puestos frente al mar y ascendimos por el sendero de una pequeña colina hasta llegar a unos bancos de madera con unas vistas impresionantes. El espectáculo era indescriptible, en la bahía fondeaban pequeñas embarcaciones de recreo y algunos barcos de pescadores de la zona. A nuestra izquierda, se divisaban varios restaurantes de pescado y marisco menos concurridos que

añaño. Las gaviotas revoloteaban buscando comida por todo el arrecife, se habían acostumbrado a hurgar en las papeleras entre los restos de basura que dejaban los turistas. El mar presentaba un azul verdoso que contrastaba con el celeste pálido de aquel cielo raso e impoluto en el que apenas había atisbo de nubes.

Sin embargo, aquel precioso día seguía sin tener importancia para Chantalle, que continuaba absorta en sus pensamientos sin dirigirme la palabra.

—Nos conocemos demasiado bien —le dije girando mi cabeza y mirándola fijamente a los ojos—. No me puedes engañar, cuéntame qué te sucede.

—Te he dicho que estoy bien —reiteró sin tan siquiera mirarme y siguió comiendo pescado del cartucho.

En aquel momento, pasó junto al banco una pareja de jubilados que sonreían sin parar.

—¿Te gustaría que a su edad fuésemos como ellos? —le pregunté cuando los ancianos ya se habían alejado un poco.

—Dudo que estemos juntos tantos años —explotó de repente.

—¿Quieres contarme de una vez qué te pasa? —le grité sin darme cuenta—. No seas cabezota.

—¡Has olvidado nuestro aniversario! —exclamó levantándose y tirando el cartucho de pescado hecha una furia.

—No es cierto —contesté sin amedrentarme—. Nuestro aniversario es dentro de dos semanas.

—Cumplimos un año ayer, solo estás intentando escurrir el bulto. Has vuelto a equivocarte, como de costumbre.

Aquellas palabras me dejaron descolocado. Me reprochaba que cometiera errores continuamente, cuando hacia todo lo posible para que volviéramos a ser felices.

—No sé a qué te refieres —respondí enfadado—. Seguro que me equivoco a menudo, igual que tú.

En ese momento, me miró con los ojos desorbitados. No le gustó mi respuesta.

—No comprendo porque siempre lo guardas todo, soy una persona razonable. ¿Por qué no lo hablamos?

—Porque continúas haciéndolo —repetió.

Algunas veces era imposible razonar con ella, me sacaba de mis casillas.

—Siéntate Chantalle, por favor. Vamos a solucionarlo con tranquilidad.

—De acuerdo —admitió a regañadientes y regresó al banco.

Algunos turistas que ascendían por la colina habían empezado a mirarnos y cuchicheaban en voz baja.

—Nuestro aniversario es dentro de dos semanas —repetí con calma—. Fue el día que te llevé a cenar, cuando paseamos en calesa por Central Park.

Ella negaba con la cabeza una y otra vez.

—Estás equivocado, fue ayer. Nos conocimos en casa de tu hermana.

—Pero ese día no cuenta, era una cena entre dos desconocidos.

—No estoy de acuerdo —repuso impasible—. Pero, si prefieres celebrarlo ese día, lo haremos. ¿Estás seguro de que no lo has olvidado? —volvió a insistir.

—¿Sigues confiando en mí? —le pregunté ofreciéndole mi mano.

Ella asintió con la cabeza, sin estar muy convencida.

—Voy a enseñarte algo. No pensaba hacerlo hasta dentro de dos semanas porque faltan algunos detalles.

Cogimos el coche y, tras un largo trayecto en el que apenas nos dirigimos la palabra, llegamos

al Soho. Aparqué en un garaje cercano y subimos paseando por una sinuosa calle hasta un edificio recientemente remodelado que no tenía ningún cartel.

—Hemos llegado —anuncié con una sonrisa.

—¿Qué es esto? —preguntó sin entender nada.

—Acompáñame —le pedí y volvió a agarrar mi mano. Abrí la puerta y entramos al interior de aquel enorme habitáculo.

Era una antigua nave rehabilitada durante meses. En el interior, había numerosas cajas apiladas en el suelo recubiertas de papel; sus paredes olían a pintura fresca y un fuerte eco retumbaba al hablar.

—¿Dónde estamos? —dijo sin dejar de mirar a todos lados.

—Ya lo sabes, Chantalle, lo has visto en numerosas ocasiones. Abre aquella caja que esta al fondo —le dije señalando una que se encontraba separada del resto.

Chantalle se acercó y, con sumo cuidado, abrió el embalaje y quitó el papel que lo envolvía. Cuando descubrió lo que había en su interior, comenzó a llorar sin parar.

Me acerqué hacia ella y la abracé.

—Tranquila. No era mi intención hacerte llorar —le aseguré mientras la consolaba acariciando su cabello.

—Lloro de alegría —respondió con la voz entrecortada—. Es una de las Ninfeas de Monet.

Yo asentí con la cabeza tan satisfecho como no lo había estado en toda mi vida.

—Me ha costado un mundo hacerme con ella. Pujé en la subasta de Christies para conseguirla.

—¿Has perdido la cabeza? —exclamó poniéndose las manos en la cara—. Debe de costar una fortuna.

—Esto es solo la guinda del pastel —contesté sonriendo y le volví a ofrecer mi mano.

La guíé por toda la galería y fue descubriendo uno a uno todos los lienzos envueltos en papel que contenía la pinacoteca. Chantalle no dejaba de salir de su asombro.

—¿Recuerdas todos mis viajes? —pregunté tras detenernos frente a un Pollock de su primera época—. No los realicé para mi empresa de informática, eran para adquirir uno por uno cada lienzo de esta galería.

Ella continuaba llorando sin parar.

—Pero no son los lienzos lo más importante —afirmé tras una breve pausa—. Quiero que tú la dirijas.

Chantalle cayó de rodillas y tapó la cara con las manos sin poder asimilar lo que estaba escuchando.

—No me despiertes de este sueño tan maravilloso —pidió mientras la levantaba del suelo y la volvía a abrazar—. No puedes pedirme que dirija esta galería en el Soho. Solo soy una simple guía de museos que no ejerce su profesión desde hace años.

—Eres la mejor guía que he visto jamás. La más bella. La más inteligente —le confesé mientras no paraba de besarla—. Los marchantes de arte se darán codazos por exponer aquí sus obras.

—No me lo merezco, Roger —repuso abrumada—. ¿Por qué haces esto por mí?

—Porque te quiero. Te quiero como no he querido nunca a nadie en mi vida.

—No necesitas gastarte una fortuna para demostrarlo.

—Ven aquí —le dije mientras nos sentábamos en uno de los numerosos bancos de la galería—. Te lo explicaré.

—El negocio de la informática marcha bien y los beneficios tenía que invertirlos en alguna

parte. Las inversiones en arte siempre son seguras —tragué saliva y continué—. Pero lo más importante es que quería cumplir el sueño de la persona más importante en mi vida.

Chantalle se arrojó en mis brazos y continuamos besándonos como si fuésemos dos adolescentes. Después, fuimos a cenar a un restaurante cercano y a las doce regresamos a su casa.

—Los niños no vuelven hasta mañana —dijo cuando aparqué junto al jardín—. ¿Por qué no te quedas a pasar la noche?

—Claro, cariño —le respondí sonriendo.

Al otro día tuve que levantarme temprano, sobre las seis de la mañana, sus hijos regresaban a las siete y no queríamos que nos encontrasen juntos.

VI

Dos semanas más tarde celebramos el aniversario como era debido. Fuimos a un afamado bistró francés al sur de Manhattan. Su decoración minimalista recordaba a los románticos restaurantes cercanos a la torre Eiffel: las paredes estaban pintadas en tonos claros, con unas excelentes replicas de lienzos del Fauvismo y las mesas tenían velas perfumadas en un tono rojo burdeos que resaltaban sobre unos elegantes manteles blancos.

La nuestra estaba situada en un lateral, junto a una pequeña ventana con cortinas de encaje en azul y blanco recogidas en dos preciosas molduras doradas.

Desde allí se divisaban unas espléndidas vistas de la cúpula del imponente Chrysler.

Chantalle pidió un magret de pato confitado con verduras y yo un lenguado meuniere con salsa de champagne, todo regado con un espléndido burdeos del 89.

Cuando nos sirvieron para el postre los profiteroles rellenos de chocolate saqué un estuche del bolsillo y me puse de rodillas frente a ella.

—Chantalle Miller, ¿quieres casarte conmigo? —le pregunté mientras abría el estuche que contenía una esmeralda incrustada en oro de veinticuatro quilates.

—Esto es demasiado —exclamó poniéndose las manos en la cara. El resto de los comensales no dejaban de mirarnos.

—¿Todavía no me has contestado? —insistí impaciente.

—Claro que quiero —respondió y comenzó a besarme—. Llevo veinte años esperando oír esas palabras.

El salón estalló en aplausos, a la gente le encantaban aquellas declaraciones de amor en público y la nuestra fue muy especial.

Al llegar a casa, se lo contó a sus hijos. Teníamos miedo a su reacción, a pesar de que me aceptaban como uno más. Por suerte, se lo tomaron mucho mejor de lo que esperábamos.

No recuerdo haber visto a Chantalle tan ilusionada desde que volvimos a reencontrarnos, pareció cobrar vida de repente y volvía a tener ese brillo en los ojos que había perdido. Se despidió de la tienda de antigüedades y comenzó a trabajar desde casa en el proyecto de la galería, buscando nuevas obras que exhibir en su flamante pinacoteca.

Trabajamos codo con codo durante varias semanas desde el ordenador de su casa: mandamos invitaciones para la inauguración de la galería a los más afamados marchantes y críticos de arte de la ciudad y comenzamos a contratar personal cualificado para las instalaciones del museo. Chantalle utilizó mis oficinas para las entrevistas de trabajo recibiendo personalmente a los candidatos, sabía distinguir perfectamente a un entendido en arte de quién no había visto un lienzo en toda su vida.

Los fines de semana descansábamos del arduo trabajo de la galería y nos dedicábamos a organizar nuestra boda. Dejé que lo organizara prácticamente todo, solo quería seguir viéndola feliz. Eligió para el banquete un elegante restaurante situado en la cima de una colina frente al mar, con unas vistas que dejaban sin aliento.

Más tarde, elaboramos la lista de invitados y descubrimos que no serían tantos como pensábamos en un principio: entre compañeros de trabajo y familiares calculamos unos ciento cincuenta. Las damas de honor, las invitaciones de boda y el servicio de limusinas corrieron de su cuenta. En lo único que llegamos a un consenso fue en el lugar donde nos casaríamos. Al principio teníamos dudas de si sería un lugar civil o eclesiástico, pero lo más importante es que fuera un lugar especial que recordásemos el resto de nuestras vidas.

Una soleada tarde habíamos quedado en el puente de Central Park. Necesitábamos realizar varias compras ante la inminente apertura de la galería.

Llegué temprano, me recosté en su barandilla como de costumbre y comencé a recordar aquel día una vez más.

Cuando dieron las seis y Chantalle no apareció, comencé a preocuparme. Estaba muy interesada en todos los preparativos y me resulto extraño que se retrasase, quizás había tenido algún imprevisto con sus hijos.

Esperé media hora impacientemente hasta que al fin decidí llamarla.

—¿Chantalle? ¿Te encuentras bien?

—Claro, cariño.

—Llevo un rato esperándote en Central Park. ¿Estás en algún atasco?

—¿Esperándome? —pregunto incrédula—. ¿Cuándo habíamos quedado?

—Recibí un email tuyo hace un par de días, decías que necesitabas adornos para el vestíbulo de la galería.

—Yo no he mandado ningún email. Sabes que siempre te llamo al móvil o espero que vengas a casa.

—!Uff!. ¡Esto es increíble! —respiré hondo antes de contestar. Estaba enfadado, pero no me apetecía comentarlo por teléfono—. Mejor lo hablamos en persona, iré a tu casa.

Aquel día me recibió tan simpática y alegre como en los últimos días.

—Siento que hayas estado tanto tiempo esperando —dijo mientras colgaba mi chaqueta en el perchero—. ¿Quieres tomar algo?

—Prefiero aclarar primero este asunto —contesté con un tono de voz glacial.

—De acuerdo —respondió un tanto sorprendida.

—¿Recuerdas el día que recibí el whatsapp desde tu móvil?

Ella asintió con la cabeza.

—Pues se vuelve a repetir la historia. Esta vez es un email mandado desde tu ordenador.

—Yo tampoco lo entiendo —admitió mientras se sentaba en su butaca levantando los brazos en alto.

—¿Conseguiste averiguar quién te mando el whatsapp? —pregunté apoyado sobre la ventana con los brazos cruzados.

Ella negó con la cabeza.

—Los niños me juraron que no habían sido ellos, incluso les castigué para comprobar si mentían.

—¿Y tu marido?

—¿Mi marido? —repitió confundida—. Sabes que solo viene una vez al mes a pasar el fin de

semana con los niños.

—Tiempo suficiente para enviar un email o un whatsapp —aseguré de forma cortante.

—Es imposible, como mucho espera cinco minutos en el hall a que se vistan.

—Chantalle ya va siendo hora de que dejes de mentirme. Vamos a casarnos, ¿recuerdas?

—¿Mentirte en qué?

—Se que cenáis juntos cuando recoge a los niños.

—¿Qué yo hago qué? —exclamó levantándose como un resorte—. Te voy a hablar de mi marido —reiteró casi gritando.

—De acuerdo —afirmé desafiante. Hacía tiempo que necesitaba conocer su historia.

—No iría con él ni a dar un paseo —añadió airada—. Cuando estuvimos juntos me engañaba, llegaba borracho la mitad de los días, no se preocupaba por sus hijos, se gastaba todo el dinero en fiestas y no sé qué más —hizo una breve pausa, le costaba tragar saliva—. Le cogí tanto odio que, si pudiera, no volvería a verle en toda mi vida.

No me esperaba aquella respuesta y bajé la cabeza avergonzado.

—Lo siento, Chantalle. No tenía ni idea —respondí y fui a abrazarla, pero me empujó hacia atrás. No necesitaba consuelo en aquellos momentos.

—El otro día cuando lloraba no lo hacía solo por la galería —reconoció mientras las lágrimas volvían a brotar de sus ojos—. Había perdido la esperanza de conocer a alguien en mi vida.

Se hizo un breve silencio y añadió:

—Jamás pensé que volvería a enamorarme.

Me acerqué a ella y volví a abrazarla. Esta vez no me rechazó y comencé a besarla.

—Vuelvo a ser feliz a tu lado, no quiero que se estropee.

—Nadie lo hará cariño.

La abracé fuertemente y estuvimos un largo rato en silencio mientras le secaba las lágrimas con la yema de mis dedos y nos besábamos tiernamente.

Sin embargo, mi cabeza continuaba pensando a un ritmo endiablado y, de repente, me acordé de algo que había sucedido en las últimas semanas.

—No puede ser —exclamé llevándome las manos a la cabeza.

—¿Qué ocurre? —pregunté preocupada.

—Le confesé a Gina que lo nuestro no terminaba de funcionar —bajé la cabeza avergonzado y le dije—. Me temo que pueda estar influyendo en nuestra relación.

—Me cuesta creer eso, era una niña adorable. Pero han pasado tantos años que desconozco en que persona se habrá convertido.

Fui a la cocina y cogí una cerveza de la nevera, me encontraba sediento.

No podía asimilar que Gina nos estuviese haciendo daño. Mientras me la bebía, recordé algo importante y regresé al salón.

—¡Creo que ya se lo que pasa! Espérame aquí, regresaré lo antes posible.

Miré el reloj, eran cerca de las ocho y media, justo la hora a la que cierran los comercios. No me gustaba conducir rápido, pero aquella tarde fui sorteando coches como si estuviera en un circuito de carreras. Llegué al centro lo antes posible.

Bajé del coche cuando comenzaban a cerrar las puertas de los almacenes Goodman, crucé la calle y corrí hacia la tienda que había unos metros más abajo. Cuando llegué las persianas aún estaban abiertas.

Entré por la puerta y vi al encargado charlando con un cliente que había entrado a última hora.

—¿Podría hablar con Patricia, por favor? —pregunté interrumpiendo su conversación.

—Se acaba de marchar —contestó señalando la puerta.

—¿Sabe qué dirección ha tomado?

—Siempre baja caminando por la avenida y coge el metro en el cruce de la quinta con la cuarenta y ocho.

—Gracias —respondí mientras salía corriendo de la tienda. Con un poco de suerte todavía podría alcanzarla.

Aquella no era buena hora, a la gente que transitaba por la calle habitualmente se sumaba la que acababa de salir del trabajo. Fui tropezando repetidas veces mientras corría pidiendo permiso a cada paso que daba.

Al fondo de la calle vi la entrada del metro. Cuando bajaba las escaleras, me pareció distinguir a una chica con la misma altura e idéntico color de cabello de Patricia, aunque dudaba que fuese ella. Aceleré el paso un poco más mientras un par de personas me increparon cuando las aparté propinándoles sendos empujones. Mientras corría comencé a notar el inexorable paso de los años, me estaba haciendo mayor sin darme cuenta.

En ese momento el metro llegó a la estación y las puertas comenzaron a abrirse y a salir gente.

Si Patricia cogía el tren antes que yo, no podría alcanzarla. Fui puerta por puerta mirando hacia dentro hasta que la vi subir en el último vagón. Conseguí pasar justo entre las puertas cuando estas comenzaban a cerrarse, llegué exhausto al interior, me agaché y comencé a toser de tal forma que casi vomité allí en medio.

Entonces sentí una mano en mi espalda.

—¿Roger? ¿Te encuentras bien? —dijo Patricia que me había visto entrar.

—No demasiado —admití jadeando sin apenas poder hablar.

Le hice un gesto con la mano para que esperase unos segundos, apenas podía respirar. Vi cómo me miraba un poco preocupada al encontrarme en aquel estado.

—Quería hablar contigo —dije tras incorporarme y mirarla fijamente a los ojos.

—¿Me has seguido hasta aquí? —preguntó un tanto sorprendida.

—Llegué a la tienda cuando cerraban. Te he alcanzado de milagro —respondí con la boca seca —. Podríamos bajar en la siguiente estación.

—Mi casa está a cinco paradas de aquí, nunca he podido enseñártela.

—De acuerdo —contesté sin estar demasiado convencido de que aquello fuese una buena idea —. ¿Nos sentamos en aquellos asientos? Necesito descansar un poco.

—Claro —repuso con una sonrisa. Estaba contenta al aceptar su invitación.

Bajamos del metro poco tiempo después y recorrimos la calle noventa y ocho.

No tuvimos que esperar demasiado, vivía en un viejo edificio con mucha solera que formaba parte de la cultura underground de los años sesenta.

—Acomódate donde quieras —dijo nada más entrar en el salón—. Traeré algo de beber, creo que lo necesitas.

—Sí, por favor —respondí agradecido—. Estoy agotado.

Nada más sentarme me llamó la atención la gran luminosidad de aquel apartamento.

Las paredes estaban pintadas en tonos pasteles y todo el mobiliario era de un blanco impoluto, al igual que sus suelos. Lo único que aportaba una nota de color discordante en aquella habitación eran los cojines, algunos a rayas y otros con dibujos de flores y hojas. Una gran alfombra persa presidía el centro de la habitación y unos preciosos cuadros con paisajes naturales colgaban de sus paredes.

—Debe de ser importante lo que quieres decirme. Te has tomado muchas molestias —admitió

desde la cocina—. ¿Va todo bien con Chantalle? —preguntó mientras traía una bandeja con refrescos y algo para picar.

—Lo es, Patricia —aseguré mientras bebía una limonada bien fría—. Nunca había visto una casa tan blanca como la tuya, ¿es algún nuevo estilo de decoración?

Patricia asintió con la cabeza al tiempo que me ofrecía unos canapés de caviar.

—Es de estilo nórdico, muy luminoso como puedes comprobar. Mi familia es oriunda de Noruega.

Yo asentí.

—¿Y bien? Tú dirás... —dijo sonriendo sentada frente a mí.

—Me dijiste que Chantalle continuaba viendo a su marido.

—Así es —afirmó con seguridad—. ¿Los has visto juntos?

Yo negué con la cabeza.

—Han ocurrido varios episodios en las últimas semanas y hemos discutido.

—Lo siento mucho —contestó bajando la mirada.

—¿Estás segura? —le pregunté suspicaz.

En ese momento levantó la cabeza y me clavó sus ojos llenos de ira.

—¿Qué estás insinuando? —exclamó elevando el tono de voz.

—Chantalle odia a su marido —le contesté y me quedé en silencio unos momentos esperando su reacción, pero ni siquiera se inmutó—. ¿No lo sabías, Patricia?

—Está mintiendo —aseguró mientras movía sus manos sin poder controlarlas.

Se hizo un silencio incómodo y añadió:

—Ella no te quiere, eres solo un pasatiempo —recalcó sin tapujos—. Volverá a abandonarte en cuanto se canse de ti.

—Quizás sea cierto. Pero eso nadie puede saberlo —la seguí mirando fijamente, pero comenzó a rehuir mi mirada. Se levantó de la silla y comenzó a pasear de arriba abajo.

—Has sido tú la que has mentido, ¿verdad, Patricia? —le pregunté al fin.

—Yo no haría algo así. Nunca te haría daño.

—No solo me has mentido con lo de su marido —continué acusándola—. El día que su hijo actuaba en el colegio recibí un whatsapp cambiando la fecha. ¿Fuiste tú, verdad? Cogiste su móvil en un descuido y mandaste el mensaje.

—No, Roger. Estás equivocado —respondió casi echándose a llorar.

—Más tarde le mandaste la foto del centro comercial, pero desconocías que aquella morena era mi sobrina.

Ella continuaba negando con la cabeza una y otra vez.

—Y hace dos días cometiste el error más grande —le asegure—. Chantalle nunca me ha enviado un email. Lo hiciste igual que con su móvil, cuando se distrajo accediste a su ordenador y lo mandaste.

—Lo siento, Roger —contestó derrumbándose al fin y echándose a llorar.

—¿Por qué lo hiciste, Patricia? —le pregunté con tranquilidad.

Ella me miró con aires de súplica mientras las lágrimas hicieron que el rímel se corriera por el contorno de sus ojos.

—Por qué me enamoré de ti en cuanto leí tu carta —dijo con las palabras entrecortadas al tiempo que continuaban cayendo lágrimas por sus mejillas sonrosadas.

Aquella respuesta me dejó helado, nunca la hubiera imaginado; jamás sospeché que Patricia sintiese nada por mí. Durante unos instantes que se hicieron eternos no supe qué responder.

—Pensaba que era una venganza por algo que Chantalle te había hecho —añadí confundido.
Ella negó con la cabeza.

—Te quiero, Roger. Y mi amor por ti se incrementó en cuanto te conocí —confesó mientras la escuchaba atentamente—. Ella no quería volver a verte, fui yo quien la convenció. Era mi única oportunidad para conocerte en persona.

—Lo siento, Patricia. Me parece una gran chica —contesté mirándola a los ojos—. Pero no estoy enamorado de ti.

Me costó mucho darle aquella respuesta, no pretendía herir sus sentimientos, a pesar de lo que había hecho.

—Ella te hará daño, Roger. La conozco bien, no ha cambiado demasiado. Un día piensa de una manera y al día siguiente de otra. No te quiere como yo —agregó arrojándose a mis brazos.

La dejé que se desahogara un rato en mi hombro.

—Esto podría considerarse un delito, Patricia —le explique—. Pero no avisaré a la policía si prometes que nunca más volverás a hacerlo.

—Te lo prometo —respondió secándose las lágrimas.

—Lo mejor será no contarle nada a Chantalle, inventaré cualquier pretexto. Eres una buena chica, deberías continuar siendo su amiga.

—No puedo, Roger —reconoció volviendo a llorar—. No soportaría verte más tiempo con ella. Me marcharé e intentaré olvidarte.

—Espero que seas feliz, Patricia. Le contaré cualquier excusa a Chantalle.

—No, Roger. Yo le confesaré la verdad antes de marcharme.

Yo asentí con la cabeza.

Fui hasta el recibidor, cogí mi chaqueta y me marché de allí con una sensación de extraña amargura.

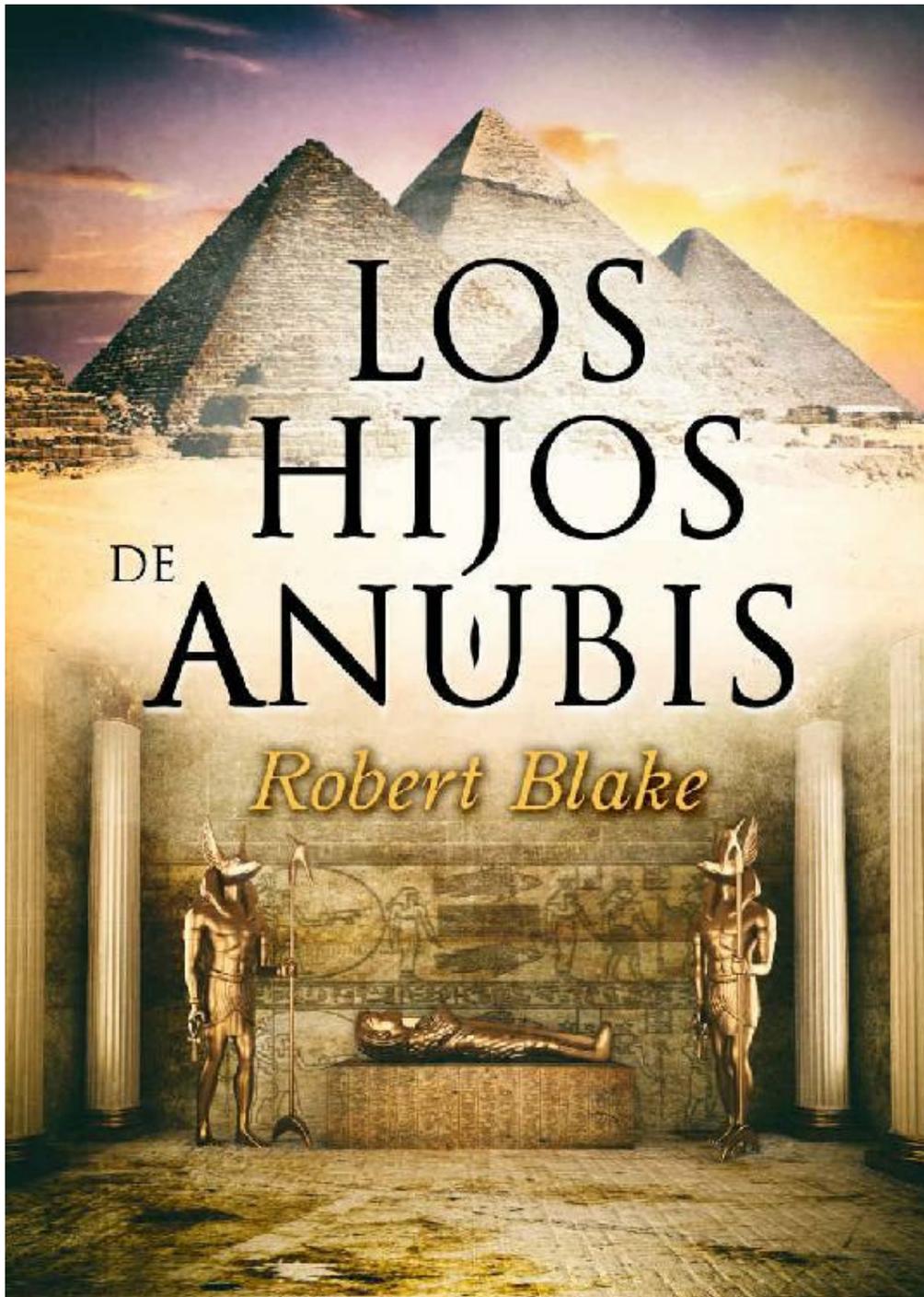
Mientras iba en el taxi de regreso a casa, fui pensando en lo injusta que muchas veces es la vida. Por desgracia, no siempre nos enamoramos de la persona adecuada. Entendí perfectamente a Patricia, yo lo había pasado tan mal cuando Chantalle me abandonó que no pretendía que sufriese por mi culpa, pero no podía hacer nada para remediarlo. Aunque, en su caso, había cruzado una línea que jamás nadie debería rebasar.

Dos meses después, Chantalle y yo nos casamos en la Catedral de San Patricio. Nos parecía el lugar más romántico de Nueva York y nos traía buenos recuerdos.

La galería comenzó a funcionar bien desde su apertura. No tenía ni la más mínima duda de la capacidad de Chantalle para dirigirla, además de ser resuelta e inteligente era una gran experta en arte.

Como viaje de boda fuimos a Paris y Chantalle cumplió su sueño: visitamos la casa y los jardines donde Monet immortalizó sus obras más importantes. Era un lugar idílico y yo disfrutaba cada segundo a su lado viéndola de nuevo feliz.

**Otros títulos
de
Robert Blake**



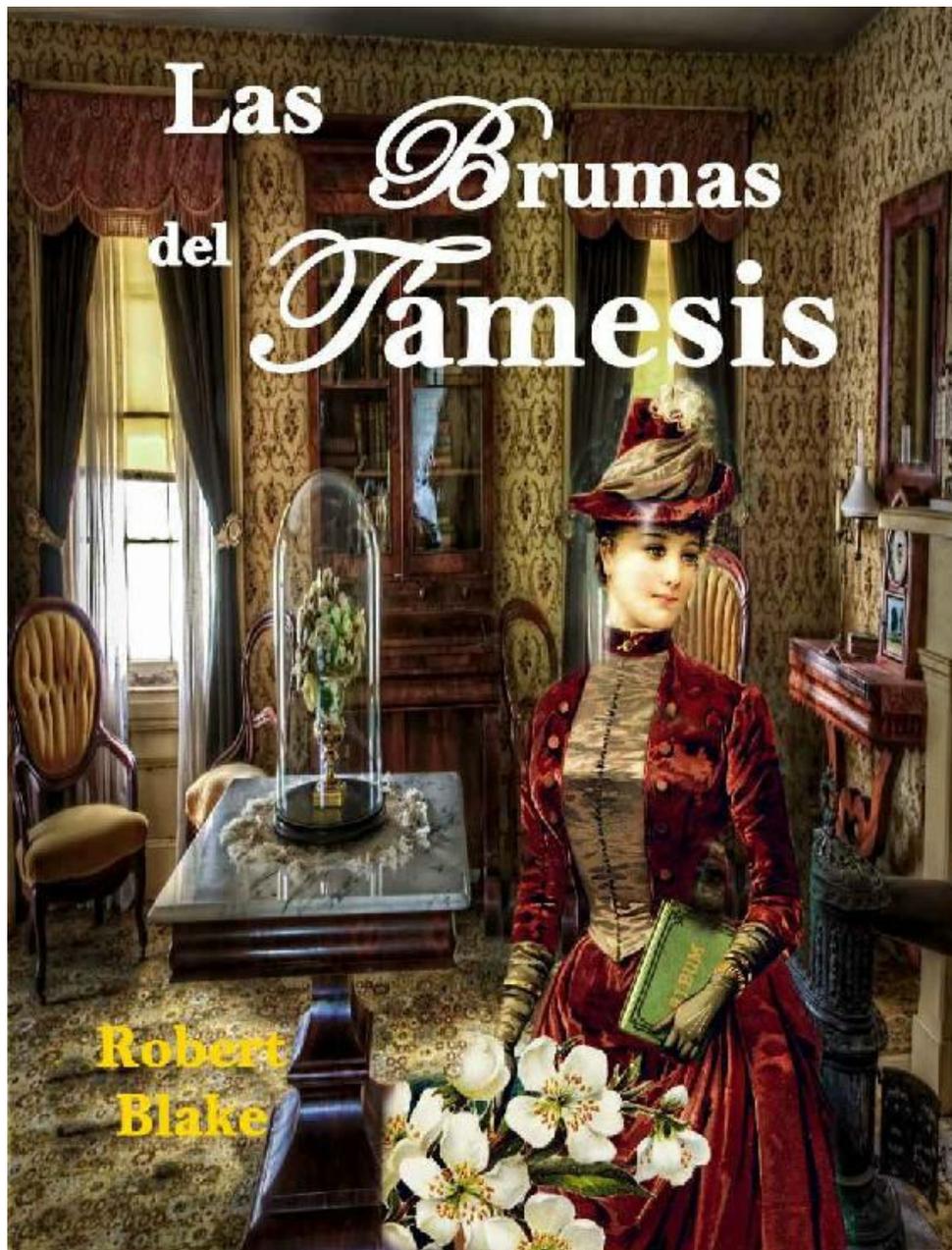
A la venta en Amazon

<http://amzn.eu/39i9k2F>

Una trepidante aventura de suspense y fantasía en el misterioso Egipto.

Manuel, un experto en civilizaciones antiguas, recibe una extraña invitación para intervenir en una conferencia donde se presentan los más avanzados métodos de investigación. Lo que parecía un idílico fin de semana, acabará complicándose hasta límites insospechados.

Al otro lado de la ciudad, Kate recibe la noticia de la desaparición de su hermana cuando pasaba unas vacaciones en Egipto. A partir de ese momento comenzará una trepidante búsqueda que le llevará junto a Tom, un experto en informática, a vivir la aventura de sus vidas.



A la venta en Amazon

<http://amzn.eu/4QGzxTx>

Una historia de amor que te conducirá al corazón del siglo XIX.

Emily Ferguson es una joven escritora que lucha por abrirse paso en el difícil mundo de la literatura. Su fuente de inspiración son sus admiradas Jane Austen y las hermanas Bronte. Pero a diferencia de sus predecesoras, Emily posee un fuerte carácter que la hará rebelarse contra los convencionalismos de una sociedad anclada en el pasado.

Nathan Smith es un apuesto militar del regimiento de gaiteros de su majestad la reina Victoria; su exquisita educación y su elegante porte lo convierten en todo un seductor. Un fin de semana ambos coincidirán a orillas del Támesis mientras disfrutan de un picnic.

Desde el primer instante Emily sentirá una profunda atracción hacia él y será incapaz de apartarlo de su mente. A partir de ese momento se verá envuelta en una turbulenta historia de amor y desamor que se complicará aun más con acontecimientos repletos de

suspense y misterio.

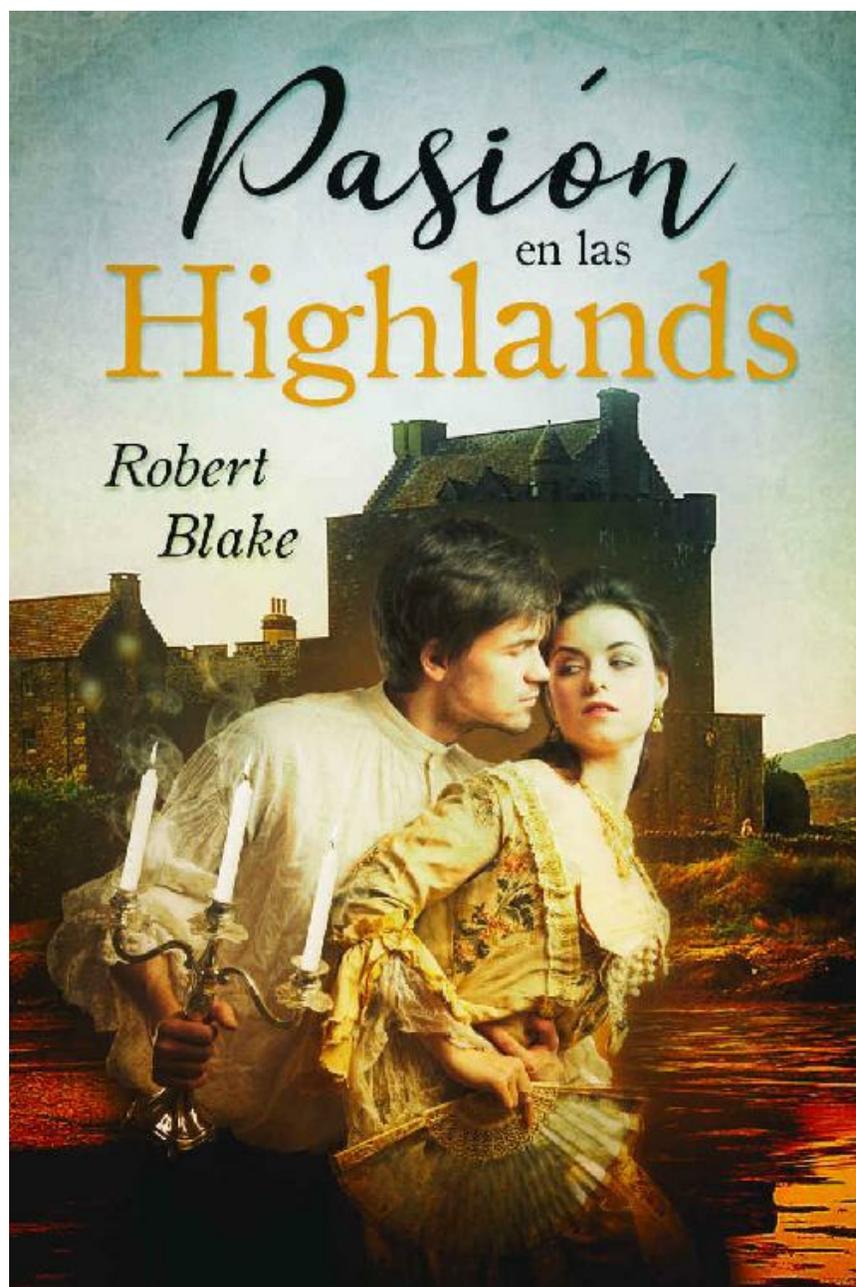


A la venta en Amazon

<http://amzn.eu/8BkjCRI>

Vive junto al Capitán Brugel, un veterano mercenario de los tercios de Flandes, persecuciones, naufragios, batallas e infinidad de aventuras que te harán vibrar en cada capítulo.

Una historia ambientada en el primer cuarto del siglo XVII repleta de acción, aventuras, romance, traiciones, intriga, suspense y misterio.



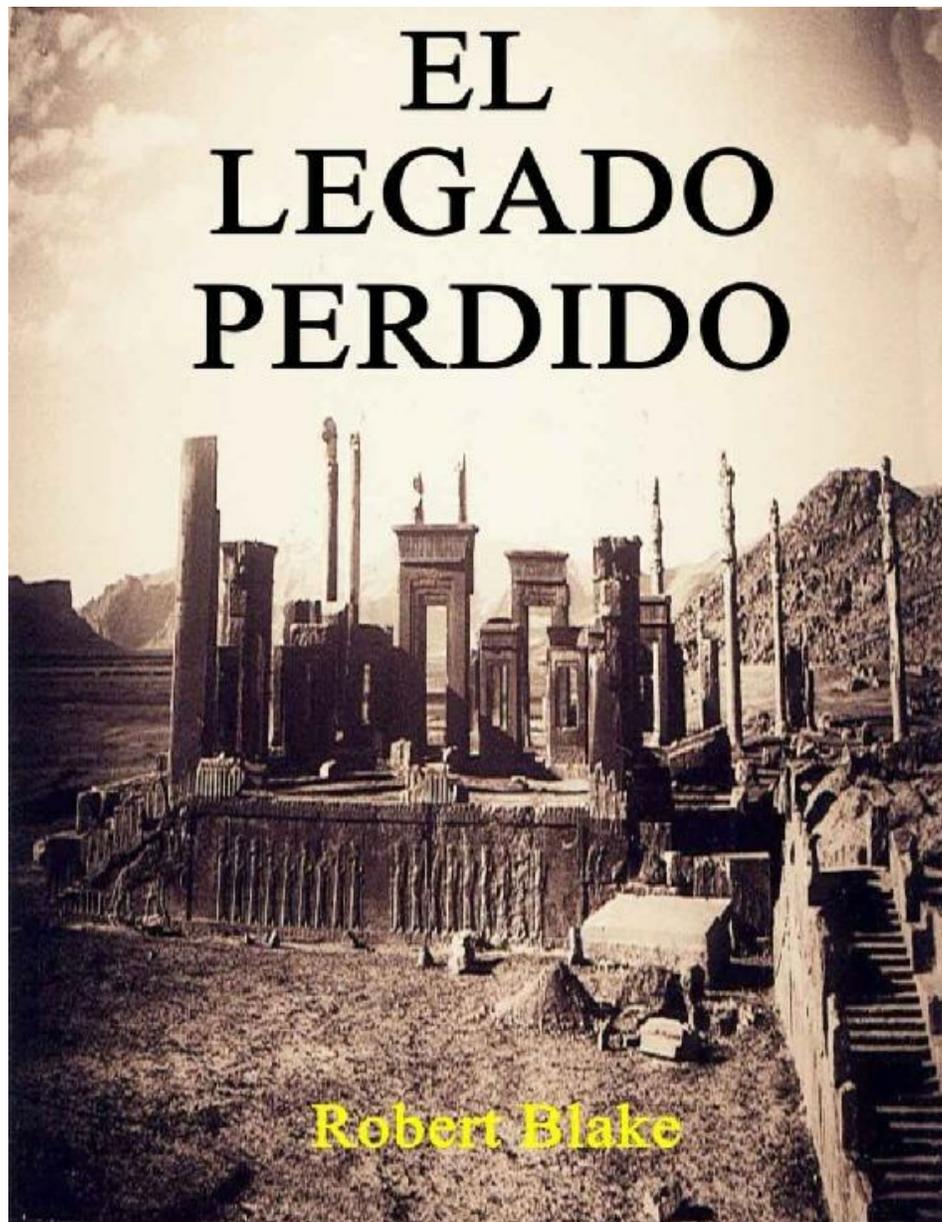
A la venta en Amazon

<http://amzn.eu/2dPiIVa>

Una apasionante aventura de amor, romance, y pasión que te atrapara desde la primera pagina.

Vive junto a Mary Mc Pherson, amores, intriga, pasión, romance, traición y venganza en una historia medieval ambientada en las Highlands de Escocia.

El día antes de su boda Mary Mc Pherson esta radiante de felicidad, al fin cumplirá su sueño, contraer matrimonio con el heredero del clan más importante de las tierras altas. Pero un oscuro secreto procedente del pasado cambiara su futuro por completo, viéndose apocada a una vida donde el amor no es lo que parece y donde cada esquina encierra una trepidante aventura.

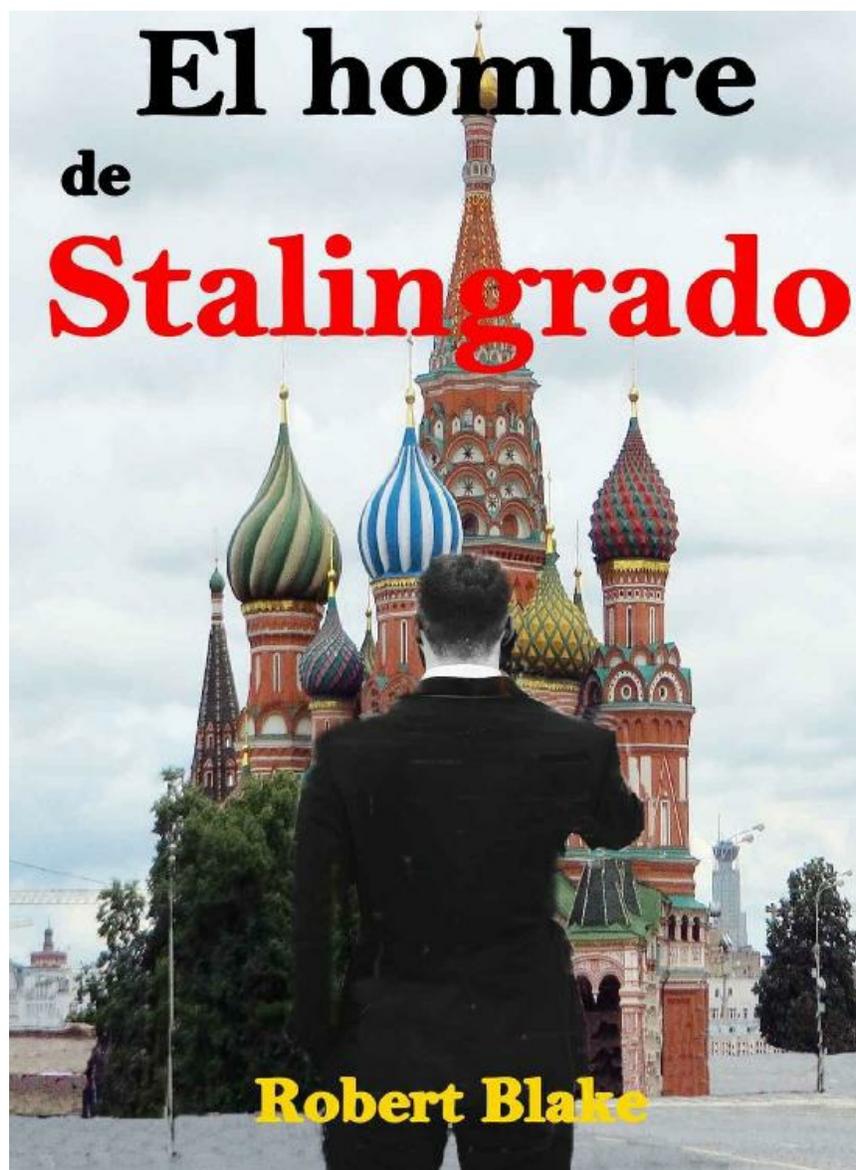


A la venta en Amazon

<http://amzn.eu/3Wxo6WX>

Un destacado arqueólogo desaparece en extrañas circunstancias mientras combate en las arduas trincheras durante la primera guerra mundial.

Años después un audaz periodista obsesionado por la insólita desaparición del arqueólogo se hará cargo de una compleja investigación que le llevara a recorrer diferentes continentes hasta desentrañar un insólito episodio en la historia del Imperio Británico.



ALA VENTA EN AMAZON

<http://amzn.eu/9acuDrb>

Un vibrante thriller de suspense y misterio que te atrapara desde la primera pagina.

Durante unas vacaciones en Italia, Sam Carter, un fotógrafo de Nueva York, se verá envuelto en una serie de inexplicables acontecimientos que lo abocaran a un trepidante thriller repleto de acción, aventuras, espionaje, intriga, romance, suspense y misterio. Déjate seducir por este viaje a lo más profundo del corazón de Europa tras la caída del muro de Berlín donde la pasión y la venganza conviven con un oscuro secreto del pasado.